Cas Mudde

La ultraderecha hoy



PAIDÓS Estado y Sociedad

Índice

Sinopsis

La ultraderecha ha regresado con fuerza. Tras décadas relegada a los márgenes del sistema, la política ultraderechista ha vuelto al centro de la atención. Tres de las mayores democracias del mundo —Brasil, India y Estados Unidos— tienen actualmente jefes de gobierno de derecha radical, mientras que, en Europa, los partidos de la ultraderecha continúan incrementando sus niveles de protagonismo y de apoyo electoral.

En este oportuno libro, el máximo experto mundial en extremismo político, Cas Mudde, nos ofrece un conciso estudio de conjunto de la actual cuarta ola de política ultraderechista de la posguerra examinando su historia, su ideología, su organización, sus causas y sus consecuencias, así como las respuestas que los agentes de la sociedad civil, los partidos y el Estado tienen a su alcance para hacer frente a sus ideas y su influencia.

El rasgo definitorio del actual renacimiento de la ultraderecha, según Mudde, es la «desmarginación» y la normalización de que está siendo objeto en el paisaje político contemporáneo. Cuestionando la forma ortodoxa de concebir la relación entre el sistema político establecido y la política ultraderechista, Mudde aporta una compleja y esclarecedora descripción de uno de los desafíos políticos clave de nuestro tiempo.

LA ULTRADERECHA HOY

Cas Mudde

Traducción de Albino Santos Mosquera



A mis lectores, con la esperanza de que este libro les resulte instructivo y empoderador

Abreviaturas

AEL	Alianza Europea por la Libertad
AfD	Alternativa por Alemania
ANS/NA	Frente de Acción de los Nacionalsocialistas/Nacionalactivistas
APL	Alianza por la Paz y la Libertad
B&H	Blood and Honour («Sangre y Honor»)
BJP	Partido Popular Indio
DF	Partido Popular Danés
EDL	Liga de Defensa Inglesa
EKRE	Partido Popular Conservador de Estonia
ENL	Europa de las Naciones y las Libertades
FN	Frente Nacional (Francia)
FPÖ	Partido de la Libertad de Austria
FvD	Foro para la Democracia
GRECE	Grupo de Investigación y Estudios para la Civilización Europea
KKK	Ku Klux Klan
LN	Liga Norte
LPR	Liga de las Familias Polacas
L’SNS	Kotleba-Partido Popular «Nuestra Eslovaquia»
MHP	Partido de Acción Nacionalista

MSE	Movimiento Social Europeo
MSI	Movimiento Social Italiano
NF	Frente Nacional (R. Unido)
NMR	Movimiento de Resistencia Nórdico
NPD	Partido Nacionaldemócrata de Alemania
ONP	Partido «Una Nación»
PEGIDA	Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente
PiS	Ley y Justicia
PVV	Partido por la Libertad
REP	Los Republicanos (Alemania)
RN	Reagrupamiento Nacional
RSS	Asociación de Voluntarios Nacionales (India)
SD	Demócratas de Suecia
SNS	Partido Nacional Eslovaco
SRP	Partido Socialista del Reich
SVP	Partido Popular Suizo
UKIP	Partido de la Independencia del Reino Unido
VB	Vlaams Belang/Interés Flamenco (antiguo Vlaams Blok/Blo Flamenco)
XA	Amanecer Dorado

Prefacio a la edición española

España había destacado durante mucho tiempo por ser una de las cada vez más escasas excepciones en el auge de los partidos de ultraderecha en Europa. El destacado politólogo germano-estadounidense Herbert Kitschelt lo había atribuido a que el país no contaba aún con una economía posindustrial, que sería aquella en la que una mayoría de la población ocupada trabaja en el sector servicios. Otros creían que se debía al recuerdo todavía reciente (y doloroso) del ultraderechista régimen de Franco. Fuera lo que fuere, ha perdido su efecto. Con Vox, España se ha sumado a esa mayoría de países europeos que tienen un partido de ultraderecha en su Parlamento nacional, aun cuando, en su caso, la historia previa presente importantes rasgos nacionales específicos.

Es fácil olvidar que España tuvo uno de los primeros partidos parlamentarios de ultraderecha que hubo en Europa. En 1979, un representante de la línea dura del franquismo, Blas Piñar, líder del pequeño partido Fuerza Nueva, fue elegido diputado por Madrid en la lista de la coalición ultraderechista Unión Nacional. Perdió su escaño en los comicios siguientes, los de 1982, pero siguió siendo la figura dominante en el ámbito de los partidos de ultraderecha en España situándose al frente de una formación sucesora, Frente Nacional, apoyada por el líder del partido homónimo francés, Jean-Marie Le Pen. En 1992, fusionó su FN con el igualmente marginal y reducido partido Juntas Españolas, pero fue en vano. De los restos de aquella fusión nacería posteriormente la igualmente infructuosa Democracia Nacional (DN), que jamás alcanzó siquiera el 0,1

% de los votos en las elecciones generales, pero que sí logró situar a unos concejales en el Ayuntamiento de Tardajos (Burgos).

Estos pequeños partidos políticos oscilaron entre la derecha radical y la extrema derecha, y coexistieron (e incluso, se solaparon en parte) con una pléyade de pequeñas formaciones falangistas y neonazis en continua transformación, de las que el Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE), liderado por el exsoldado belga de las Waffen SS Léon Degrelle, fue la más duradera e importante. La mayoría de estos grupos solo llegaron a tener cierta presencia local, por lo general, en ciudades más grandes (como Barcelona, Madrid y Valencia), aunque sus dirigentes solían tener contactos internacionales.

Una organización interesante dentro de la ultraderecha española fue Plataforma per Catalunya (PxC). Aunque se trataba de un partido explícitamente catalán, estaba a favor del unionismo español, como casi todos los partidos españoles de ultraderecha, y en contra de la independencia de Cataluña. Fundado en 2002, fue ya desde sus inicios un puro producto del siglo XXI, caracterizado por su oposición a la inmigración en general y a la musulmana en particular. Conquistó un 2,4 % de los votos en las elecciones autonómicas catalanas de 2010, que no le bastaron para obtener un escaño, pero sí consiguió que 67 concejales suyos fueran elegidos en las elecciones municipales del año siguiente. Con los años, los sentimientos separatistas se fueron haciendo más fuertes dentro del partido, en parte, quizá, por sus vínculos con los separatistas de ultraderecha de Bélgica (Vlaams Belang, VB) e Italia (Liga Norte, LN). En 2014, sin embargo, los separatistas se marcharon de PxC y fundaron un partido ultraderechista e independentista catalán, Som Catalans («Somos Catalanes»). Cinco años después, la propia PxC se disolvió para fusionarse con la rama catalana de la nueva estrella del firmamento ultraderechista español, Vox.

No es este el lugar para analizar a fondo por qué Vox ha triunfado allí donde sus múltiples predecesores fracasaron. ¿Hubo un cambio en el lado de la demanda de la política ultraderechista en España o lo hubo más bien en el lado de la oferta? Lo más probable es que los hubiera en ambos. El actual terreno está mucho más abonado para el crecimiento de un partido de ultraderecha de lo que nunca antes lo había estado. Para empezar, solo una minoría del electorado español actual vivió el régimen de Franco, y el significado y la relevancia de su legado se han ido erosionando cada vez más. En segundo lugar, la Gran Recesión provocó una fuerte sacudida en el sistema de partidos español, pero hizo que el debate político se centrara en los temas socioeconómicos, lo que benefició principalmente al partido populista de izquierda Podemos. A medida que España fue saliendo paulatinamente de la crisis económica y que la posición de Podemos se fue debilitando por las acusaciones de corrupción y de luchas intestinas entre sus dirigentes, y por su alianza con Izquierda Unida (IU), se fue abriendo un amplio espacio para los temas socioculturales y, por lo tanto, para un partido populista de derecha. En tercer lugar, el hecho de que el principal partido derechista, el Partido Popular (PP), estuviera en el poder y, al mismo tiempo, sumido en un mar de escándalos financieros dio lugar a la aparición de un nuevo electorado de votantes derechistas insatisfechos. Como ya ocurriera en otros países, las frustraciones en torno a la cuestión de la inmigración, avivadas por la islamofobia, fueron un acicate importante para que muchos votantes migraran hacia la ultraderecha. Pero sería la cuestión concreta de la independencia catalana, que entró en erupción antes de las elecciones autonómicas andaluzas de 2018 (las del primer gran éxito electoral de Vox) y que, posteriormente, volvió a estallar muy oportunamente justo antes de las elecciones generales de 2019, la que generaría la tormenta perfecta que propició el gran avance de Vox.

No quiero decir con esto que partidos como DN y el FN se hubieran beneficiado igualmente de una tormenta perfecta como esa. Vox ofrece un

«producto» ultraderechista diferente del que ofrecían los grupúsculos que lo precedieron. A todos los efectos, es una escisión radical del PP; muchos de sus dirigentes habían ejercido como representantes del PP en diversos niveles. El líder de Vox, Santiago Abascal, por ejemplo, estuvo representando al PP en cargos locales y autonómicos durante la mayor parte de la primera década del siglo XXI. Por consiguiente, ni la dirección ni la ideología del partido están directamente manchadas por el fascismo ni por el régimen franquista, aun cuando sí propugnen una visión revisionista de este último. Esto hace que Vox sea una versión ligeramente más radical (y «nativista») del conservadurismo convencional, antes que una versión moderada del neofascismo como habían sido la mayoría de los partidos ultraderechistas en España.

Lo que hace el caso español tan relevante para este libro en particular, no obstante, es lo que ha sucedido con Vox durante el año transcurrido desde su primer gran éxito electoral. Vox ha logrado en solo un año lo que a los partidos ultraderechistas de la mayoría de otros países les llevó décadas conseguir. Fundado en diciembre de 2013, el partido consiguió su primer gran avance electoral en 2019 (en Andalucía primero y en el conjunto de España después). Hasta ahí, podría decirse que la suya no ha sido una dinámica muy diferente de la de otros partidos ultraderechistas recientes, como Alternativa por Alemania (AfD). Pero la mayoría de los partidos ultraderechistas tardan décadas en llegar al poder político desde que cosechan sus primeros éxitos electorales. No así Vox, que lo logró en unos pocos meses. Nada más entrar por vez primera en un Parlamento autonómico, el andaluz, en diciembre de 2018, se convirtió ya en el partido en el que oficialmente se apoya el gobierno regional de coalición del PP y Ciudadanos.

Dado el tardío avance de la ultraderecha en España, es lógico que el interés académico y popular por la situación de esa ideología y esas formaciones en el país fuera siempre por detrás del existente en la mayor

parte de los demás países europeos occidentales. Esperemos que este libro sirva para que los lectores españoles se pongan un poco más al día sobre esta cuestión al encontrar en él una perspectiva comparativa e histórica del ascenso de Vox que les resulte tan instructiva como empoderadora.

Introducción

En un día gris y lloviznoso de enero de 2017, en la escalinata del edificio del Capitolio de Washington (D.C.), el recién elegido presidente de Estados Unidos pronunció un discurso diferente al de cualquiera de los de sus predecesores. Rezumaba la ira y la frustración típicas del discurso político antisistema, pero proyectadas desde el núcleo de las instituciones del sistema. En su discurso de toma de posesión, el nuevo «líder del mundo libre» dijo:

> Durante demasiado tiempo, un grupo reducido de gente en la capital de nuestra nación ha acaparado los beneficios del Estado, mientras el pueblo soportaba su coste. Washington prosperaba, pero el pueblo no era partícipe de esa riqueza. Los políticos medraban, pero el empleo se iba y las fábricas cerraban. La clase dirigente se protegía a sí misma, pero no a los ciudadanos de nuestro país. Sus victorias no han sido las vuestras; sus triunfos no han sido los vuestros; y mientras ellos lo celebraban en la capital de nuestra nación, muy poco motivo de celebración tenían todas esas familias que, por doquier del país, pasan por una situación apurada. Todo eso va a cambiar desde ya, desde aquí mismo, porque este momento es vuestro momento: os pertenece.

La elección de Donald Trump es ilustrativa en muchos sentidos del tema del que trata este libro: la «desmarginación» y normalización de la ultraderecha en general —y de la derecha radical populista en particular— en el siglo XXI. En el momento de cerrar este manuscrito, en mayo de 2019, tres de los cinco países más poblados del planeta tienen un jefe de gobierno ultraderechista (Brasil, India y Estados Unidos), y el mayor partido político del mundo es el Partido Popular Indio (BJP), de derecha radical populista. En el seno de la Unión Europea (UE), hay dos gobiernos nacionales totalmente controlados por partidos de derecha radical populista (Hungría y

Polonia), otros cuatro que incluyen ministros de ese tipo de partidos (Bulgaria, Estonia, Italia y Eslovaquia), y dos que están sostenidos por el apoyo parlamentario de algún partido de derecha populista (Dinamarca y el Reino Unido).[1] Y en las últimas elecciones europeas, los partidos de ultraderecha volvieron a incrementar (moderadamente) su presencia en la Eurocámara, como ya hicieran en las anteriores citas electorales de 2014 y 2009.

Muchas cosas han cambiado desde que comencé a investigar la ultraderecha a finales de la década de los ochenta, cuando yo todavía era estudiante en la Universidad de Leiden (en los Países Bajos) y las formaciones ultraderechistas no pasaban de ser un fenómeno político marginal. Los grupos neonazis apenas podían manifestarse por las calles sin ser detenidos y los partidos antiinmigración no obtenían casi ningún apoyo electoral. Actualmente, la ultraderecha tiene ya un contacto mucho más estrecho con partidos e instituciones del sistema, y en cada vez más países se está convirtiendo en un actor principal del mismo. Permítanme que ilustre esta preocupante transformación con tres ejemplos (europeos).

En 1982, miles de manifestantes llenaron la plaza que se extiende frente al Parlamento neerlandés en La Haya con pancartas en las que se podía leer «Han vuelto» o «El racismo es odio a las personas». Aquellos manifestantes protestaban contra un hombre, Hans Janmaat, líder del mal llamado Partido del Centro, que, con menos de setenta mil votos (un 0,8 % del total), había entrado en la conocida como Segunda Cámara de los Países Bajos. Avancemos ahora más de tres décadas en el tiempo y veremos que, en la Cámara Baja neerlandesa, hay actualmente veintidós diputados de ultraderecha (sobre un total de ciento cincuenta) —sin que por ello se convoquen manifestaciones—, y que los principales partidos del actual gobierno derechista proponen y aplican políticas que no se apartan en lo más mínimo de lo que, tiempo atrás, era el principal y controvertido

argumento defendido por el Partido del Centro: «Los Países Bajos no son un país de inmigrantes. ¡Alto a la inmigración!».

En 1999, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) cosechó su mayor éxito electoral hasta la fecha al quedar segundo con un 26,9 % de los votos en las elecciones generales al Parlamento de ese país. La incorporación de ese partido al Gobierno austriaco al año siguiente provocó una fuerte reacción adversa en forma de manifestaciones multitudinarias y de un boicot internacional. Cuando el FPÖ regresó al gobierno en 2018, pocos fueron los austriacos que salieron a la calle a manifestarse, y la comunidad internacional aceptó la coalición sin prácticamente expresión de protesta alguna.

Y, finalmente, en Francia, la mayoría de los franceses reaccionaron horrorizados cuando el líder del Frente Nacional (FN), Jean-Marie Le Pen, alcanzó la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas de 2002 con un 16,9 % de los votos totales en el país. En respuesta a ello, la participación electoral en esa segunda vuelta aumentó sustancialmente, lo que hizo que Le Pen se quedara estancado en un 17,8 de los votos, con menos de un punto porcentual más que en la primera vuelta. Quince años después, su hija Marine llegó también a la segunda vuelta de las presidenciales con un 21,3 % de los votos totales de la primera vuelta. Esta vez, los electores franceses que acudieron a las urnas en la segunda vuelta fueron (incluso) menos que en la primera, con lo que Le Pen vio aumentado su apoyo hasta el 33,9 % de los votos. Marine Le Pen casi duplicó el porcentaje logrado por su padre en 2002 y, aun así, la mayoría de los franceses se sintieron más aliviados que soliviantados: por lo menos, no había vencido.

Estos ejemplos ilustran las diferencias fundamentales entre las llamadas «tercera ola» y «cuarta ola» de la ultraderecha de la posguerra. La tercera ola, que se prolongó aproximadamente entre los años 1980 y 2000, fue la del ascenso de los primeros partidos de derecha radical populista que

lograron éxitos electorales, aunque siguieron estando básicamente relegados en los márgenes del sistema político, pues los partidos tradicionales los excluían de las coaliciones políticas y procuraban no dar pábulo a «sus» temas, relacionados principalmente con su cuestionamiento de la inmigración y de la integración europea. En la cuarta ola, cuyo comienzo coincidió aproximadamente con el del siglo XXI, hemos asistido a una desmarginación y una normalización creciente de los partidos de derecha radical, no solo en Europa, sino en todo el mundo. E incluso han aflorado partidos de extrema derecha en medio de cierto coqueteo indisimulado de los medios de comunicación y de la política en general con los sentimientos típicos de ese extremismo derechista (como, entre otros, el antisemitismo, el revisionismo histórico y el racismo).

La llamada «crisis de los refugiados» de 2015 tuvo una relevancia especial en esa evolución. Mi entrecomillado se debe a que el hecho de que realmente fuera o no fuera una crisis es más una cuestión de criterio personal de cada uno que de unas condiciones objetivas. La UE disponía de recursos económicos suficientes para lidiar incluso con esas cifras récord de solicitantes de asilo, aunque llevara años sin ocuparse de construir las infraestructuras requeridas para atenderlos adecuadamente. Los medios de comunicación y los políticos tradicionales «optaron» por enfocar aquella afluencia de solicitantes de asilo como una «crisis» y, con ello, dieron munición a la ultraderecha, ya movilizada para entonces.

La «crisis de los refugiados» no fue la causa inicial de la desmarginación de la ultraderecha, ni en Europa ni en el resto del mundo, pero sí ha sido sin duda un catalizador de ese proceso. Las manifestaciones antiinmigración se han convertido en habituales en las calles de muchas ciudades europeas importantes, y también la violencia ultraderechista contra antifascistas, inmigrantes, miembros de la comunidad LGBTQ y refugiados ha experimentado un notable incremento. De Alemania a Estados Unidos, los cuerpos de orden público y las agencias de inteligencia advierten de un

aumento del peligro del terrorismo de ultraderecha, muchas veces tras haber estado décadas minimizando esa amenaza.

Este libro pretende aportar una descripción accesible y concisa del panorama general de esta cuarta ola de la ultraderecha de la posguerra. Aunque incluye varios apuntes y comentarios originales que serán también del interés de los lectores más expertos en el tema, está escrito ante todo para un público no académico: para personas que siguen la actualidad, que están preocupadas por el ascenso de la ultraderecha, pero que tienen la sensación de que lo que se cuenta en los medios no es suficientemente detallado ni explicativo del fenómeno en sí, y que los libros académicos (y no académicos) sobre el tema son demasiado complejos o, simplemente, demasiado largos. El contenido de este libro se basa en más de un cuarto de siglo de estudios especializados del fenómeno (incluidos los míos propios), aunque simplificados y sintetizados en diez capítulos claramente estructurados.

Yo tengo la esperanza de que, tras haber leído el libro, el lector se sienta más preparado para valorar los desafíos clave que la ultraderecha plantea para las democracias liberales en el siglo XXI y se considere más capacitado precisamente para defender la democracia liberal frente a tales desafíos. Pero para llegar a ello, antes habrá que abordar uno de los aspectos del debate académico y público sobre el tema que mayor confusión y frustración generan: el de la terminología.

TERMINOLOGÍA

Son multitud los términos que se utilizan para describir las ideas y los grupos que componen el núcleo temático de este libro. Muchas veces, se usan de forma indistinta, sin una definición o explicación clara de las diferencias y las similitudes entre ellos. Aunque habrá a quienes las cuestiones terminológicas puedan parecerles un matiz puramente

académico, lo cierto es que resultan cruciales para el propio debate político y público. Por ejemplo, en países como Alemania, se puede prohibir una formación si es de «extrema derecha», pero no si es de «derecha radical».

Es cierto que la mayoría de las definiciones y los términos son obra de observadores externos, es decir, de académicos, antifascistas y periodistas, y no de la ultraderecha misma, pero eso no significa que esta se desentienda de las cuestiones terminológicas. Las direcciones de destacados partidos ultraderechistas, como el FN (el actual Reagrupamiento Nacional, RN) y el FPÖ, han llevado a académicos y a periodistas ante los tribunales por describirlos como «fascistas», por ejemplo. Otros se han autoproclamado orgullosamente populistas, y en algunos casos incluso racistas, aunque, por lo general, tras redefinir esos términos de un modo más favorable para sí mismos. Por ejemplo, Matteo Salvini, líder de la Liga Norte (LN, actual Liga) y ministro italiano del Interior, dijo que, si bien se usaba a menudo «populista» como un insulto, para él, era un cumplido. Y el ex máximo ejecutivo de Breitbart News y asesor de Trump Steve Bannon declaró ante unos activistas del FN en un encuentro del partido: «Dejad que os llamen racistas. Dejad que os llamen xenófobos. Dejad que os llamen nativistas. [2] Consideradlo un honor».

No existe consenso académico sobre los términos correctos con los que designar el movimiento en general y sus diversos subgrupos. Por otra parte, el término predominante ha ido cambiando a lo largo de la posguerra. En las primeras décadas, esos movimientos se encuadraban principalmente en la categoría del «neofascismo», pero el término cambió a «extrema derecha» en los años ochenta, a «derecha radical» en los noventa, a un cierto tipo de «populismo de derecha» en la primera década del siglo XXI, y también a «ultraderecha» en estos últimos años. Esta evolución terminológica refleja a su vez cambios dentro del movimiento mismo y también en la comunidad académica que se dedica a estudiarlo.

La mayoría de los analistas académicos coinciden en que el movimiento forma parte de la derecha en sentido amplio, pero discrepan a propósito de qué significa eso exactamente. El origen de los términos «izquierda» y «derecha» se remonta a la Revolución Francesa (1789-1799), cuando los partidarios del rey se sentaban a la derecha del presidente del Parlamento francés, y los oponentes lo hacían a su izquierda. Eso quería decir que los que estaban situados a la derecha eran favorables al Antiguo Régimen —caracterizado por su orden jerárquico—, mientras que quienes estaban a la izquierda estaban a favor de la democratización y la soberanía popular. Tras la revolución industrial, la división entre izquierda y derecha pasó a estar definida principalmente en términos de la política socioeconómica —la derecha apoyaba el libre mercado, mientras que la izquierda propugnaba un papel más activo para el Estado—, pero también siguieron siendo populares otros planos de diferenciación, como el de lo religioso (derecha) frente a lo laico (izquierda). En décadas más recientes, la división izquierda-derecha ha pasado a entenderse más bien en términos socioculturales: la derecha sería así partidaria de un mayor autoritarismo (frente al libertarismo de la izquierda) o del nacionalismo (frente al internacionalismo de la izquierda), o, por decirlo en los términos empleados por la líder de RN, Marine Le Pen, la disyuntiva relevante sería hoy entre «patriotas y globalistas».

Aunque estas interpretaciones varias difieren en múltiples aspectos, comparten un núcleo esencial, que el filósofo italiano Norberto Bobbio[3] supo condensar como nadie hasta el momento. Para Bobbio, el fundamento clave de la distinción entre izquierda y derecha residía en sus posicionamientos respectivos a propósito de la igualdad: la izquierda considera que las desigualdades clave entre las personas son artificiales y negativas, y que un Estado activo debería eliminarlas, mientras que la derecha cree que las desigualdades entre personas son naturales y positivas, y deberían ser defendidas o, cuando menos, ignoradas por el Estado.

Hablamos de desigualdades culturales, económicas, raciales, religiosas o de cualquier otro tipo, o concebidas como tales.

Este libro no se ocupa de la llamada «derecha tradicional» o convencional, que es la que forman los conservadores y los liberales (o «libertarios» en su denominación estadounidense), sino que se centra únicamente en aquellos derechistas que son «antisistema», una actitud definida aquí como de hostilidad hacia la democracia liberal. A esto es a lo que yo llamo la «ultraderecha», que se subdivide a su vez en dos subgrupos amplios. La «extrema derecha» rechaza la esencia de la democracia, es decir, la soberanía popular y el principio de la mayoría. El ejemplo más trágicamente famoso de extrema derecha es el fascismo, que llevó al poder al *Führer* alemán Adolf Hitler y al *Duce* italiano Benito Mussolini, y que fue responsable de la guerra más destructiva de la historia mundial. Por su parte, la «derecha radical» acepta la esencia de la democracia, pero se opone a elementos fundamentales de la democracia liberal, y de manera muy especial, a los derechos de las minorías, al Estado de derecho y a la separación de poderes. Ambos subgrupos se oponen al consenso liberal de posguerra, aunque en sentidos fundamentalmente diferentes. Mientras que la extrema derecha es revolucionaria, la derecha radical tiende a ser más reformista. En esencia, la derecha radical confía en el poder del pueblo y la extrema derecha no.

Dada la preponderancia del término «populismo» en los debates políticos contemporáneos, permítanme que aclare brevemente mi interpretación de ese concepto y de su relación con la ultraderecha. Según yo lo defino, el populismo es una (tenue) ideología según la cual la sociedad está separada en último término entre dos grupos homogéneos y antagónicos —el pueblo (puro) y la élite (corrupta)—, y desde la que se defiende que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* del pueblo (véase también a este respecto el capítulo 2). En teoría (al menos), el populismo es prodemocrático, pero contrario a la democracia liberal. Por

consiguiente (y por definición), la extrema derecha no es populista, pero la derecha radical sí puede serlo, y, en lo que llevamos de siglo XXI, mayoritariamente lo ha sido.

GUION DEL LIBRO

Este libro se centra fundamentalmente en la cuarta ola, es decir, en la ultraderecha del siglo XXI. Aunque trataré de presentar aquí la ultraderecha como un fenómeno diverso, y de incluir tanto a la extrema derecha como a la derecha radical, el énfasis recaerá en las ideas, organizaciones y personalidades más importantes del periodo contemporáneo, es decir, en los líderes y los partidos de la derecha radical populista. El primer conjunto de capítulos se centra principalmente en la ultraderecha misma (capítulos 1-5), mientras que el segundo (capítulos 6-8) aborda el fenómeno ultraderechista dentro de su contexto político (el democrático occidental, sobre todo).

El capítulo 1 ofrece un conciso repaso cronológico de las cuatro olas de la ultraderecha política de posguerra. En el capítulo 2, se introducen las ideologías y los temas clave de la ultraderecha contemporánea. El capítulo 3 está centrado en la estructura organizativa de la ultraderecha y en él se distingue entre los partidos, los movimientos sociales y las subculturas ultraderechistas. El capítulo 4 desplaza el foco hacia las personas que componen la ultraderecha y, en concreto, a sus líderes, miembros y activistas, así como a sus votantes. En el capítulo 5, se examinan las formas principales de movilización, es decir, las elecciones, las manifestaciones y la violencia.

Los tres capítulos siguientes sitúan la ultraderecha en su contexto político (democrático occidental). En los capítulos 6 y 7, se analizan las causas y las consecuencias del auge reciente de la ultraderecha, y además de resumirse allí algunos de los debates académicos y públicos clave sobre la cuestión —preocupación económica frente a reacción cultural, por ejemplo

—, se destaca la amplia variedad de desafíos que la ultraderecha plantea a las democracias occidentales en la actualidad. En el capítulo 8, se hace un repaso de las diferentes formas en que las democracias han respondido al ascenso de la ultraderecha. En el capítulo 9, lo que se examina es el papel del género en la ultraderecha, relacionándolo con la mayoría de los aspectos ya tratados en los capítulos previos. Por último, el capítulo 10 pone fin al libro con doce tesis que resaltan las características y novedades clave de la cuarta ola de la ultraderecha de posguerra.

1

HISTORIA

En 1945, el mundo comenzaba a recuperarse de la segunda guerra mundial en treinta años. Se calcula que en ella murieron entre 75 y 85 millones de personas, y aún fueron muchas más las que resultaron heridas de gravedad. Europa estaba en ruinas. La Alemania nazi y la Unión Soviética se habían llevado la peor parte de la destrucción ocasionada por la guerra, pero casi todos los países europeos estaban seriamente afectados tras años de colaboracionismo, devastación y ocupación. Millones de miembros de minorías habían perecido en los campos nazis de concentración y exterminio: sobre todo judíos, pero también *rom* y *sinti* (gitanos), homosexuales y comunistas.

El continente europeo apenas se estaba recuperando de la división entre fascistas y antifascistas cuando ya se estaba produciendo otra división, ahora entre comunistas y anticomunistas. La guerra fría separó Europa en dos mitades: un Occidente capitalista y (mayormente) democrático y un Este socialista y autoritario. Esta división era ya anterior incluso a la segunda guerra mundial y ambas mitades solo se habían unido temporalmente frente a la amenaza común del fascismo, pues el antifascismo era uno de los pocos valores que comunistas y demócratas liberales compartían (a pesar del cínico pacto que Hitler y Stalin mantuvieron entre 1939 y 1941). Sin embargo, desde el momento mismo en

que el fascismo fue destruido, ambos bandos volvieron a convertirse en enemigos mortales.

De todos modos, el consenso antifascista logró sobrevivir a la guerra fría, aunque con diferencias nacionales y regionales fundamentales en cuanto a cómo los diversos países trataron con la ultraderecha en la era de la posguerra. En los Estados comunistas se prohibieron todas las ideas y los movimientos «fascistas» dentro de la ilegalización general de todas las ideas y los movimientos no comunistas. La mayoría de los colaboracionistas y fascistas europeos orientales murieron en la guerra y en la represión posterior, o lograron huir (principalmente) hacia América, donde se integraron en comunidades de expatriados anticomunistas, que a menudo abogaban por ideas muy derechistas.

Si bien la mayoría de las democracias occidentales también pasaron por un breve periodo de represión (en parte extrajudicial y violenta) contra los fascistas y colaboracionistas locales —sobre todo en aquellos países que habían sido ocupados por la Alemania nazi—, muchas instituyeron unas restricciones legales más ambivalentes a las ideas y los movimientos ultraderechistas. Aquellos países que no habían sido objeto de ocupación, como el Reino Unido y Estados Unidos, prácticamente no introdujeron restricción alguna en ese sentido; hubo otros, sin embargo (y cabe destacar especialmente a Alemania e Italia), donde las ideas y los movimientos «neofascistas» quedaron oficialmente prohibidos (véase el capítulo 8). Pese a las diferencias de sistemas legales y de presiones sociales, la lección general que se extrajo de la segunda guerra mundial fue la del «nunca más». Ese también fue un sentir fundamental dentro del proceso de integración europea, dirigido a integrar las economías nacionales y a crear una soberanía compartida que sirviera de baluarte contra el nacionalismo.

TRES OLAS DE ULTRADERECHA DE POSGUERRA, 1945-2000

En 1988, el politólogo alemán Klaus von Beyme[1] distinguió tres olas de ultraderecha política en la Europa occidental de posguerra. Aunque las características y los periodos temporales exactos de cada una de ellas siguen siendo objeto de cierto debate, su modelo continúa siendo válido para proporcionarnos, cuando menos, un esquema aproximado de cuál fue la evolución (y la desigual fortuna) de la ultraderecha en la segunda mitad del siglo XX.

NEOFASCISMO, 1945-1955

En los años inmediatamente posteriores a la derrota del fascismo, la política ultraderechista tendió más a mirar hacia el pasado que hacia el futuro. Como casi todos los activistas y las formaciones de ultraderecha habían colaborado con los fascistas durante la guerra, las ideas políticas ultraderechistas despertaban el rechazo casi universal del resto de actores políticos, y en algunos países, como Alemania y los Países Bajos, esa percepción negativa se hacía extensiva a todos los nacionalismos. La mayoría de los europeos que, o bien habían apoyado ideológicamente a los regímenes fascistas, o bien habían colaborado de manera oportunista con ellos, se adaptaron a la nueva realidad democrática haciéndose apolíticos o trabajando dentro del marco de los partidos y el sistema democráticos.

El pequeño grupo de fascistas que se mantuvieron leales a la causa y que no estaban en prisión (porque nunca los encarcelaron o porque ya habían sido excarcelados) pasaron a actuar fundamentalmente en los márgenes de la sociedad. Se los denominó «neofascistas», pero de «nuevos» tenían bien poco. Eran los antiguos fascistas que se mantenían leales a la vieja ideología, aunque actuaban principalmente en el seno de colectivos y asociaciones que proporcionaban camaradería y apoyo social a los «héroes»

y «mártires» de la causa fascista. Entre los grupos más importantes de ese tipo, estaban los que prestaban apoyo a antiguos combatientes del frente oriental (miembros de las Waffen-SS, sobre todo) y a sus familias, como el Fondo Saint-Martin (en Bélgica) y la Mutualidad de Antiguos Soldados de las Waffen-SS (en Alemania): a fin de cuentas, millones de niños, niñas y esposas habían perdido a sus padres y maridos y se habían quedado sin derecho a cobrar una pensión del Estado porque sus países los consideraban unos traidores.

Los (neo)fascistas que, a pesar de todo, querían mantenerse activos en política, se enfrentaban a un clima legal y político hostil. Incluso si tenían la prevención de no presentarse como abiertamente neofascistas, las organizaciones de ultraderecha lideradas por antiguos fascistas (de alto rango) rara vez cosechaban un apoyo popular mínimamente apreciable y, en cambio, sí eran objeto a menudo de una significativa represión estatal. La mayoría de los partidos políticos de ese signo no concurrían a las elecciones y, cuando lo hacían, quedaban lejos de superar el umbral de votos mínimo para obtener representación parlamentaria. Varios partidos (neo)fascistas fueron prohibidos en la década de los cincuenta, entre ellos, el Partido Socialista del Reich (SRP) en Alemania en 1952, y el Movimiento Social Europeo Nacional en los Países Bajos en 1956.

La principal excepción fue el Movimiento Social Italiano (MSI), que, bajo la dirección de un antiguo alto cargo del gobierno fascista, Giorgio Almirante, poco se esforzó por disimular sus credenciales ultraderechistas (se decía que sus siglas significaban en realidad «*Mussolini Sei Immortale*» [«Mussolini, eres inmortal»]). Aunque la nueva Constitución italiana proclamaba explícitamente que «está prohibido reorganizar, bajo forma alguna, el disuelto Partido Fascista», el MSI entró en el Parlamento nacional en 1948 y nunca dejó de tener representación en él hasta su posterior transformación en la «posfascista» Alianza Nacional en 1995.

Llegó incluso a prestar apoyo parlamentario al efímero Gobierno Tambroni de 1960.

Fuera de Europa, las ideas neofascistas estuvieron a menudo representadas por organizaciones de expatriados de la Europa oriental constituidas en América y Australia. Estas se vieron reforzadas por la llegada de antiguos activistas y políticos fascistas, sobre todo de los regímenes colaboracionistas de Croacia, Hungría y Eslovaquia, al término de la segunda guerra mundial. En América Latina se formaron también algunos grupos (de mayor o menor relevancia) muy influidos por los regímenes ultraderechistas del Estado Novo de António de Oliveira Salazar en Portugal y, sobre todo, de la Falange de Francisco Franco en España.

Tratando de librarse de la marginación de que eran objeto en sus países de origen, algunos líderes fascistas intentaron organizarse a escala internacional. Su iniciativa más famosa fue el Movimiento Social Europeo (MSE), inspirado por el éxito del MSI, y que fue fundado en un congreso celebrado en Malmö (Suecia) en 1951. Pero, aunque reunió a los más conocidos activistas ultraderechistas del momento, así como a representantes de los partidos de ultraderecha más relevantes (entre ellos, del MSI y del SRP), el MSE no pasó de ser marginal en su corto periodo de vida, y estaba ya moribundo en 1957. Lo mismo puede decirse de todos los demás intentos de colaboración en la ultraderecha, incluidas las iniciativas varias de desarrollo de un nacionalismo europeo impulsadas por figuras como el fascista británico Oswald Mosley (también implicado en el MSE) y el abogado y polemista estadounidense Francis Parker Yockey, fundador del ambicioso (aunque solo de nombre) Frente de Liberación Europeo, que solamente duró de 1949 a 1954.

POPULISMO DE DERECHA, 1955-1980

Después de eso, continuó habiendo pequeños grupos neofascistas en los márgenes de las sociedades occidentales, pero lo que destacó en las décadas

siguientes fue el auge de una variante distinta de partidos y políticos populistas de derecha que se definían a sí mismos por oposición a la élite de la posguerra, más que por su fidelidad a una ideología y un régimen derrotados. Aunque es cierto que algunos antiguos fascistas habían tenido un papel protagonista en muchos de esos partidos, estas formaciones no eran neofascistas ni por ideología ni por el origen de sus dirigentes y militantes. Antes de nada, representaban una forma de revuelta contra las condiciones de vida de la posguerra y, en especial, contra la marginación de las periferias rurales y el desarrollo del Estado del bienestar.

Aunque había habido algunos partidos populistas de derecha ya anteriormente, como el Partido Agrícola Nacional de Irlanda o el Frente del Hombre Común en Italia durante los años cuarenta, el movimiento arquetípico de esta ola fue la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos, más conocido como poujadismo por su líder, Pierre Poujade. El poujadismo incluía algunos rasgos propios del fascismo, como el fuerte acento en la figura del líder y un estridente antiparlamentarismo —Poujade llegó a decir de la Asamblea Nacional francesa que era «el burdel más grande de París»—, pero no era abiertamente antidemocrático. Y se convirtió en un movimiento de masas casi de la noche a la mañana, hasta sumar unos cuatrocientos mil miembros en 1955 y conquistar cincuenta y dos escaños en las elecciones de 1956 bajo la candidatura de la Unión y Fraternidad Francesa. Después de que el general Charles de Gaulle fundó la Quinta República en 1958, los poujadistas no tardaron en desaparecer de la política francesa, aunque dejarían en ella un importante legado: Jean-Marie Le Pen había sido líder de las juventudes poujadistas y había sido elegido parlamentario en 1956, el más joven de la historia de la posguerra francesa (un hito que repetiría su nieta, Marion Maréchal-Le Pen, en 2012).

Hubo otros partidos populistas rurales parecidos que siguieron el modelo de los poujadistas; destacó entre ellos el Partido de los Agricultores neerlandés. Pero el perfil de los partidos populistas de derecha más

importantes surgidos en la segunda ola fue otro. En 1973, el Partido del Progreso provocó un seísmo en el orden político tradicional danés al cosechar un 15,9 % de los votos en la primera cita electoral a la que se presentaba (la formación había sido fundada el año anterior por el singular abogado y personalidad televisiva Mogens Glistrup). También en 1973, un partido similar, que en aquel entonces se denominaba Partido de Anders Lange para una Reducción Drástica de los Impuestos, las Tasas y la Intervención Pública (y en 1977 sería rebautizado como Partido del Progreso), obtuvo un modesto 5 % del voto nacional en Noruega. De todos modos, la categoría en la que mejor cuadraban ambos Partidos del Progreso era la de los «populistas neoliberales» que cargaban contra la fiscalidad elevada y el fuerte peso del sector público en la economía: el partido danés proponía suprimir completamente el gasto en defensa y presentaba su política en ese terreno con la imagen de un mensaje de contestador automático que decía «nos rendimos» en ruso.

También se fundaron algunos partidos de ultraderecha nuevos que eran híbridos, es decir, combinaciones de la vieja extrema derecha (neofascista en muchos casos) y de nuevas ideas y personas de la derecha radical. La primera de esas formaciones tal vez fue la suiza Acción Nacional por el Pueblo y la Nación, fundada en 1961, pero la más importante y la que más ha durado ha sido el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD), creado en 1964. Aunque fundado por antiguos altos cargos nazis, el NPD se centró principalmente en temas propios del periodo de posguerra, como la que se demostraría como cuestión más importante para el futuro: la de la inmigración de origen no europeo. Asimismo, el Frente Nacional británico (NF), un partido abiertamente racista, nacido de la fusión de otras formaciones más pequeñas en 1967, logró cierto impacto en el ámbito local a finales de la década de los setenta al movilizarse con lemas como «Alto a la inmigración» o «Hagamos Gran Bretaña grande de nuevo».

En Estados Unidos, el populismo de derecha actuó sobre todo dentro del marco (más amplio) del movimiento anticomunista, cuyos representantes más (tristemente) famosos fueron la Sociedad Birch y el senador Joseph McCarthy. Reapareció, con nuevos bríos, durante la campaña del senador republicano Barry Goldwater para las presidenciales, que, aunque desastrosa desde el punto de vista de los resultados electorales, sirvió de germen para una nueva subcultura conservadora, más radical. El movimiento de derecha radical más significativo, no obstante, fue la candidatura a las presidenciales de 1968 del gobernador de Alabama George Wallace por el Partido Independiente Americano. Con un programa electoral explícitamente racista y haciendo una defensa vehemente de la segregación racial, Wallace consiguió incluso vencer en algún estado (concretamente, en cinco, situados todos en el antiguo Sur confederado), el único candidato de un tercer partido a unas presidenciales estadounidenses que lo ha logrado desde la segunda guerra mundial. Su campaña formaba parte de un frente de oposición racista más general a la desegregación en los antiguos estados confederados, en el que también estaban el polémico Ku Klux Klan (KKK) —que había tenido dos periodos de florecimiento previos, a finales de la década de 1860 y en la década de 1920, y que, en esta ya su tercera generación, durante los años sesenta del siglo XX, volvió a crecer hasta sumar unos cincuenta mil miembros— y el Citizens' Council («Consejo de Ciudadanos»), de apariencia más respetable, cuyo número de afiliados llegó a estimarse en torno a los doscientos cincuenta mil.

DERECHA RADICAL, 1980-2000

La primera ola significativa de política ultraderechista en Europa occidental se inició a comienzos de los años ochenta, aunque no cobraría verdadero impulso hasta la década de los noventa. Alimentada por el desempleo y la inmigración masiva, aunque con un efecto retardado de casi una década de demora, la entrada de los partidos de derecha radical en los Parlamentos

nacionales fue un proceso paulatino que, de todos modos, fue siguiendo una progresión constante. El primero fue el Vlaams Blok (VB, «Bloque Flamenco»), que entró en el Parlamento belga en forma de alianza electoral en 1978. Siguió el Partido del Centro en los Países Bajos en 1982. Ambas formaciones lograron un apoyo modesto, de en torno al 1 %, que, aun así (y gracias a la elevada proporcionalidad de los sistemas electorales de ambos países), se tradujo en un escaño en cada caso. En 1986, el FN francés, que había sido fundado catorce años antes y, hasta aquel momento, se había presentado a las elecciones nacionales sin éxito, aprovechó una modificación en el sistema electoral para traducir su 9,6 % de votos en treinta y cinco escaños en el Parlamento. Dos años después, Francia volvió a enmendar su sistema electoral y recuperó el «mayoritarismo», y la maniobra obró el efecto deseado: el FN cosechó idéntico porcentaje del voto popular, pero ni un solo escaño.

Además de los diversos partidos nuevos de derecha radical, como Los Republicanos en Alemania y los Demócratas de Suecia (SD), la tercera ola alcanzó también a antiguos partidos tradicionales, como el FPÖ en Austria y el Partido Popular Suizo (SVP), que se transformaron en partidos de derecha radical populista bajo el impulso de nuevos dirigentes (oficiales u oficiosos): Jörg Haider y Christoph Blocher, respectivamente. Todas estas formaciones demostraron ser mucho más duraderas que los partidos ultraderechistas anteriores y, salvo algunas excepciones, continúan siendo relevantes en la actualidad.

Tras la caída del comunismo en 1989, la ultraderecha surgió también en varios países poscomunistas, aunque inicialmente lo hizo bajo unas formas más específicamente regionales. Entre esos partidos estuvieron el Partido Croata de los Derechos y el Partido Nacional Eslovaco (SNS), cuyas ideologías (e incluso algunas de sus figuras) se remontaban a los partidos fascistas de los años treinta y cuarenta; pero también hubo formaciones que fusionaron elementos de ultraderecha con cierta nostalgia del comunismo,

como el Partido de la Gran Rumanía. Al mismo tiempo, varios políticos ultraderechistas salieron elegidos en listas de partidos que no eran propiamente de ultraderecha, como el Partido Socialista búlgaro, el Partido Comunista de la Federación Rusa y la Acción Electoral de Solidaridad en Polonia.

Al llegar el cambio de siglo, la derecha radical populista se había convertido ya en la ideología dominante en la ultraderecha europea. Aunque existían diferencias nacionales y regionales —por ejemplo, la oposición a la inmigración no europea era menos importante en el este de Europa, mientras que la oposición a los gitanos era un tema prácticamente ausente en el oeste—, casi todos los partidos ultraderechistas relevantes aunaban el nativismo, el autoritarismo y el populismo (véase el capítulo 2). Criticaban a los inmigrantes y/o a las minorías autóctonas, así como a la élite europea y la nacional, al tiempo que se presentaban a sí mismos como la voz popular que decía lo que el pueblo piensa.

Solo unos pocos partidos de la derecha radical populista concurrían a las elecciones en los años ochenta, en las que obtenían una media de apenas un 2,3 % de los votos en aquellos países en los que participaban (y un 1,1 % sobre el total de Europa). Sin embargo, en los años noventa, la mayoría de los países europeos tenían ya al menos un partido de ultraderecha que se presentaba a las elecciones y su porcentaje medio de votos era del 4,4 % (véase la tabla de más abajo). Las diferencias entre la Europa del Este y la occidental eran significativamente menores de lo que, en general, se suponía, si bien el porcentaje más alto en la Europa oriental era muy superior al más elevado en la occidental: un 45,2 % en Croacia, frente a un 26,9 % en Suiza.

Aunque la volatilidad electoral y organizativa era elevada, y los partidos surgían y desaparecían con rapidez (sobre todo, en los muy inestables sistemas de partidos de la Europa oriental), varias formaciones de derecha radical populista comenzaron a afianzarse en unos cuantos sistemas

políticos nacionales en la década de los noventa. Por ejemplo, el FN, la LN y el VB se convirtieron todos en presencias fijas en los sistemas de partidos de sus respectivos países, aun cuando no dejaran de ser, en su mayor parte, grupos políticos antisistema y excluidos de las instituciones nacionales de gobierno. No obstante, debido a su todavía limitado éxito electoral y a sus diferencias ideológicas, personales y tácticas, la ultraderecha europea no fue capaz de unir fuerzas a escala transnacional. Los grupos políticos de ese signo que se formaron en el Parlamento Europeo tendieron a incluir solamente a unos pocos de esos partidos, y tuvieron en general una vida muy corta por culpa de los desacuerdos, tanto dentro de cada uno de ellos como entre sí (véase el capítulo 3).

Promedio de voto de los partidos de ultraderecha en las elecciones generales al Parlamento nacional de Estados miembros de la UE, 1980-2018 (por década)

Años	Promedio de voto (%)	N.º de países	N.º de partidos
1980-9	1,1	17	8
1990-9	4,4	28	24
2000-9	4,7	28	24
2010-18	7,5	28	34

Nota: Los promedios de la tabla están basados en los veintiocho países que eran miembros de la Unión Europea en 2018. El dato para los años ochenta corresponde únicamente a Estados europeos occidentales, pues la Europa del Este continuaba por entonces bajo el yugo comunista.
Fuente: Parlgov.

Fuera de Europa, los partidos de ultraderecha comenzaron también a ser actores importantes en el fragmentado sistema de partidos israelí, con formaciones como Moledet («Patria») y Tkuma («Resurrección»), que entraron en el Parlamento formando parte de la alianza electoral Unión Nacional en 1999. Y si bien el partido neofascista Kach del rabino Meir

Kahane, así como la formación que lo sucedió («Kahane Vive»), fueron prohibidos por el Estado en 1994, el kahanismo terminaría convirtiéndose en la corriente dominante en la ultraderecha israelí en la cuarta ola. En Sudáfrica, organizaciones abiertamente racistas como el Movimiento de Resistencia Afrikáner perdieron apoyo al terminar el régimen del *apartheid* en 1994 y se sumergieron en una espiral creciente de violencia política.

La existencia de grupos ultraderechistas en Estados Unidos era meramente marginal, aun cuando algunos políticos de esa tendencia se esforzaban por reunir una base de apoyo estable dentro del Partido Republicano: ese fue el caso del exlíder («Gran Mago») del KKK David Duke y del periodista y político «paleoconservador» Patrick («Pat») Buchanan. En Australia, Pauline Hanson fue elegida como candidata independiente en 1996 después de que el Partido Liberal australiano le retirara su apoyo tras unos comentarios despectivos contra los aborígenes australianos. Al año siguiente, fundó su Partido Una Nación (ONP), que obtuvo algunos éxitos iniciales, pero también sufrió fuertes divisiones y pugnas internas. Mención especial merece el BJP, fundado en la India en 1980 sobre la base de los partidos Bharatiya Jana Sangh y Janata, y que no tardó en asediar al hasta entonces hegemónico Partido del Congreso.

LA CUARTA OLA, 2000-...

En el siglo XXI, ha surgido una cuarta ola de la ultraderecha, beneficiada electoral y políticamente por tres «crisis»: los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 (y otros posteriores), la Gran Recesión de 2008 y la «crisis de los refugiados» de 2015. Todas las democracias occidentales se han visto afectadas por estos hechos, aunque de maneras distintas, y ello ha sacudido con fuerza el *statu quo* político nacional e internacional, y ha dado pie a una oleada sin precedentes de protestas islamófobas y populistas.

Lo que caracteriza a esta cuarta ola y la diferencia de la tercera es la desmarginación de la ultraderecha. Si, a partir de 1945, toda colaboración con (o cesión ante) la ultraderecha y sus reivindicaciones políticas se había considerado inaceptable, aunque con algunas excepciones notables a esa regla (como la Europa del Este en los años noventa y el Sur estadounidense en los sesenta), esto ya no es así hoy en día. En cada vez más países, los partidos y políticos de derecha radical populista están pasando a ser considerados *koalitionsfähig* («aceptables como socios de coalición») por parte de los partidos tradicionales de derecha y, en ocasiones, incluso de los de izquierda. Además, hoy se debaten ideas propias de la derecha radical populista (e incluso alguna que otra típica de la extrema derecha) en círculos políticos y mediáticos convencionales y nada marginales, e incluso algunos partidos tradicionales adoptan ahora políticas de la derecha radical populista, aunque sea moderándolas (ligeramente).

Otra característica de la cuarta ola es la heterogeneidad de esta ultraderecha, apreciable incluso entre el subconjunto de aquellos de sus partidos políticos que triunfan electoralmente. Aunque su núcleo continúa estando formado por los protagonistas habituales —es decir, por partidos de derecha radical populista que nacen fuera de los círculos políticos convencionales dominantes—, ahora se ven complementados por un variadísimo elenco de nuevos partidos de ultraderecha. Los más importantes son los partidos conservadores transformados, como la Alianza de Jóvenes Demócratas-Unión Cívica Húngara (Fidesz) y el polaco Ley y Justicia (PiS). Como hemos visto, en Europa occidental ya había habido partidos tradicionales que se habían transformado en formaciones de derecha radical, pero tanto el FPÖ como el SVP lo habían hecho estando en la oposición; Fidesz y PiS lo hicieron, sin embargo, estando ya en el gobierno. Más sorprendente aún ha sido la aparición de partidos de extrema derecha en los Parlamentos nacionales, como el neonazi Amanecer Dorado (XA) en Grecia o el Partido Popular-Nuestra Eslovaquia (L’SNS),

rebautizado como Kotleba-Partido Popular «Nuestra Eslovaquia» en 2015 en honor a su líder, Marian Kotleba.

Incluso aunque limitáramos nuestro análisis a los partidos de derecha radical populista, es decir, a los protagonistas habituales, veríamos que se ha producido en ellos un cambio fundamental en lo que llevamos del siglo XXI. Para empezar, la mayoría de estos partidos han visto incrementado su apoyo electoral de forma significativa. Los partidos ultraderechistas obtuvieron de media un 4,7 % del voto nacional en los diferentes países durante la primera década del siglo XXI, y un 7,5 % durante la segunda, contada aquí de 2010 a 2018 (véase la tabla de más arriba). En segundo lugar, los partidos de derecha radical populista se han abierto paso en países que anteriormente se habían resistido a aceptarlos, como Alemania y Suecia, o en los que habían tenido una presencia relativamente marginal, como Hungría y los Países Bajos. En tercer lugar, muchos partidos de la derecha radical populista se han situado entre los más votados de su país. De hecho, varias de esas formaciones son (o han sido en algún momento) las mayores de su Estado en votos o en apoyo en elecciones o sondeos nacionales, y entre ellas se incluyen el Partido Popular Danés (DF), Fidesz, el FN, PiS y el SVP.

Los partidos de la derecha radical también se han vuelto más relevantes en la formación de gobiernos. En primer y más destacado lugar, han sido cada vez más los partidos de ese tipo que han entrado en los consejos de ministros y por varias vías. Algunos, como Fidesz y PiS, han sido capaces de formar gobiernos en solitario, algo que solo la Unión Democrática Croata [2] había logrado hacer en la tercera ola. Otros se convirtieron en socios oficiales de gobiernos de coalición con partidos no ultraderechistas, como ocurrió con el FPÖ en Austria, la Unión Nacional Ataque en Bulgaria, la Concentración Popular Ortodoxa en Grecia y la LN en Italia. Por último, unos cuantos partidos prestaron su apoyo a gobiernos en minoría de partidos no ultraderechistas, generalmente a cambio de unas

políticas más estrictas en materia de inmigración: ese ha sido el caso del DF en Dinamarca (en 2001-2011, pero también en 2016-2019) y el Partido por la Libertad (PVV) en los Países Bajos (en 2010-2012).

Y aunque la ultraderecha demostró ya tener poder para influir en la agenda política (*agenda setting*) durante la tercera ola y consiguió con ello que, en muchos países, se endureciera el discurso sobre la inmigración y los inmigrantes —aun cuando ese discurso apenas se trasladara a las políticas reales sobre el terreno—, esta traducción de las palabras a los hechos sí ha sido más apreciable durante la cuarta ola (véase el capítulo 7). Tras las tres «crisis» de principios del siglo XXI antes referidas, la política de la derecha radical se ha ido disociando de forma progresiva de los partidos de la derecha radical populista propiamente dicha. Ahora, muchos partidos (de derecha) adoptan un discurso nativista, autoritario y populista que incluye elementos como el euroescepticismo, la islamofobia y la oposición al «buenismo» y a la «corrección política». Desde el canciller austriaco Sebastian Kurz a su homóloga británica Theresa May, hoy son varios los políticos de partidos convencionales o tradicionales que hacen algo más que hablar con la boca pequeña de las propuestas políticas de la derecha radical populista y que están introduciendo de hecho políticas más estrictas en materia de inmigración, integración y terrorismo.

Y la relevancia de la ultraderecha tampoco se limita ya únicamente a Europa (si es que alguna vez ese fue realmente el caso). Actualmente, tres de los cinco mayores países del mundo tienen como jefe de gobierno elegido democráticamente a un líder de ultraderecha. En el caso de Jair Bolsonaro, en Brasil, y de Donald Trump, en Estados Unidos, ambos llegaron al poder encabezando listas de partidos no ultraderechistas. En la India, el primer ministro Narendra Modi es líder del BJP, el partido representante del muy arraigado y organizado movimiento *hindutva*, que abarca a grupos violentos y extremistas como la Organización de Voluntarios Nacionales (RSS), a la que Modi lleva afiliado desde los ocho

años de edad. Y en Israel, el ya veterano primer ministro Benjamin Netanyahu ha ido aproximando la línea programática de su partido, el derechista Likud, a la de sus varios socios ultraderechistas de coalición.

¿Fue el Tea Party un movimiento de derecha radical populista o un movimiento de derecha tradicional que englobaba a colectivos e individuos de derecha radical populista? ¿Es el Partido Republicano estadounidense (todavía) un partido derechista convencional liderado por un ultraderechista o ha conseguido ya Trump transformar el partido a su propia imagen y semejanza? ¿Dónde termina el Partido Conservador británico y dónde empiezan el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) o el Partido del Brexit? ¿Sigue habiendo alguna diferencia fundamental entre Fidesz y el Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik), el partido ultraderechista original en Hungría, que en estos últimos años ha presentado un programa electoral más moderado incluso que el del (oficialmente) «conservador» Fidesz? La desmarginación de la ultraderecha —en cuanto a su ideología, sus propuestas políticas y su organización— característica de la cuarta ola ha hecho que las fronteras entre la derecha radical y la tradicional o convencional —y, en algunos casos, la izquierda, como ha sucedido en la República Checa o en Dinamarca— se hayan vuelto cada vez más difíciles de establecer.

2

IDEOLOGÍA

Cuando oímos hablar de la ultraderecha, tendemos a pensar en ciertas características ideológicas como el antisemitismo y el racismo, y en temáticas políticas como la inmigración y la seguridad. De hecho, aunque el movimiento ultraderechista es muy diverso incluso dentro de cada uno de los dos grandes subgrupos (la extrema derecha y la derecha radical), no es menos cierto que son muchos los elementos ideológicos y los temas políticos compartidos por esos grupos y partidos. En este capítulo, analizaremos primero las ideologías clave del ámbito de la extrema derecha, que son el fascismo y el nazismo, pero también los rasgos ideológicos fundamentales de la derecha radical (populista), como son el nativismo, el autoritarismo y el populismo. [1] Luego, examinaremos cómo se aplican esos componentes ideológicos a los grandes ejes temáticos de la ultraderecha de la cuarta ola: la inmigración, la seguridad, la corrupción y la política exterior. De sus posiciones sobre la cuestión del género, hablaremos en el capítulo 9.

IDEOLOGÍA

Las ideologías de extrema derecha bendicen la desigualdad como un hecho natural que debe estar fuera del alcance de la acción del Estado. Exaltan la

diferencia y las jerarquías, y su rasgo elemental es el elitismo, según el cual, hay grupos e individuos superiores a otros y es a aquellos a los que, por consiguiente, debería corresponder un mayor poder. Existen múltiples grupos e ideas de extrema derecha diferentes, y entre ellos tiende a prevalecer más la discrepancia que la coincidencia. Por ejemplo, los monárquicos absolutistas y los racistas están de acuerdo en que la base del poder es sanguínea, pero los primeros se refieren exclusivamente a la estirpe regia, mientras que los segundos aluden a presuntas diferencias raciales. Algunos teócratas creen que el poder supremo deriva de un «Libro Sagrado», como la Biblia o el Talmud, mientras que los fascistas lo sitúan en la persona del líder. En este libro, voy a centrarme exclusivamente en aquellas formaciones ultraderechistas que fundamentan su identidad en categorías étnicas o raciales primordialmente, lo que significa que aquellos grupos que son sobre todo monárquicos o religiosos, y para los que las distinciones étnicas y raciales resultan secundarias o relevantes, quedan fuera del análisis.

La ideología de extrema derecha más importante es el fascismo: una miscelánea ideológica sincrética que bebe de varias tradiciones antidemocráticas tanto izquierdistas como derechistas. El fascismo italiano histórico, al que algunos se refieren como el «Fascismo» con mayúsculas, sostenía que el poder máximo residía en el líder, que era la encarnación de la nación y el Estado. Para los fascistas, el Estado es algo más que una institución legal: es una entidad ética, orgánica y espiritual que exige una lealtad y una sumisión totales. En esencia, el fascismo es totalitario, en tanto en cuanto pretende un control integral de la sociedad. Todos los aspectos de la vida deben ser controlados por el Estado-partido sin que haya espacio alguno para la independencia. Como es lógico, el fascismo rechaza la democracia. Hitler llegó a afirmar que «la democracia es el sucio y obsceno camino que lleva al comunismo», y Mussolini la degradó tildándola de mero «electoralismo».

En su lugar, el fascismo ofrece una tercera vía que trasciende las del liberalismo y el socialismo. Esta queda plasmada en su doctrina económica del corporativismo, que organiza la sociedad en grupos corporativos, como el de los productores agrícolas o el de los militares, destinados a trabajar unidos, de un modo orgánico, en beneficio del Estado. El fascismo pretende llevar a cabo un «renacimiento» nacional y crear un «hombre nuevo», físicamente apto e ideológicamente puro, libre de las ataduras de las viejas jerarquías de clase y hereditarias. Como ideología, el fascismo también cree en la prioridad de la acción sobre la palabra, así como en la de la guerra sobre la paz. Propugna que la violencia es poder, y que la guerra no solo es el estado natural de la vida, sino que además purifica y regenera la nación y el Estado.

El fascismo alemán, más conocido como nacionalsocialismo o nazismo, comparte muchos elementos fundamentales con el fascismo italiano, pero es más explícita y esencialmente antisemita y racista. Si los fascistas consideran que la entidad fundamental es el Estado (una categoría legal), para los nazis ese ente superior es la raza, una categoría supuestamente biológica. Los nazis creen que existen varias razas diferentes y que la raza aria supera a todas las demás. Los superiores *Übermenschen* («los superhumanos») tienen así derecho a dominar, e incluso exterminar, a los inferiores *Untermenschen* («los subhumanos»). En la cosmovisión nazi, los judíos son considerados moral y físicamente inferiores, aunque poderosos en el plano económico y político. Los nazis afirman que las acciones y las ideas —y, sobre todo, las «conspiraciones»— de los judíos infectan la raza aria con una enfermedad moral y racial. Por eso, en su propaganda los retratan como ratas (alimañas), como hicieron en la tristemente famosa película de 1940 *Der Ewige Jude* («El judío eterno»).

Es importante que situemos el racismo de los nazis en su contexto histórico. A principios del siglo XX, el antisemitismo y el racismo eran principios ampliamente aceptados en las sociedades alemana y europea en

general, e incluso en sectores de la comunidad científica. Fue tras los horrores de la segunda guerra mundial cuando el racismo pasó a considerarse como algo inaceptable y, en algunos países, incluso ilegal, y el concepto mismo de «raza» (y la existencia de «razas» diferentes) fue mayoritariamente rechazado. Cada vez más, los grupos sociales se fueron definiendo en términos no biológicos, y muy especialmente, como «grupos étnicos» o «naciones», que son categorías ambas de naturaleza sobre todo cultural. Un colectivo de activistas de derecha radical, de nacionalidad francesa en su mayoría, y conocidos generalmente como la *nouvelle droite* (véase el capítulo 3), desarrollaron una nueva ideología que bautizaron con el nombre de *etnopluralismo*. Criticado por sus oponentes, que lo consideraban simplemente un «nuevo racismo», el etnopluralismo sostiene que las personas se dividen en grupos étnicos que son iguales en jerarquía, pero que deben mantenerse segregados unos de otros. Y el caso es que, de forma implícita o explícita, el etnopluralismo ha terminado convertido en un elemento ideológico central de la mayoría de las formaciones relevantes de derecha radical en la Europa actual.

Sin embargo, el racismo no ha muerto. Continúa siendo prominente entre la extrema derecha (por ejemplo, entre los neonazis y los supremacistas blancos), e incluso en el discurso de algunos políticos de la derecha radical se deslizan referencias raciales o racistas. Por ejemplo, Martin Helme, hijo del líder del Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE) y actual ministro de Economía del país, dijo en un programa televisivo de entrevistas en Tallin, a propósito de unos disturbios y conflictos étnicos acaecidos hacía poco en Suecia, que «nuestra política en materia de inmigración debería contener una norma muy simple: si eres negro, regresa a tu casa». Y dijo también: «Quiero que Estonia sea un país blanco». Parecido tono empleó Thierry Baudet, líder del nuevo partido neerlandés Foro para la Democracia (FvD), en un debate sobre la «crisis de los refugiados» en 2015, con frases como «no quiero que Europa se africanice»

y «me gustaría mucho que Europa siguiera siendo predominantemente blanca y se mantuviera culturalmente como es ahora».

Tanto si su fuente de inspiración primaria es el etnopluralismo como si lo es el racismo, lo cierto es que una de las características ideológicas clave de la ultraderecha (y rasgo dominante de la derecha radical populista) es el nativismo, una combinación de nacionalismo y xenofobia. Se trata de una ideología que defiende que en cada Estado deberían vivir únicamente miembros del colectivo nativo (la nación), y que los elementos no nativos (o «foráneos»), ya sean estos personas o ideas, constituyen una amenaza para la pervivencia del Estado nación homogéneo. El mejor modo de resumir la idea nuclear del nativismo es con el eslogan «Alemania para los alemanes; extranjeros fuera» que, por desgracia, tanta fortuna hizo como grito de guerra en las (a menudo violentas) manifestaciones antirrefugiados de principios de la década de 1990.

El objetivo máximo de la derecha radical populista es la instauración de una etnocracia, es decir, una democracia en la que la ciudadanía esté basada en la etnia. Y se propone (re)crear este Estado monocultural cerrando las fronteras a los inmigrantes y dando a los «extranjeros» residentes la opción de asimilarse o ser repatriados. Quienes no quieran asimilarse, es decir, comportarse y ser como los «nativos», deben ser expulsados al país del que ellos (o sus antepasados) procedan. Ahora bien, las diferentes formaciones de derecha radical populista difieren en cuanto al grado de asimilación exigido. Algunos consideran que solo los grupos étnicos «relacionados» con el nativo pueden asimilarse —es decir, por ejemplo, que solo otros europeos (blancos) pueden llegar a ser alemanes o húngaros—, mientras que otros se centran principalmente en la idea de que el islam es incompatible con su nación y, por lo tanto, que los musulmanes no pueden asimilarse en las sociedades «occidentales».

Dentro del nativismo, el antisemitismo y la islamofobia tienen un papel especialmente relevante. El antisemitismo, definido como la actitud hostil o

prejuiciosa hacia los judíos, fue el prejuicio fundamental de la ultraderecha en las primeras décadas del siglo XX y continúa ocupando un lugar central entre muchos grupos de extrema derecha actuales. Sin embargo, numerosas formaciones y partidos de derecha radical populista, especialmente en Europa occidental, no son antisemitas y algunas incluso se han vuelto filosemitas (projudías), pues toman a Israel como ejemplo de la etnocracia ideal y a los judíos como aliados naturales en la lucha contra el islam. La islamofobia, que es el miedo irracional al islam o a los musulmanes, se ha convertido en el prejuicio más definitorio de la ultraderecha de la cuarta ola. Desde su punto de vista, el islam es islamismo —es decir, una interpretación política extremista del propio islam— y los musulmanes son personas hostiles a la democracia y a todos los no musulmanes; los islamófobos se declaran a menudo *kuffar* («infieles») orgullosos de serlo.



Manifestante anti-Obama islamófobo en una concentración del Tea Party en Mishawaka (Indiana) en 2009. (Foto tomada por el propio autor.)

El término autoritarismo se usa a menudo en referencia a los líderes o los sistemas políticos no democráticos en general, pero yo lo empleo en un sentido diferente que entronca con una larga tradición dentro de la psicología social. Aquí, el autoritarismo alude a la idea de la conveniencia de una sociedad ordenada de forma estricta y en la que, por tanto, la vulneración de las órdenes de la autoridad esté castigada con dureza. Los autoritarios conciben casi todos los «problemas», incluida la drogadicción o las «desviaciones» sexuales, desde una óptica esencialmente de orden público: es decir, como defectos que solo pueden combatirse aplicando un enfoque punitivo duro y que solo pueden prevenirse reintroduciendo una educación «moral» o «tradicional» en las escuelas.

Y, por último, el populismo es la palabra de moda del siglo XXI, pero ese protagonismo responde, en parte, a la confusión conceptual que la rodea. Yo defino el populismo como una ideología (tenue), según la cual, la sociedad está separada en último término en dos grupos homogéneos y antagónicos, que son el pueblo puro y la élite corrupta, y desde la que se defiende también que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* («voluntad general») del pueblo. En esencia, los populistas denuncian que los partidos mayoritarios tradicionales colaboran entre ellos para alejar al pueblo —de quien los populistas se erigen en voz (es decir, que son la *vox populi*)— del poder. El primer ministro indio y líder del BJP, Narendra Modi, ofreció un buen ejemplo de esa clase de mensaje ideológico en un discurso que pronunció en abril de 2018, en el que declaró que el Partido del Congreso es el de la élite (*namdaar*), mientras que el BJP es el partido del pueblo (*kaamdaars*).

En resumen, la ultraderecha está formada, a grandes rasgos, por dos grupos, la extrema derecha y la derecha radical, que mantienen posturas intrínsecamente diferentes a propósito de la democracia. Mientras que la extrema derecha rechaza la esencia de la democracia —las ideas de la igualdad política y del gobierno por mayoría popular—, la derecha radical

(populista) está a favor de la democracia, en teoría al menos, pero cuestiona en sus fundamentos mismos ciertas instituciones y valores clave de la democracia liberal, como son los derechos de las minorías, el Estado de derecho y la división de poderes. De ahí que la diferencia entre ambos grupos no sea meramente cuantitativa —no es que la extrema derecha sea una variante más radical (o extrema) de la derecha radical—, sino cualitativa también.

Los diversos grupos y partidos de ultraderecha son muy conscientes de ello y, a menudo, magnifican sus diferencias internas para promocionarse ante sus potenciales seguidores. En general, las formaciones de extrema derecha atacan a los partidos de la derecha radical tachándolos de corruptos y débiles, y de «burgueses» vendidos al orden político establecido para los que la aceptación por parte de los actores de ese orden —y las recompensas materiales individuales que de ello se deriven— está por encima de sus ideales. Por su parte, los partidos de derecha radical denuncian que las formaciones de extrema derecha están llenas de locos carentes de eficacia política o peligrosamente violentos. Muchos grupos ultraderechistas pasan más tiempo arremetiendo contra sus «competidores» de la propia ultraderecha que contra sus «verdaderos» enemigos del orden político establecido.

Rara vez se presentan unos a otros como dos vertientes de un mismo espolón de combate. De hecho, ambos se acusan mutuamente de socavar la efectividad de la lucha por la causa justa que dicen defender. La derecha radical sostiene que la extrema derecha, con su extremismo ideológico y sus acciones violentas, arroja descrédito sobre la causa en su conjunto, mientras que la extrema derecha defiende que la derecha radical, con su empeño en trabajar desde dentro del sistema, pone en peligro la esencia de la causa y transige aceptando compromisos que reafirman la pervivencia del despreciado sistema político.

TEMAS

Durante la tercera ola, era habitual que la ultraderecha apareciera caracterizada como un movimiento monotemático, preocupado exclusivamente por la cuestión de la inmigración, pero eso no es correcto. La inmigración continúa siendo el tema político clave de la mayoría de las formaciones ultraderechistas, sobre todo en Europa occidental y América del Norte, pero solo es uno de los puntos que incluyen en sus programas electorales. Aunque existen no pocas variantes ideológicas y nacionales, cuatro son los ámbitos de temas políticos en los que todos los grupos y partidos ultraderechistas del mundo centran su foco de actuación: la inmigración, la seguridad, la corrupción y la política exterior.

Inmigración

En la cuestión de la inmigración, están incluidos dos temas distintos aunque relacionados entre sí: la inmigración y la integración. La inmigración propiamente dicha lleva tiempo siendo uno de los temas centrales de casi todas las organizaciones ultraderechistas en Europa y América del Norte, pero, en ocasiones, también ocupa un lugar destacado en los programas de formaciones de ese signo en algunos países de otras regiones (como Brasil o Japón). Los partidos de derecha radical populista sostienen que la «inmigración de masas» constituye una amenaza existencial para su nación y su Estado, mientras que a los grupos de extrema derecha les preocupa más la raza, y argumentan que los países occidentales están sufriendo un «genocidio blanco» a raíz de la inmigración masiva y del multiculturalismo patrocinado por el Estado.

En el siglo XXI, la teoría conspirativa del «gran reemplazo» es el fundamento de buena parte de la retórica antiinmigratoria de la derecha radical populista y, en creciente medida, también de la derecha tradicional mayoritaria. Popularizada por los autores franceses Jean Raspail y Renaud

Camus, pero levantada sobre toda una tradición antisemita y racista previa cuyos orígenes se remontan a finales del siglo XIX, su tesis central viene a decir que «Occidente» está siendo barrido por un «tsunami» de inmigración no occidental. Los políticos de derecha radical populista creen que la fuerza motriz de toda esa inmigración masiva no es la pobreza que existe en los países en desarrollo, sino los políticos progresistas de los propios países desarrollados, que la favorecen porque, o bien odian su propia nación, o bien tratan de compensar la pérdida de su electorado tradicional (captado en parte por la derecha radical populista) mediante la «importación» de nuevos votantes. En estos últimos años, impulsada con fuerza por el primer ministro húngaro Viktor Orbán, ha ganado terreno la teoría de que el milmillonario filántropo judío y húngaro-estadounidense George Soros es el cerebro maligno de toda esa conspiración: una teoría que vendría a ser una versión actualizada de aquel infame libelo antisemita que fueron *Los protocolos de los sabios de Sion*.

Ni que decir tiene que los propios términos «nativo» y «foráneo» (o «extranjero») son muy subjetivos. Desde la óptica de la ultraderecha, no basta con tener ciudadanía de un país para ser un nativo o natural de este. De hecho, muchos de los que los ultraderechistas llaman «extranjeros» han nacido y se han criado en el país «nativo» de los nativistas, pese a que se refieran a ellos con la falsa denominación de «inmigrantes» (algo que no solo hace la ultraderecha). El «otro» por excelencia del siglo XXI para los ultraderechistas es «el musulmán», y no solo en Europa, sino también en la India y en Israel, así como entre muchas nuevas formaciones que se han creado en Norteamérica. La islamofobia (que no es, ni mucho menos, privativa de la ultraderecha) y, en particular, el temor a la «islamización» son elementos dominantes en la propaganda ultraderechista, que combina fenómenos internos del país y del exterior con diversas teorías de la conspiración basadas en estadísticas dudosas o en explicaciones simplistas.

Aunque muchos políticos de la derecha radical populista procuran expresar su nativismo dentro de los términos, básicamente neutros, del etnopluralismo, casi siempre terminan defendiendo o dando a entender que la cultura «nativa» es superior a la(s) «foránea(s)». La ultraderecha caracteriza a los «extranjeros» en términos casi exclusivamente peyorativos. Por ejemplo, el presidente del BJP, Amit Shah, afirmó que los inmigrantes bangladesíes en la India son «infiltrados» y «termitas»; el líder de La Casa Judía y, posteriormente, ministro israelí de Educación, Naftali Bennett, dijo de los solicitantes de asilo en su país que eran unos «infiltrados ilegales»; y el presidente brasileño, Jair Bolsonaro, llamó en su día a los inmigrantes (venezolanos) la «escoria del mundo».

Seguridad

Las formaciones de ultraderecha están obsesionadas con la «seguridad», pero interpretan este concepto en un sentido mucho más amplio que el de la mera seguridad física de las personas. Para ellos, la seguridad hace referencia tanto a los individuos como a los colectivos (especialmente, a la nación o la raza) y tiene un componente cultural y económico, además de físico. Casi todos los problemas políticos que les preocupan son percibidos como una potencial «amenaza al orden natural», generadora de inseguridad, que debe ser tratada con mano de hierro. Tanto si hablan de las drogas como de la inmigración o del desempleo, la solución para ellos se encuentra en las políticas autoritarias: por así decirlo, se ensalza el palo y se critica la zanahoria. No obstante, la seguridad también posee casi siempre un componente nativista, pues son los «extranjeros» quienes son vistos como la fuente fundamental de la inseguridad de los nativos.

Tomemos por ejemplo el problema de la delincuencia, uno de los temas más prominentes en la propaganda de esas formaciones. Para la ultraderecha, la delincuencia es, ante todo, un problema «foráneo», en el sentido de que lo centra casi exclusivamente en los (supuestos) delitos

cometidos por los «no nativos». Un ejemplo muy llamativo de esa fijación nativista con la delincuencia es la Oficina de Enlace para las Víctimas de la Delincuencia de la Inmigración, un organismo creado por el presidente Trump dentro del Departamento de Seguridad Nacional (que, ya de por sí, es un caso ilustrativo de la «segurización» de la cuestión de la inmigración que siguió a los atentados terroristas del 11-S en la mayoría de los países occidentales). Buena parte de la propaganda ultraderechista alude a los «extranjeros» casi exclusivamente en calidad de delincuentes, y los pocos delitos «nativos» que reconocen se refieren sobre todo a casos de corrupción que implican a miembros de la élite «progresista» (véase más abajo).

Según la ultraderecha, la delincuencia se está disparando, y crece por culpa de la inmigración y de las «ingenuas» y «débiles» medidas que impulsan los políticos convencionales. Su propaganda está repleta de alusiones selectivas e inflamatorias a noticias relacionadas con la «criminalidad inmigrante» o, formulada en términos raciales, «la delincuencia de negros contra blancos», tomadas sobre todo de los tabloides y de medios de derecha, y presentadas en su conjunto como la punta de un inmenso iceberg. Cuando se les contraponen datos que muestran que los niveles de delincuencia en realidad están descendiendo y son ya relativamente bajos —como es el caso en muchas democracias occidentales —, los ultraderechistas tienden a desestimarlos tachándolos de mentiras (o de «bulos» o «*fake news*», por emplear el vocabulario de Donald Trump) producidas por «la élite corrupta» y sus secuaces de «la corrección política» para tapar los fallos y fracasos de la sociedad multicultural.

Una de las claves de los programas de la ultraderecha en todo el mundo es la dureza en las cuestiones relacionadas con la ley y el orden público, un aspecto que comparte, en muchos casos, con otras formaciones de derecha y, en especial, con las de signo conservador. Para la ultraderecha, la delincuencia no está relacionada con las condiciones socioeconómicas —

salvo cuando sus perpetradores son «nativos» pobres— y tiene que ser abordada mediante una aplicación implacable de las leyes penales. Reclama, por ello, más policía en las calles y sentencias judiciales más duras (aunque muestra un posicionamiento dividido en cuanto a la pena de muerte), y una menor «intromisión política» en la acción policial y de los tribunales en ese sentido. Muchas de esas formaciones ponen especial énfasis también en la necesidad de que, en las escuelas, vuelva a inculcársele a la juventud disciplina, respeto y «valores tradicionales» (y, en particular, la importancia de la familia heterosexual).

La ultraderecha vincula el problema de la seguridad tanto a la élite (populismo) como a las minorías (nativismo). Critican el supuesto «adoctrinamiento» al que son sometidos hoy los jóvenes por un profesorado izquierdista (en todos los niveles educativos) que corrompe sus mentes inocentes con ideas «perversas» como el «marxismo cultural» (véase más abajo). Y atribuyen a la corrupción o a la debilidad de los políticos convencionales que la delincuencia esté descontrolada y que la población se sienta insegura. Por ejemplo, en la India, en 2018, Modi cargó contra el Partido del Congreso del estado de Karnataka por interferir en el funcionamiento de la Lokayukta, una especie de oficina de defensa del ciudadano contra la corrupción, conectando la cuestión directamente con el tema de la seguridad en general: «Karnataka es un territorio sin ley y sin orden. La Lokayukta no está segura: ¿cómo puede estarlo el pueblo llano?». Por su parte, en Brasil, durante su campaña para las presidenciales de 2018, Bolsonaro declaró en una entrevista: «Si un policía mata a diez, quince o veinte presuntos delincuentes metiéndoles diez o treinta balas a cada uno, lo que habría que hacer es darle una medalla, no enjuiciarlo».

Sin embargo, según la ultraderecha, la única forma de parar de verdad el auge de la criminalidad, es poniendo freno a la inmigración. Después de todo, en su mundo, la delincuencia es un fenómeno casi exclusivamente de «foráneos». De ahí que Trump y otros nativistas estadounidenses hagan

tanto hincapié en la importancia de erigir un muro en la frontera sur del país con México —dando así a entender, contra todos los datos empíricos disponibles, que la mayoría de los delitos en Estados Unidos son cometidos por inmigrantes latinoamericanos—, y que en los Países Bajos, Geert Wilders (del PVV) lleve desde 2010 haciendo campaña con el eslogan «más seguridad, menos inmigración». La más impactante y racista imagen de esa mezcla de autoritarismo y nativismo fue aquel (tristemente) famoso cartel de campaña del SVP en el que la escena de un grupo de ovejas blancas que echaban a patadas a una oveja negra de un prado pintado con la bandera suiza se acompañaba del eslogan «para mayor seguridad».

Pero si la interrelación entre delincuencia e inmigración lleva siendo un punto esencial de los programas ultraderechistas desde, al menos, la década de los ochenta, la conexión con el problema del terrorismo es un fenómeno más reciente. En el mundo posterior al 11-S, se ha tendido a establecer una estrecha vinculación entre terrorismo e islam, tanto en el discurso de la ultraderecha como en el discurso convencional mayoritario. Las formaciones de ultraderecha rara vez usan el término «terrorismo» para nada que no sea la violencia política islamista, y a menudo minimizan (cuando no defienden directamente) la violencia «antiinmigrante», o la violencia de inspiración ultraderechista contra otros colectivos, incluidos representantes de organizaciones de izquierda o del Estado. Para la ultraderecha, el terrorismo está estrechamente relacionado con la inmigración y el multiculturalismo. En 2017, la francesa Marine Le Pen llegó incluso a llamar al multiculturalismo un arma en manos de extremistas islámicos y a afirmar que Francia (la Francia multicultural, se entiende) se ha convertido en «una universidad de yihadistas».

Corrupción

Mientras que la diana principal de la propaganda ultraderechista está puesta en los «otros» étnicos y raciales, tanto si están dentro del país como si son

externos a él, la cuestión de la corrupción aparece en el discurso de la ultraderecha casi exclusivamente relacionada con personas del endogrupo «nativo». La corrupción suele entremezclarse con el autoritarismo, el nativismo y, en especial, el populismo. Siempre es a una «élite» particular a la que se vincula con la corrupción. Esta élite, por un lado, la componen políticos poderosos del sistema establecido acompañados de una parte de la élite económica: a todos ellos es a los que se acusa de robar al pueblo. Pero, por otro lado, también hay una élite propiamente política, que engloban bajo la etiqueta genérica de «la izquierda» y a la que se acusa de corromper la nación con sus ideas «posmodernas» y «marxistas culturales» (términos ambos, sobre todo el segundo, con fuertes connotaciones antisemitas). Como el UKIP británico dejó caer en un tuit en diciembre de 2018: «No os engañéis: la UE quiere controlar vuestros pensamientos por medio de vuestra forma de hablar para difundir su ideología neomarxista posmoderna».

No cabe duda de que la corrupción financiera de las élites económicas y políticas es un problema muy serio y real en numerosos países. Por ejemplo, los partidos de la derecha radical populista de Bulgaria o Italia no necesitan inventarse escándalos, porque sus países llevan ya mucho tiempo azotados por una corrupción muy extendida. Pero lo cierto es que, incluso en estos países, son muchos los políticos que no son corruptos, y también que son varios los partidos (la LN y RN, por ejemplo) y políticos (Bolsonaro y Trump, sin ir más lejos) de la derecha radical populista que han sido relacionados con la corrupción. Y también es verdad que, incluso en países que, según la opinión de consenso generalizada, no son corruptos, como Estonia o Suecia, hay partidos de derecha radical populista que lanzan acusaciones casi idénticas. Las formaciones ultraderechistas también sostienen que «la élite» corrompe el sistema político porque comete fraude electoral. Por ejemplo, tanto el presidente del BJP, Shah, como el presidente de Estados Unidos, Trump, han lanzado la acusación (sin fundamento) de

que millones de «inmigrantes ilegales» llevan tiempo votando en elecciones de uno y otro país.

A las élites también se las acusa de corromper las mentes y opiniones de las personas, y en particular, las de las mujeres (véase el capítulo 9) y los jóvenes. Diversos políticos ultraderechistas de todo el planeta han acusado a académicos, artistas y periodistas de ser, no solo elitistas o izquierdosos, sino también «antinacionales», es decir, traidores a la nación, que es el peor insulto que un nacionalista puede proferir. Por ejemplo, los políticos de La Casa Judía atacan de forma habitual a organizaciones progresistas de la sociedad civil como la New Israel Fund («Fundación Nueva Israel»), mientras que el BJP lleva también años hostigando a ONG nacionales y extranjeras (incluidas la Fundación Ford y Greenpeace) y acusando a profesores izquierdistas de haber «ocupado» el mundo académico y haber azuzado a la juventud contra la nación. Los políticos de extrema derecha tienden a sustituir el concepto de nación por el de raza, pero formulan acusaciones parecidas, si bien muestran una obsesión particular con la «mezcla racial», que consideran una forma de genocidio. En las teorías conspirativas sobre el «genocidio blanco» siempre se reserva un papel especial a «los judíos», presuntos cerebros de todas las tramas de esa clase con la finalidad de someter a la raza blanca bajo su poder.

Política exterior

La ultraderecha concibe el mundo en que vivimos como una especie de selva en la que las relaciones internacionales son un juego de suma cero: todos persiguen su propio éxito particular y, cuando uno gana, pierden los demás. Eso no significa que los ultraderechistas se opongan a la cooperación internacional, ni que no les importen otros países (o naciones), sino que este tipo de preocupación siempre es secundaria con respecto a la nacional (o racial): de ahí que la política de «América primero» de Trump presente muchas variantes nacionales. Además, las formaciones de

ultraderecha siempre han desconfiado mucho de (o se han mostrado directamente hostiles a) las organizaciones supranacionales: desde la potente UE hasta la mucho más débil Organización de las Naciones Unidas (ONU). Pero aparte de criticar el orden mundial existente, no poseen ideas claras de las posibles alternativas ni, menos aún, un concepto unificado.

El irredentismo —la reivindicación de un territorio «perdido»— tiene un papel destacado en el programa político de muchas organizaciones de ultraderecha, sobre todo en la Europa Central y del Este, donde las fronteras han variado en repetidas ocasiones a lo largo del último siglo. Por ejemplo, por el Tratado de Trianon de 1920, Hungría perdió casi dos terceras partes de su territorio: una situación que todas las formaciones ultraderechistas de ese país están obsesionadas por revocar. Desde Fidesz hasta el Movimiento Juvenil 64 Condados, todas aseguran representar a todos los «étnicamente húngaros» —incluidos los millones de habitantes hungarófonos de Rumanía, Serbia, Eslovaquia y Ucrania— y aspiran a reunificar todos los territorios húngaros.

También la lucha por la Gran Israel (*Eretz Yisrael*) es un componente central de casi todos los grupos de ultraderecha israelíes, y en India y Japón, las organizaciones de ultraderecha están muy centradas en las disputas fronterizas con Pakistán y China, respectivamente. La ultraderecha en Rusia alberga una cantidad particularmente exorbitante de fantasías irredentistas que van desde la formación de un imperio euroasiático hasta la reedición de la Unión Soviética bajo el (explícito) liderazgo ruso. La más extrema es la propugnada por Vladímir Yirinovski, el más veterano de todos los líderes de partidos ultraderechistas de cierta importancia que hay en el mundo. El suyo en concreto es el muy inapropiadamente llamado Partido Liberal Democrático de Rusia. Pues bien, Yirinovski declaró en una ocasión que él sueña con el día «en que los soldados rusos puedan lavarse las botas en las templadas aguas del océano Índico».

Una segunda obsesión de la mayoría de las formaciones de ultraderecha son las organizaciones supranacionales, que ven como un primer paso hacia la constitución de un gobierno mundial (cosmopolita). La mayoría de los grupos ultraderechistas no son nada amigos de la ONU, pero los únicos que convierten la antipatía que les despierta esa organización —bastante inoperante en general— en uno de sus grandes temas programáticos son los estadounidenses. En este país, las teorías conspirativas sobre planes secretos de invasión y ocupación de Estados Unidos —que van desde las relacionadas con la Agenda (o Programa) 21 de Naciones Unidas hasta las que tienen como protagonistas a los llamados «helicópteros negros»— han penetrado hasta lo más profundo del movimiento conservador; algunos grupos ultraderechistas vieron próximo el amanecer de un «Nuevo Orden Mundial» tras el famoso «desliz» del expresidente George H. W. Bush en un discurso de 1992. Algunas formaciones ultraderechistas israelíes creen que la ONU es una organización antisemita dominada por los Estados árabes y empeñada en destruir el Estado de Israel. Y en su discurso inaugural ante el Parlamento australiano en 2016, el senador del ONP Malcolm Roberts llamó a su país a retirarse de la «socialista y monolítica» ONU.

No es de extrañar, pues, que la (esta sí) poderosa UE represente un motivo de preocupación central para la ultraderecha europea, que la ve como una amenaza a la soberanía nacional. Cuando el euroescepticismo comenzó a extenderse por la población de diversos países europeos a raíz de la entrada en vigor del Tratado de Maastricht de 1992, la mayoría de los grupos y partidos ultraderechistas pasaron a hacer más explícita y radical su oposición a la UE. Esta oposición no ha hecho más que aumentar a partir de la llamada «crisis de los refugiados» de 2015, cuando la política proacogida de la canciller alemana Angela Merkel y el (finalmente fallido) plan de redistribución de refugiados entre Estados miembros concitaron las iras de la ultraderecha. Clara expresión de ese sentir fue un tuit publicado en 2018

por Santiago Abascal —líder de la más reciente estrella surgida en el firmamento de la derecha radical populista europea, el partido español Vox —, en el que arremetió contra «la oligarquía globalista, vividora de los presupuestos [públicos], que pretende imponer a los pueblos modelos fracasados, [y] se dedica ahora a demonizar la democracia y la soberanía de las naciones».

Durante la tercera ola, la mayoría de los partidos de la derecha radical populista se mantuvieron a la defensiva con respecto a la integración europea. Solo unos pocos llamaron abiertamente a que su país abandonara la UE, pero lo que sí creían casi todos ellos era que el proceso de integración había llegado ya demasiado lejos, sobre todo después de la firma del Tratado de Maastricht, y querían echar atrás las nuevas iniciativas en ese sentido y detener cualquier avance integrador. La UE era considerada una burocracia hostil y distante en la que las fuerzas «nacionalistas» no tenían voz alguna. De resultas de sus crecientes éxitos electorales y de su mayor relevancia política durante la actual cuarta ola, los partidos de la derecha radical populista han empezado a perseguir objetivos más ambiciosos y osados a propósito de la UE. Ese es especialmente el caso entre los líderes de la derecha radical populista en la Europa Central y del Este, que ven a sus propios países como «baluarte del cristianismo» (Jarosław Kaczynski, líder de PiS en Polonia, *dixit*) o «el futuro de Europa» (palabras, en este caso, del húngaro Viktor Orbán, líder de Fidesz).

En la actualidad, son pocos los partidos de derecha radical populista relevantes que siguen apoyando la permanencia de sus países en la UE. Tanto Marine Le Pen como Geert Wilders se posicionaron a favor de la salida de la UE a partir de 2013, aunque su postura en ese sentido se ha vuelto bastante más confusa desde entonces (debido, en parte, a la reacción adversa que en Europa suscitó el incompetente manejo de la cuestión del *brexit* por parte del Gobierno británico). De todos modos, la mayoría de los partidos de la derecha radical populista siguen siendo euroescépticos y

defienden una «reforma» de la UE para convertirla en una organización más flexible y democrática que devuelva soberanía nacional a sus Estados miembros. Aun así, difieren en cuanto a la naturaleza fundamental de la futura Europa. Partidos nacionalistas étnicos como el belga VB quieren una «Europa de las naciones», mientras que los partidos de signo más nacionalista estatal, como la RN francesa o el español Vox, se inclinan por una «Europa de las patrias» (es decir, de los Estados actuales), al tiempo que temen el separatismo dentro de sus propios países. Y si bien Fidesz y PiS reivindican una «Europa cristiana», la mayoría de los partidos de derecha radical populista de Europa occidental se sienten mucho menos cómodos con la idea de un continente definido en términos explícitamente religiosos.

Por último, los partidos de ultraderecha están muy divididos en torno a la cuestión de cómo debería ordenarse el mundo. Durante la guerra fría, muchos partidos de derecha radical, aunque fuera a regañadientes en algunos casos, expresaron su apoyo a la alianza occidental, la OTAN, mientras que la mayoría de las formaciones de extrema derecha propugnaban una tercera vía posfascista. En la actualidad, muchos de ellos se declaran preocupados ante la perspectiva de un mundo unipolar dominado por Estados Unidos (aunque sea bajo la presidencia de Donald Trump) y aceptan gustosos la idea de una Rusia más fuerte que sirva de contrapeso a la hegemonía estadounidense. Fiel a las proyecciones tradicionales de la *grandeur* francesa, Marine Le Pen ha propuesto un eje nacionalista Washington-París-Moscú con ella misma, Trump y Putin como protagonistas. Pero muchas formaciones ultraderechistas de la Europa oriental, como el EKRE y PiS, son intrínsecamente rusófobas y prefieren un mundo dominado por Estados Unidos. En la India, Modi también parece muy favorable a un dominio mundial estadounidense, al menos de momento, mientras que, en Brasil, Bolsonaro se ha comprometido a

colaborar con Trump, sobre todo a la hora de crear un frente común de oposición al poder creciente de China.

EL PAPEL DE LA RELIGIÓN

Las ideologías ultraderechistas pueden combinarse con todas las religiones, pero también con posiciones aconfesionales o, incluso, antirreligiosas. De entrada, el fascismo italiano era antirreligioso, pero fue virando hacia posiciones más bien aconfesionales tras llegar a un acuerdo pragmático con el Vaticano. La mayoría de las formaciones de la derecha radical populista en la Europa contemporánea son, a lo sumo, cristianas en un sentido cultural: es decir, consideran el cristianismo en general (o una de sus variantes concretas, como el catolicismo) como un elemento de la «cultura» nacional. Algunas van incluso un paso más allá y defienden que una religión concreta forma parte de la «nación» misma. Por ejemplo, en su programa, el DF proclama que «la Iglesia luterana evangélica danesa es la Iglesia del pueblo danés», mientras que el líder de SD, Jimmie Åkesson ha declarado que la Iglesia de Suecia debería volver a ser la oficial del Estado. Ante la importancia creciente de la islamofobia, muchos partidos de derecha radical populista han acentuado su apariencia cristiana y han adoptado el cristianismo (o unos vagamente definidos «valores judeocristianos») como rasgo identitario sin por ello convertirse en partidos verdaderamente religiosos. El austriaco FPÖ, por ejemplo, fundado en su día con un ideario anticlerical, se ha convertido en los últimos años en un acérrimo defensor de católicos ortodoxos como el antiguo obispo de St. Pölten, Kurt Krenn, un crítico ostensible del islam y de la inmigración musulmana.

El vínculo entre la ultraderecha y el cristianismo es muy fuerte en Estados Unidos, al menos entre la derecha radical populista. Una serie de políticos, desde Pat Buchanan hasta Sarah Palin, han caracterizado a

Estados Unidos como una «nación cristiana» y han hecho hincapié en la importancia del cristianismo para la política. En la extrema derecha, el KKK siempre ha tenido un profundo componente religioso que ha ido evolucionando con el tiempo y ha dejado de ser exclusivamente protestante para volverse más genéricamente cristiano (véase el recuadro 1). No obstante, muchas formaciones de extrema derecha solo son nominalmente cristianas, cuando no explícitamente anticristianas porque consideran que el cristianismo es «judío». Así, por ejemplo, grupos como las ya casi extinguidas Naciones Arias dicen adherirse a una identidad cristiana, entendida como una forma antisemita y racista de «cristianismo» en la que los blancos son el verdadero «pueblo elegido» y todas las demás personas son «gente de barro».

Fuera de Estados Unidos, hay grupos y políticos de ultraderecha manifiestamente cristianos en el sentido más propiamente religioso del término. Bolsonaro se presentó a las elecciones con el eslogan inicial de «Brasil por encima de todo, y Dios por encima de todos nosotros». En Polonia, PiS es una formación profundamente católica que mantiene estrechas relaciones con los elementos más nacionalistas y ortodoxos de la Iglesia católica polaca. Ha defendido, por ejemplo, que la «Constitución Europea» incluya una referencia a «Dios», y ha hecho de su interpretación ortodoxa del catolicismo un principio rector de muchas de sus propuestas políticas sobre educación, familia y sanidad. La pequeña y neofascista Fuerza Nueva italiana es católica fundamentalista y aspira a la «recuperación de la religiosidad cristiana» y la «fe en la Iglesia católica».

En general, los lazos entre la ultraderecha y la religión son más estrechos en países cristianos ortodoxos, desde Grecia hasta Rusia, dado que la mayoría de las iglesias ortodoxas son iglesias nacionales y arrastran fuertes tradiciones nacionalistas. En Rumanía, las reducidas formaciones «neoguardistas» activas en la actualidad se declaran leales a una esotérica combinación de misticismo y cristianismo ortodoxo: se trata de la misma fe

que, en las primeras décadas del siglo XX, formó el ideario de la Legión del Arcángel Miguel original, más popularmente conocida como Guardia de Hierro. En Ucrania, varios grupos ultraderechistas, como la Svoboda y el C14, apoyan a la cismática Iglesia ortodoxa de Ucrania, que se separó en 2018 de la Iglesia ortodoxa ucraniana, la oficial, por ser esta última una rama autónoma de la Iglesia ortodoxa rusa.

Esto contrasta con la existencia paralela de corrientes paganas y explícitamente anticristianas muy fuertes dentro de la ultraderecha europea. La *nouvelle droite* francesa es oficialmente pagana, pues sostiene que el «monoteísmo judeocristiano» está ya muy laicizado. Siguiendo los postulados del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, el principal pensador de esa nueva derecha, Alain de Benoist, defendió en su libro *¿Cómo se puede ser pagano?* (1981) la necesidad de destruir el cristianismo para crear, en su lugar, un nuevo paganismo «indoeuropeo». Varias formaciones de extrema derecha también se remontan a creencias (presuntamente) precristianas, entre las que incluyen formas diversas de *Ásatrú* (paganismo). A finales del siglo XX, el odinismo y, en particular, su versión racial, el wotanismo, que rinde culto a dioses nórdicos como Odín y Thor, adquirió especial popularidad entre ciertos grupos neonazis. También pueden encontrarse elementos del wotanismo en algunos grupos del movimiento llamado «Identidad Cristiana», y en los de la ya prácticamente extinguida «Creatividad», y algunos grupos de extrema derecha incluso practican el satanismo.

Quizá sea en la ideología *hindutva* donde se produce la fusión más perfecta de nativismo y religión. Esta, remontándose a un texto clásico de 1923, *Essentials of Hindutva*, de Vinayak Damodar Savarkar, reemplaza el hinduismo puramente religioso por una *Hindu Rashtra* («nación hindú») más nacionalista. Al principio, también tenía rasgos racistas, con referencias a la *Arya* (la raza hindú), pues Savarkar estaba notablemente influido por el fascismo europeo y, en particular, por el nazismo. Pero si

bien las formaciones pro-*hindutva* contemporáneas, como el BJP y la RSS, ya no suscriben (abiertamente, al menos) el fascismo ni el racismo biológico, continúan adhiriéndose a un nacionalismo hindú xenófobo a ultranza. A excepción de algunos grupos concretos que se considera que forman parte de la fraternidad hindú (como los budistas y los sijs), los grupos *hindutva* ven a los no hindús —como los cristianos y los musulmanes— como amenazas a la nación hindú y como obstáculos a la instauración del ansiado Estado hindú (el Hindustán).

Del budismo se tenía desde hacía tiempo la imagen de una religión excepcional por no estar contaminada por fanatismos religiosos ni nacionalismos violentos. Pero ese concepto se ha hecho añicos a raíz de los acontecimientos de los últimos años en Birmania. Aunque el gobierno y los militares birmanos justifican en la mayoría de los casos la represión brutal contra los rohinyás musulmanes amparándola en el principio de la soberanía nacional, algunos grupos ultraderechistas, como el descentralizado Movimiento 969 o la Organización para la Protección de la Raza y la Religión, así como líderes extremistas como el monje Ashin Wirathu, están empeñados en castigar a todos aquellos que «insultan» al budismo, entre los que incluyen, por definición, a las personas de otras religiones. Los budistas ultraderechistas no solo han participado en pogromos violentos contra la minoría rohinyá, sino que también han tachado a las organizaciones birmanas de derechos humanos de «traidoras a la cuestión nacional» y las han acusado de estar respaldadas por grupos extranjeros.

Como es lógico, la conexión con la religión es muy fuerte en el caso de la ultraderecha judía, dada la definición etnorreligiosa misma de su nación. Salvo escasas excepciones —entre las que destaca Israel Beitenu («Nuestra Casa es Israel»), muy centrada en un electorado laico de inmigrantes rusos —, las formaciones ultraderechistas israelíes conjugan el nacionalismo étnico con el judaísmo religioso. El bando «religioso nacional»,

representado sobre todo por La Casa Judía y su escisión más reciente, la Nueva Derecha, fundamenta desde hace tiempo su lucha por la anexión de «Judea y Samaria» (Cisjordania) en el argumento bíblico de que Dios dio la tierra de Israel a su pueblo elegido (los judíos). La fusión más extrema de nacionalismo israelí y religión judía es el kahanismo, que combina el fascismo con el fundamentalismo religioso. Según el rabino Meir Kahane (asesinado en 1990), Israel debería ocupar y abarcar toda la «Tierra de Israel», pero, además, solo los (verdaderos) judíos deberían vivir en ese Estado, del que todos los no judíos deberían ser expulsados (a la fuerza).

Uno de los pocos ejemplos claros de movimiento musulmán ultraderechista, al menos en el sentido esencialmente nativista aquí empleado, es el Partido de Acción Nacionalista turco (MHP). Fundado como una formación laicista, se adhirió al islam en los años setenta con el argumento de que «somos tan turcos como el monte Tengri y tan musulmanes como la cueva de Hira. Ambas filosofías son nuestros principios». En los años ochenta, la facción «idealista» se escindió y fundó el Partido de la Gran Unidad, que mezcla el nacionalismo turco con el islamismo. El islam tiene una importancia central también en el nacionalismo malayo. La Organización Nacional de los Malayos Unidos, anteriormente en el gobierno, combina el nacionalismo malayo con un concepto multinacional de sociedad, compaginado al mismo tiempo con varias décadas de política racial, aunque hoy se ve cada vez más acosada por sectores nacionalistas malayos más radicales, para quienes solo los musulmanes pueden ser malayos de verdad, y que atacan por ello a los no musulmanes (y, en especial, a chinos, cristianos e hindúes).

Recuadro 1. La cambiante definición del «nosotros» y el «ellos»

Todas las ideologías de ultraderecha están construidas sobre una estricta contraposición entre nosotros y ellos, pero tanto ese «nosotros» como ese «ellos» pueden variar con el paso del tiempo. Los grupos cambian aquellos «otros» a

quienes consideran una amenaza, pero, en ese proceso, no solo modifican el «ellos», sino que también transforman su «nosotros». Esto ocurre no solo entre grupos diferentes, sino incluso dentro de grupos similares.

Un buen ejemplo de estas identidades cambiantes nos lo proporciona el KKK, que sembró el terror en el Sur estadounidense a finales de la década de 1860. Fundado por antiguos soldados confederados, el Klan decía defender al sureño blanco, anglosajón y protestante (WASP) y atacaba tanto a los afroamericanos como a los yanquis instalados en el Sur (a quienes llamaban despectivamente *carpetbaggers*, por «cuneros» o «advenedizos»), aunque mataba sobre todo a los primeros. El segundo KKK, que surgió en las primeras décadas del siglo XXI, ya no fue un fenómeno exclusivamente sureño. Los yanquis dejaron de estar en su punto de mira y, de hecho, hizo bastante fortuna al norte de la línea Mason-Dixon (la que separaba históricamente a los estados norteños de los sureños que se enfrentaron en la guerra de Secesión), en zonas como Indiana e Illinois. Erigido todavía sobre el odio a los afroamericanos (y a los judíos), el nuevo Klan arremetió principalmente contra la inmigración católica llegada de Europa. La tercera versión del KKK (la todavía vigente) fue una reacción mayormente sureña contra el movimiento de los derechos civiles de los años sesenta del siglo XX y continúa siendo hondamente antisemita y racista, aunque defiende primordialmente a los «blancos cristianos» en general, y no solo a los WASP. Coinciden así cada vez más con las formaciones neonazis, que también han reemplazado la raza «aria» de los nazis por una raza «blanca» más genérica, de la que ya no excluyen a los eslavos ni a otros blancos no germánicos.

Una transformación más reciente de esa forma identitaria de entender el «nosotros» y el «ellos» ha tenido lugar, precisamente, en la cuarta ola, en la que el islam y los musulmanes han pasado a ser los enemigos principales de la derecha radical populista. Si en los años ochenta y noventa, esa derecha definía a los «inmigrantes» en términos preeminentemente etnonacionales, los «residentes foráneos» de hoy (prácticamente idénticos a los de entonces) son ahora definidos principalmente en términos etnorreligiosos, aunque una diferencia importante (en el plano legal incluso), es que, antes, la mayoría de ellos eran verdaderamente inmigrantes, mientras que la mayoría de «residentes foráneos» de hoy son, en realidad, ciudadanos nacidos y criados en Europa occidental o en Estados Unidos. En el mundo posterior al 11-S, que es el mundo de la «guerra contra el terror» todavía en curso, los turcos y los marroquíes en Alemania y los Países Bajos, o los bengalíes y los paquistaníes en el Reino Unido, han pasado a ser (simplemente) musulmanes. Como era de esperar, esto ha llevado a numerosos grupos de ultraderecha a enfatizar o incluso redescubrir sus propias raíces religiosas, y a redefinir así su «nosotros» en términos más próximos a los de la civilización cristiana o «judeocristiana».

Pero el «nosotros» puede cambiar incluso en términos nacionales. El FPÖ fue fundado en la década de 1950 como un partido de la Gran Alemania; definía, pues, a los austriacos como una parte de la nación germana y rechazaba la idea misma de la nación austriaca por considerarla una «monstruosidad ideológica». Pero en los años ochenta, y en busca de un mayor apoyo electoral, el FPÖ se despojó de su ideología pangermana y se redefinió como el partido de los «patriotas austriacos». Asimismo, Umberto Bossi fundó la LN desde una acérrima oposición al Estado italiano. El partido llegó incluso a inventarse su propia nación, la Padania, con moneda, bandera

y pasaporte propios. Pero cuando Matteo Salvini se hizo con el liderazgo de la moribunda LN en 2013, la refundó para convertirla en un partido italiano, redujo su tono regionalista (y pro-Padania), así como sus ataques a los italianos del sur, y priorizó los ataques a los musulmanes y, en fechas más recientes, a los refugiados. Salvini incluso hizo que cayera el adjetivo «Norte» del nombre del partido para presentarse a las elecciones parlamentarias nacionales de 2018, en las que la nueva Lega («Liga»), bajo el eslogan de «Primero, los italianos», obtuvo un gran éxito en votos.

3

ORGANIZACIÓN

La política de ultraderecha se presenta bajo una gran diversidad de formas, no solo en lo referente a su ideología y sus temas de campaña, sino también en cuanto a sus tipos de organización. Algunos grupos cuentan con millones de seguidores, y otros con apenas un puñado de ellos. Algunos son puramente intelectuales, mientras que otros son principalmente violentos. Algunos son, desde el punto de vista organizativo, más parecidos a partidos políticos tradicionales como los conservadores o los laboristas británicos, mientras que otros se asemejan más a las bandas criminales estadounidenses, del tipo de los Bloods o los Crips.

Existen muchas maneras diferentes de subdividir a la ultraderecha desde el punto de vista de su organización, y ninguna de ellas es perfecta. Yo voy a seguir aquí, de un modo aproximado, la distinción introducida por el politólogo alemán Michael Minkenberg, [1] aunque con ligeras variaciones en cuanto a la terminología, y diferenciaré entre partidos políticos, movimientos sociales y subculturas. Dicho en términos muy sencillos, los grupos que se organizan en forma de partidos políticos se presentan a las elecciones, mientras que los que se organizan como movimientos sociales no, y al mismo tiempo, los partidos y los movimientos sociales son grupos que están relativamente bien organizados, mientras que las subculturas no lo están.

En las secciones que siguen, describo las características y los ejemplos representativos principales de las diferentes estructuras organizativas en las que se presenta la ultraderecha contemporánea. No trato de ser exhaustivo; además, puede que, para cuando ustedes estén leyendo esto, algunas de esas formas organizativas sean ya obsoletas. Muchas organizaciones ultraderechistas son ya muy fluidas y temporales; vienen y van y, en ocasiones, cambian incluso de función (por ejemplo, pasan de ser partidos a convertirse en movimientos sociales). El capítulo concluye con un análisis de la colaboración internacional dentro del ámbito de la ultraderecha, un tema que ha dado pie a especulaciones exageradas, pero cuya realidad es mucho más modesta.

PARTIDOS POLÍTICOS

En su más pura esencia, los partidos son grupos políticos que concurren a las elecciones para aspirar a ocupar cargos públicos. Dado que la mayoría de las democracias son democracias de partidos, en las que todos los puestos políticos cruciales son ocupados por personas elegidas dentro de una candidatura de partido, los partidos políticos de ultraderecha forman el núcleo central de la cuarta ola. Compiten electoralmente en la inmensa mayoría de las democracias occidentales, y obtienen escaños en una mayoría de sus respectivos Parlamentos nacionales. Al mismo tiempo, los partidos de ultraderecha difieren en muchos sentidos entre sí. Dejando a un lado las diferencias ideológicas, a las que ya nos hemos referido, los partidos ultraderechistas difieren en cuanto a su estructura organizativa como consecuencia en muchos casos (aunque no en todos) de su diversa antigüedad como organizaciones. Los dos extremos en ese sentido son el BJP indio, que recuerda a los partidos de masas de mediados del siglo XX, y el PVV neerlandés, que es (literalmente) un partido de un solo hombre.

Fundado en 1980, el BJP es el principal partido político representante de la *Sangh Parivar* («Familia de Organizaciones»), el paraguas organizativo del movimiento nacionalista hindú (*hindutva*) que organiza y representa a decenas de millones de personas en todo el planeta. El BJP ha sido el principal socio de dos gobiernos de coalición de derecha en la India y actualmente controla muchos de los estados más poblados e importantes del país. Dice contar con casi cien millones de afiliados, lo que lo convertiría en el mayor partido político del mundo, mayor aún que el Partido Comunista de China. Se trata de un partido de cuadros cuyos líderes proceden de la propia formación y de otras organizaciones de la *Sangh Parivar*, y cuyos miembros están organizados en cientos de delegaciones locales, regionales y estatales, entre las que se incluyen un buen número de organizaciones auxiliares que agrupan por separado a colectivos como agricultores, estudiantes y trabajadores, pero también a mujeres, jóvenes y, curiosamente, minorías. Los «indios no residentes» y otros seguidores del BJP que viven fuera de la India se organizan dentro de los Amigos del Partido Bharatiya Janata en el Extranjero, una entidad que asegura contar con delegaciones en cuarenta países de todos los continentes.



Seguidores del BJP, en moto y con banderas del partido en mano, celebran por las calles de Nueva Delhi (India) la victoria en las elecciones generales de 2014. (Fuente: Arindam Banerjee/Dreamstime.com/2014.)

El más acusado contraste posible con ese caso nos lo ofrece el PVV, el ejemplo más extremo de partido de un líder, dado que Geert Wilders no solo es el máximo dirigente de la formación, sino que «es» literalmente el partido. Wilders era un diputado en ascenso del conservador Partido Popular por la Libertad y la Democracia de los Países Bajos a quien su formación comenzó a relegar debido a sus cada vez más estridentes manifestaciones contra el islam y contra la potencial integración de Turquía en la UE. En 2005, se escindió del resto de parlamentarios del partido y formó el llamado Grupo Wilders como diputado en solitario durante el resto de la legislatura; al año siguiente, fundó el PVV. El partido tiene solo dos miembros reglamentarios: el propio Wilders y una fundación de la que él es socio único.

Todos los demás partidos de ultraderecha se sitúan en algún punto entre esos dos extremos, generalmente con unos niveles modestos de afiliación y complejidad organizativa, y un cuadro relativamente reducido de dirigentes y activistas que son casi independientes de los afiliados. Muchos partidos dependen de la financiación pública, ligada a los resultados electorales y los escaños parlamentarios, lo que explica por qué son tan pocos los partidos ultraderechistas que sobreviven fuera de los Parlamentos. En la mayoría de los casos, cuando no logran representación parlamentaria, solo siguen siendo partidos nominalmente, pues funcionan como organizaciones políticas que rara vez concurren a las elecciones (y que no logran ningún éxito significativo cuando lo hacen).

Comparados con la mayoría de los partidos políticos convencionales tradicionales —ya sean estos de izquierda, de derecha o de centro—, los partidos de ultraderecha poseen una estructura organizativa más centralizada y más centrada en su líder. Ese tipo de estructura no es una rareza en los partidos nuevos, pero en los de ultraderecha pocas veces llega a democratizarse de verdad. Algunos celebran elecciones internas para escoger líder del partido entre sus propios afiliados, pero son procesos

«guiados» (en el mejor de los casos), pues la dirección mantiene un control estricto sobre los procedimientos de elección y da su aprobación a los candidatos que considera «apropiados» entre un grupo escogido del cuadro de dirigentes o figuras destacadas del partido. Esto suele originar frustraciones y rebeliones, pero también garantiza una transferencia de poder relativamente fluida sin apenas cambios sustanciales en cuanto a la ideología, la organización y el personal. De ahí que, contradiciendo esa imagen de «partidos relámpago» —los que no duran más de una o dos elecciones consecutivas— que se tiene de ellos, varios partidos ultraderechistas hayan sobrevivido a derrotas electorales iniciales y episodios de luchas internas y estén ahora bien asentados en sus respectivos sistemas políticos.

MOVIMIENTOS SOCIALES

Existen un sinfín de grupos de ultraderecha que no son partidos políticos y que van desde las organizaciones bien estructuradas y financiadas, con cientos de miles de miembros, hasta los grupúsculos marginales de tan pocos componentes que podrían caber todos en una alcoba. Muchas de esas organizaciones forman parte de un movimiento social más amplio al que aportan cierto nivel de estructura y permanencia. Y si bien todas estas organizaciones comparten una ideología ultraderechista, sus actividades, sus programas de objetivos y las bases sociales que las apoyan son muy diferentes. Yo me centraré aquí primordialmente en las organizaciones intelectuales, mediáticas y políticas.

ORGANIZACIONES INTELECTUALES

La ultraderecha no es un movimiento de carácter particularmente intelectual: de hecho, muchos grupos de ultraderecha son abiertamente

antiintelectuales, pues consideran que todos los «intelectuales» son «marxistas culturales» (véase el capítulo 2). Pero existen algunas organizaciones que sí están centradas en desarrollar ideas de ultraderecha y en innovar en ese terreno y en formar sobre todo a los activistas ultraderechistas. Entre ellas se encuentran tanto aquellas organizaciones concretas creadas para ese fin dentro de los partidos políticos más exitosos, dedicadas a organizar congresos temáticos y escuelas de verano para «educar» a sus cuadros dirigentes, como otros grupos que se centran exclusivamente en la divulgación formativa, por ejemplo, mediante la publicación de libros y revistas.

El más importante de los movimientos intelectuales de la ultraderecha es la *nouvelle droite* («la Nueva Derecha»), un movimiento muy difusamente estructurado de individuos y revistas que se extiende por todo el planeta. Estos «gramscianos de la derecha» creen que la victoria política solo se alcanzará si se logra la hegemonía cultural, la cual únicamente será posible cambiando de manera activa el discurso político. Se posicionan como unos «anti-mayo del 68», pese a estar inspirados y causados por el éxito de la Nueva Izquierda de entonces. En muchos sentidos, esta Nueva Derecha ha copiado las estrategias y tácticas de la Nueva Izquierda, aunque sin tanto éxito (de momento).

Sus orígenes se remontan al Grupo de Investigación y Estudios para la Civilización Europea (GRECE), fundado en 1968 y cuya figura principal es Alain de Benoist. La Nueva Derecha ha sido clave para modernizar el pensamiento de la ultraderecha tradicional sustituyendo el racismo clásico de esta —basado en la biología y la superioridad— por el etnopluralismo, basado en la etnia y una supuesta igualdad. Sostiene que las culturas son iguales pero distintas, y que las personas solo pueden florecer al completo dentro de la suya propia, que ese movimiento asocia con un conjunto determinado de tradiciones. Por consiguiente, se opone al multiculturalismo, que (paradójicamente) critica por racista. Más

recientemente, el movimiento autodenominado «identitario» ha sacado las ideas de la Nueva Derecha de los aburridos límites de las revistas y los laboratorios de ideas y las ha combinado con movilizaciones políticas callejeras mediogénicas, dirigidas a atraer la atención de los medios de comunicación (véase el recuadro 3 en el capítulo 5).

Estados Unidos cuenta con un amplio catálogo de laboratorios de ideas (*think tanks*) derechistas, algunos de los cuales difunden convicciones nucleares de la ultraderecha. Entre ellos se incluyen organizaciones antiinmigración como la Federación para la Reforma Inmigratoria, y organismos aliados como el Center for Immigration Studies y el NumbersUSA, que se han convertido en organizaciones plenamente desmarginadas durante la presidencia de Trump. También algunas organizaciones islamófobas, como el Centro de Política de Seguridad, de Frank Gaffney, y el Instituto Gatestone, del consejero de Seguridad Nacional John Bolton, se han convertido en actores clave en la administración Trump, evidenciando así el solapamiento parcial entre la derecha radical y las ideologías y políticas (neo)conservadoras, visible sobre todo en su islamofobia compartida y en su común desconfianza (o incluso rechazo) hacia las organizaciones multinacionales como la ONU. Al mismo tiempo, las organizaciones de la llamada derecha alternativa («*alt-right*»), como la American Renaissance de Jared Taylor y el National Policy Institute de Richard Spencer, han continuado quedando sistemáticamente excluidas de la corriente mayoritaria del orden político estadounidense, incluso durante la presidencia de Trump.

En los últimos años, los activistas de ultraderecha han tratado también de fundar sus propias iniciativas educativas. Muchos partidos europeos organizaban ya «universidades de verano», con la intención particular de dar a sus más prometedores miembros (potenciales dirigentes futuros) una oportunidad para formarse ideológicamente y socializar (con miembros de la dirección actual). Por ejemplo, el FN lleva décadas organizando

universidades de verano por toda Francia, mientras que el VB (y su ala juvenil, las Juventudes de Interés Flamenco) ha hecho lo propio dando a las suyas sedes itinerantes por toda Europa (Austria, Croacia, Francia y España incluidas). La mayoría de esos encuentros tienen más de campamento de verano que de universidad, sobre todo cuando se organizan para los jóvenes, pues incluyen toda una serie de actividades físicas combinadas con conferencias de invitados de ultraderecha, tanto del propio partido como de otros.

Hace poco, Marion Maréchal-Le Pen (sobrina de Marine Le Pen) renunció a la política activa en el FN para fundar el llamado Instituto de Ciencias Sociales, Economía y Política en Lyon. El objetivo de este nuevo instituto es «detectar y formar a los líderes del mañana que tengan el valor, la inteligencia, el buen criterio y la competencia para actuar de forma efectiva [...] al servicio de la sociedad». Antes de eso, en Polonia, el sacerdote católico ultraderechista y ultraortodoxo Tadeusz Rydzyk, que había dado su apoyo hasta entonces a la Liga de las Familias Polacas (LPR) y que ahora es afín a PiS, fundó el Colegio (universitario) de Cultura Social y Mediática en Torún en 2001. Los graduados de ese centro han pasado desde entonces a ocupar puestos destacados en los medios de comunicación públicos y privados de Polonia, sobre todo con PiS en el poder.

Organizaciones mediáticas

La ultraderecha siempre ha contado con sus propias organizaciones mediáticas, pero la mayoría formaban parte de partidos y movimientos más amplios o, sencillamente, mejor financiados. Ese era el caso tanto de periódicos como el *Deutsche National-Zeitung*, cuyo editor era el Dr. Gerhard Frey, líder del pequeño partido Unión Popular Alemana, como de *Éléments* y *Nouvelle École*, revistas del GRECE. La mayoría de estas publicaciones tenían un público relativamente limitado y no llegaban

mucho más allá de los (dedicados) miembros de sus organizaciones matrices.

Durante la cuarta ola, son muchas las nuevas organizaciones mediáticas de ultraderecha que han aparecido como consecuencia de dos fenómenos: (1) el surgimiento de las redes sociales y (2) el éxito y la desmarginación de la derecha radical populista. Cuando internet empezó a ser relevante en los años noventa, varios emprendedores ultraderechistas se percataron de las ventajas del nuevo medio para sus movimientos y establecieron en él una presencia significativa. Entre los pioneros estuvo el que, durante muchos años, sería también el más importante de ellos: el sitio web *Stormfront*, gestionado por el antiguo líder del KKK Don Black, que funcionó durante muchos años como foco de la actividad de los neonazis y supremacistas blancos de todo el mundo. La ultraderecha estadounidense es muy activa en el ciberespacio; ahí están los ejemplos de sitios web como *Breitbart News* (de la derecha radical), *Daily Stormer* (neonazi), *Info Wars* (conspirativo) o *V-DARE* (supremacista blanco). En Canadá, *Rebel Media* funciona como un equivalente local de *Breitbart News*, mientras que *GeenStijl* («Sin Estilo») podría considerarse un medio homólogo (técnicamente hablando, un predecesor) neerlandés, aunque no tan profesional.

También en Europa hay toda una serie de medios de ultraderecha digitales y no digitales que dicen proporcionar información «real» o «no censurada», especialmente sobre los temas favoritos de la ultraderecha, como son la delincuencia, la corrupción, la integración europea y la inmigración. Entre los más destacados, podemos mencionar el checo *Parlementní Listy* («Lista Parlamentaria»), el alemán *Junge Freiheit* («Libertad Juvenil»), el polaco *Gazeta Polska* («Gaceta Polaca») y el español *Caso Aislado*. Algunos de los medios de ultraderecha más importantes de fuera de Europa y América del Norte son el israelí *Arutz Sheva* («Información Nacional de Israel»), el indio *OPEN Magazine* y el portal web en línea *R7*, en Brasil.

Muchos de estos sitios web mediáticos de orientación eminentemente islamófoba, como *The Brussels Journal*, *Gates of Vienna* y *Voice of Europe*, se autodenominan «conservadores», un detalle que no deja de reflejar la creciente convergencia ideológica y personal entre las subculturas de la derecha conservadora y la radical populista a propósito de temas como la inmigración y el islam. Esta convergencia (o transformación) también ha llevado a algunos medios conservadores establecidos a erigirse en voces de la derecha radical populista. En Hungría, casi todos los medios públicos y privados han pasado a estar bajo el control del gobierno de la derecha radical y funcionan actualmente como instrumentos de propaganda al servicio de Viktor Orbán (véase el recuadro 4 en el capítulo 7).

Organizaciones políticas

La mayoría de los grupos de ultraderecha son políticos o, cuando menos, aspiran a influir en la política de su país. De hecho, algunos son bastante similares a los partidos políticos, puesto que tienen miembros formales, un programa ideológico y una estructura organizativa más o menos sofisticada. Lo que los diferencia de los partidos políticos es que no concurren a las elecciones (o han dejado de hacerlo). Pero las fronteras entre los primeros y los segundos son porosas, pues algunas organizaciones políticas (y sociales) que no son partidos sí concurren ocasionalmente en comicios, al menos en ciertas localidades, aun cuando organicen principalmente actividades no electorales (véase el capítulo 5).

El grueso de las organizaciones políticas de ultraderecha es de carácter marginal y cuentan, a lo sumo, con unas pocas decenas de activistas y una presencia solamente local o en línea. Realizan sobre todo una función social, que es la de proporcionar un espacio (seguro) de encuentro para personas con ciertas afinidades políticas, y rara vez intervienen en actividades públicas. Este es el caso tanto de buena parte de las diversas *Kameradschaften* («sociedades de camaradas») que hay en Alemania como

del KKK en Estados Unidos. Ni siquiera otras organizaciones algo mayores, como la ahora prohibida Acción Nacional en el Reino Unido o el Movimiento Nacional Socialista en Estados Unidos, impulsan más que unas pocas concentraciones, con escasos asistentes, si bien eso no impide que sean responsables de graves episodios de violencia.

Existen también, sin embargo, organizaciones políticas mucho mayores y más poderosas que influyen en la política de algunos partidos, a veces incluso en países que no cuentan con ningún partido de ultraderecha fuerte. Un buen ejemplo es la Conferencia Japón (*Nippon Kaigi*), fundada en 1997, que tiene unos treinta y ocho mil afiliados repartidos entre unas doscientas treinta delegaciones locales. Conferencia Japón centra sus esfuerzos en la revisión constitucional y el revisionismo histórico, pues pretende restituir Japón a la categoría de gran potencia militar y restablecer el honor del país (y del emperador) «cambiando la conciencia nacional de la posguerra», que se basa en los «ilegítimos» juicios de Tokio por crímenes de guerra de 1946-1948. Aunque no es un partido político en sí, sí es un actor influyente en el Partido Liberal Democrático, el dominante en el sistema de partidos japonés. Nada menos que quince de los dieciocho miembros del tercer Gobierno de Shinzō Abe (2014-2018) eran miembros de Conferencia Japón, incluido el propio primer ministro; la organización también reunía a 289 de los 480 diputados de la Dieta Nacional japonesa.

En los últimos años, hemos podido ver como algunas organizaciones nacionales (y transnacionales incluso) han tenido bastante éxito movilizando políticamente a sus seguidores en las calles. La Liga de Defensa Inglesa (EDL) convocó varias concentraciones islamófobas en Inglaterra que atrajeron, en algunos casos, a miles de manifestantes. Con su mezcla de cultura ultraderechista y *hooligan*, la EDL no tardó en convertirse en una sensación mediática, lo que se tradujo en la aparición de ramificaciones suyas en Europa, Norteamérica y Australasia. Sin embargo, en los últimos años, ha experimentado un descenso en su poder de

convocatoria popular y ha sufrido fuertes luchas de poder internas. También los Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (PEGIDA) tuvieron una presencia arrolladora en los medios aun habiendo atraído solamente a una multitud considerable de manifestantes en Dresde, en el este de Alemania, su ciudad de origen. En Japón, una organización un tanto parecida es la Asociación de Ciudadanos Contrarios a los Privilegios Especiales de los *Zainichi* (la minoría coreana residente en el país nipón). Conocida popularmente como Zaitokukai, esta organización se fundó en 2007 y tiene una militancia bastante volátil, y no muy definida ni estructurada, que llegó a alcanzar en algún momento los quince mil miembros.[2] Pero aunque Zaitokukai está activa principalmente en internet, ha organizado numerosas manifestaciones (por lo general, más pequeñas) contra los presuntos privilegios de los *Zainichi*, así como contra la inmigración y los inmigrantes en general.

SUBCULTURAS

Las subculturas son subgrupos de la cultura nacional general cuyos miembros comparten una identidad, unos valores, unas prácticas y unos objetos culturales. Dentro de una subcultura, la identidad común de las personas se basa más en una cultura que se percibe subjetivamente como similar (ideas y símbolos incluidos) que en una afiliación institucional. Eso no significa que las subculturas no incorporen nunca sus propias instituciones (fuertes incluso). Ejemplos de subculturas ultraderechistas nacionales son la subcultura del *Nemzeti Rock* (*rock* nacional) en Hungría (que incluye un buen número de festivales, grupos e incluso emisoras de radio) o la del *Uyoku dantai* en Japón, que es una red difusa de grupos de ultraderecha especialmente conocidos por sus *gaisensha*, es decir, por sus autobuses y sus furgonetas cubiertas de eslóganes propagandísticos y

equipados con altavoces que van recorriendo las calles en pequeños convoyes.

Hay muy pocas subculturas ultraderechistas verdaderamente internacionales. En la mayoría de los casos, la ultraderecha forma parte de una subcultura más amplia, bien porque es a la que están adheridos sus miembros individuales, bien porque ella misma es una «sub-subcultura» dentro de aquella. Debido a la obsesión de los medios por la ultraderecha, esta puede llegar a considerarse en la imaginación popular como el elemento definitorio de subculturas más amplias, aun cuando solo constituya en realidad una minoría (estridente y violenta) dentro de estas, como solía ocurrir con el entorno de los aficionados «ultras» al fútbol y como continúa ocurriendo con los *skinheads*. En la sección siguiente, repasaré algunas de las subculturas ultraderechistas más conocidas y relevantes, así como algunas otras subculturas que tienen una presencia significativa de la ultraderecha.

La derecha alternativa («*alt-right*»)

El de «derecha alternativa» (abreviado en inglés como *alt-right*) es un no muy acertado término que se ha popularizado en Estados Unidos y otros países en los últimos años. Lo impulsó Richard Spencer, un instruido nacionalista blanco, con el propósito de reunir el más amplio grupo de «realistas raciales» posible. Consciente de que ideologías y términos como nacionalismo blanco y supremacía blanca asustaban a muchas personas (especialmente, a las más cultas e instruidas) por sus connotaciones negativas, Spencer prefirió usar el término *alt-right*, que salió finalmente de las sombras en las que se ocultaba a raíz del ascenso de Donald Trump y, en particular, del poco oportuno discurso con el que Hillary Clinton trató de denunciar a esa derecha alternativa en agosto de 2016.

Nadie ha sabido captar mejor la esencia de la *alt-right* que el Southern Poverty Law Center («Centro de Acción Legal contra la Pobreza en el

Sur»), una ONG antirracista estadounidense, que la definió como «un conjunto de ideologías, grupos y personas de ultraderecha cuya creencia fundamental es que la "identidad blanca" está siendo atacada por fuerzas multiculturales que se valen de la "corrección política" y la "justicia social" para socavar a la población blanca y "su" civilización».[3] Como ocurre con todas las subculturas, en esta solo hay un puñado de grupos u organizaciones verdaderamente significativos. Uno de los pocos que ha perdurado en el tiempo es el marginal National Policy Institute del propio Spencer, que se autodefine como una «organización independiente dedicada al legado, la identidad y el futuro de las personas de origen europeo en Estados Unidos y en todo el mundo».

Lo que distingue a la derecha alternativa de otras subculturas de ultraderecha es que es un fenómeno cuya presencia se concentra casi exclusivamente en el entorno digital. E incluso en el ciberespacio cuenta con una infraestructura organizativa mínima. Hay algunas revistas en línea de ese signo, como *American Renaissance* (Jared Taylor), *Counter Currents* (Greg Johnson) y *Taki's Magazine* (así llamada por su fundador, Taki Theodoracopulos), pero la mayor parte de la actividad de la *alt-right* es desorganizada y anónima, y se desarrolla en plataformas que trascienden los límites de esa subcultura, como *4chan* y *Reddit*. La componen todos aquellos usuarios que «trolean» en redes sociales como Facebook y Twitter colgando en ellas memes y publicaciones misóginas y racistas. Comparte ámbitos significativos con otras subculturas digitales amorfas, sobre todo, la de los *gamers* y la de la llamada *manosfera* (véase el capítulo 9), dominadas por varones blancos más jóvenes y más instruidos.

Envalentonada por la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos en 2016, y pese a que su relación con él ha sido siempre bastante complicada, la derecha alternativa trató de ganar cierta presencia fuera del mundo digital. El acontecimiento más exitoso en ese sentido fue la manifestación «Unamos a la derecha» que se convocó en Charlottesville

(Virginia) en agosto de 2017 y que atrajo a unos mil manifestantes, aunque, en su mayoría, de grupos neonazis y supremacistas blancos más tradicionales, como los diversos «Klan» y el Movimiento Nacional Socialista, y que desembocó en disturbios violentos y en el asesinato de la «contramanifestante» Heather Heyer. Desde entonces, las concentraciones de la *alt-right* rara vez han congregado a más de unas decenas de manifestantes, superados siempre en número por los antifascistas movilizados para neutralizar esos actos. En marzo de 2018, Spencer renunció a seguir con su gira de charlas en las universidades después de unos meses, harto de la violencia y las batallas legales de los antifascistas y de las reticencias de los administradores de los centros y los campus.

En la actualidad, la derecha alternativa sigue siendo un fenómeno mayormente digital. Aunque su ámbito de acción es ya internacional, la subcultura continúa estando muy centrada en el mundo anglosajón y, sobre todo, en Estados Unidos. Incluso sus blogueros y videoblogueros de otros países, como la pareja sueco-estadounidense que forman Henrik Palmgren y Lana Lokteff, del sitio web *Red Ice*, y la canadiense Lauren Southern, exreportera de *The Rebel Media*, se dirigen primordialmente a un público estadounidense. Este también es el caso del empresario sueco Daniel Friberg, que ha financiado proyectos de la ultraderecha en Estados Unidos (entre ellos, el sitio web AltRight.com).

GRUPOS DE AFICIONADOS «ULTRAS»

Si nos atenemos al grueso de su composición demográfica, podemos ver que los grupos de ultraderecha, los aficionados que siguen a los equipos de fútbol y los episodios de violencia en las calles atraen a varones jóvenes, blancos y de clase trabajadora en mayor medida que a otros sectores de la población. La existencia de aficionados radicales ultraderechistas en el mundo del fútbol no es, pues, ninguna sorpresa, pero los medios más

alarmistas han tendido a exagerar considerablemente en sus crónicas la relevancia de esos ultras, como también lo han hecho algunos libros que han dedicado un tratamiento sensacionalista al fenómeno de los *hooligans*. Ahora bien, aunque buena parte de toda esa violencia era más o menos espontánea, protagonizada por grupos de aficionados al fútbol de composición bastante fluida y cambiante, también había grupos más organizados de *hooligans*, llamados «*firms*» en inglés, que dieron pie a una subcultura y una estructura bastante turbias con sus propios códigos y hasta estilos de vestir. Entre las más tristemente famosas *firms* británicas con fuerte presencia de la ultraderecha se contaban los Headhunters (seguidores del Chelsea FC), la Inter City Firm (del West Ham United), la Service Crew (del Leeds United) y la Soul Crew (del Cardiff City).

El fenómeno de los *hooligans* de ultraderecha emigró al continente europeo en los años ochenta, donde los aficionados radicales básicamente imitaron las formas y estructuras de las *firms* británicas. Entre los grandes clubes europeos de fútbol con conocidos grupos de seguidores radicales de signo ultraderechista se encontraban/encuentran el Borussia de Dortmund y el Hansa de Rostock (Alemania), el Hellas de Verona y la SS Lazio (Italia), el FC Feyenoord y el FC Groningen (Países Bajos), y el Espanyol y el Real Madrid (España). De todos modos, el problema es mucho mayor aún en la Europa del Este, donde clubes como el Dynamo de Zagreb (Croacia), el Ferencváros (Hungría), el Legia de Varsovia (Polonia), el Spartak de Moscú (Rusia) y el Karpaty de Lviv (Ucrania) son conocidos por sus grupos de aficionados de ultraderecha. Más allá de Europa, solo unos pocos clubes tienen conocidos grupos de seguidores «ultras» ultraderechistas. El caso más famoso es el del Beitar de Jerusalén, en Israel, cuyos «ultras» de ultraderecha, conocidos como «La Familia», se han hecho tristemente célebres por sus cánticos de «muerte a los árabes».

La mayoría de los Estados europeos occidentales persiguieron el fenómeno de los ultras en el fútbol en general, y de los ultras de

ultraderecha en particular, durante los años finales del siglo XX y prohibieron la exhibición de símbolos ultraderechistas y radicales, así como el acceso a los estadios a los aficionados violentos. Pero en los últimos años, los ultras del fútbol han vuelto a aparecer implicados en acciones de la extrema derecha, aunque, en la mayoría de los casos, fuera de los estadios. Por ejemplo, los aficionados violentos del Chemnitz FC tuvieron un papel destacado en las manifestaciones y la violencia antirrefugiados en esa ciudad germanooriental en 2018, mientras que los del club neerlandés PSV participaron en los ataques que se produjeron contra los manifestantes antirracistas que asistieron a un acto con motivo del *Sinterklaas* (la festividad neerlandesa de San Nicolás) en Eindhoven ese mismo año. Algunos ultras del fútbol han fundado también sus propias organizaciones islamófobas antiextremistas, de las que son ejemplos destacables la Democratic Football Lads Alliance («Alianza Democrática de Futboleros») británica y la alemana Hogesa («*Hooligans* contra Salafistas»), que han organizado manifestaciones con miles de asistentes.

SKINHEADS

La subcultura *skin* surgió en Londres en la década de 1960 como alternativa de clase obrera a la subcultura *hippy*, de clase media. Inspirada en otras subculturas, como la de los *rude boys* (mayoritariamente negra) y la de los *mods* (mayoritariamente blanca), la subcultura *skinhead* inicial era multirracial y relativamente apolítica. Aficionados a diversos estilos musicales, desde el *ska* hasta el *punk*, los *skins* destacaban por sus cabezas afeitadas («cabezas rapadas») y por un código de vestimenta específico y relativamente estricto, que aparejaba calzar botas Dr. Martens y vestir polos Fred Perry, vaqueros blanqueados y tirantes estrechos.

En los setenta, parte del movimiento *skin* pasó a estar cada vez más relacionado con la ultraderecha y, en particular, con el Frente Nacional británico, que fue uno de los primeros partidos antiinmigrantes que

concurrió a unas elecciones en la Europa de posguerra. Precisamente, un activista del NF, Ian Stuart Donaldson (conocido simplemente como Ian Stuart), fue clave para la creación de la subcultura *skin* de ultraderecha, como también lo fue su grupo musical, Skrewdriver, cuyo disco (y canción) «White Power» es el himno oficioso del movimiento. Los *skinheads* ultraderechistas desarrollaron un código de vestir un tanto diferente, del que desecharon buena parte de los elementos heredados de la cultura de los *rude boys*, pero que, para el público en general, siguió resultando básicamente igual que el de otros «cabezas rapadas», como los *skins* antirracistas (representados por la agrupación Skinheads contra el Prejuicio Racial), también conocidos como *redskins*.

Aunque la mayoría de los medios de comunicación meten a todo el movimiento *skinhead* en el saco de la ultraderecha, la inmensa mayoría de los *skins* son apolíticos o antirracistas. El movimiento «*skin* nazi» llegó a su apogeo en los años ochenta en buena parte de la Europa occidental, y en los noventa en Norteamérica, y ha decaído de forma notoria desde entonces. En parte debido a la imagen pública negativa que adquirieron los *skinheads*, las subculturas de ultraderecha se han ido diversificando (y desmarginándose) cada vez más en cuanto a sus gustos musicales y sus estilos de vestir. Actualmente, los *skins* ultraderechistas continúan teniendo una presencia destacada sobre todo en la Europa del Este, en países como la República Checa, Polonia, Rusia y Serbia. Pero existen incluso pequeñas subculturas *skin* neonazis en países no blancos, como Mongolia o Malasia.

En esencia, el movimiento de los «cabezas rapadas» de ultraderecha es principalmente una subcultura, y está desprovisto de sus organizaciones fuertes, existe fundamentalmente en el medio digital y se moviliza en torno a determinados conciertos. Está erigido sobre una combinación de «marcadores» culturales y políticos cuyas expresiones (de moda y musicales) se manifiestan principalmente en línea y en torno a conciertos.

COLABORACIÓN INTERNACIONAL

Pese a las acusaciones alarmistas lanzadas por algunos antifascistas, y pese a las noticias sensacionalistas que algunos periodistas han escrito sobre el tema, lo cierto es que las colaboraciones internacionales entre diversos activistas y organizaciones de ultraderecha jamás han llegado a tener un éxito reseñable. Esto es así tanto para el caso de la extrema derecha como para el de la derecha radical, y por razones similares en ambos casos. En primer lugar, la ultraderecha dispone de recursos bastante limitados. En segundo lugar, es un fenómeno político muy volátil, en el que solo unas pocas organizaciones han logrado alcanzar una relativa estabilidad. En tercer lugar, muchas de sus formaciones están dirigidas por unos líderes dominantes que no están acostumbrados a colaborar ni a compartir el poder. En cuarto lugar, aunque muchos activistas de ultraderecha declaran un sincero interés por (y solidaridad con) otros movimientos ultraderechistas hermanos en otros países, su nacionalismo (y su nativismo) puede derivar fácilmente en diferencias de opinión insalvables. Por ejemplo, la ultraderecha croata y la serbia sueñan cada una con un territorio bastante similar para sus respectivos países —la Gran Croacia la primera y la Gran Serbia la segunda—, mientras que muchos activistas y formaciones ultraderechistas de la Europa occidental desprecian a los europeos orientales, y varios grupos ultraderechistas de la Europa del Este son marcadamente antialemanes.

La colaboración internacional sí es inherente a los neonazis y a los nacionalistas blancos, cuya «nación» se define en términos raciales y, por consiguiente, sus intereses son más propiamente transnacionales. Pero la mayoría de esas formaciones tienen ya de por sí problemas para organizarse a escala nacional, cuanto más a escala internacional. En consecuencia, dentro del ámbito de la extrema derecha, la colaboración transfronteriza rara vez trasciende los contactos personales entre unos pocos individuos concretos de Europa occidental y América del Norte, y algún que otro acto

esporádico (como congresos y conciertos), pese a los nombres grandilocuentes de algunas iniciativas como la Unión Mundial de Nacional Socialistas. En algunos casos, la colaboración internacional se basa más bien en el modelo de las franquicias, en el que diversas «franquiciadas» usan un nombre similar, pero sin que la coordinación y la colaboración entre esas filiales pasen de ser mínimas. Esto es especialmente así en el mundo de los *skinheads* neonazis y, en concreto, en los casos tanto de Blood and Honour (B&H), fundado por Ian Stuart Donaldson y centrado en el Reino Unido, como de la Hammerskin Nation, centrada en Estados Unidos.

Solo unas pocas iniciativas de colaboración internacional en el entorno de la extrema derecha han tenido alguna relevancia en lo que llevamos de siglo XXI. El Movimiento de Resistencia Nórdico (NMR) es una organización pannórdica neonazi con delegaciones en cinco países nórdicos: Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia (en este último, es incluso un partido político). Aunque esas filiales individuales tienen, en el mejor de los casos, un apoyo bastante modesto, consiguen movilizar de forma bastante regular a decenas de seguidores (y en el caso sueco, a centenares), jóvenes en su mayoría, a quienes se ha vinculado con episodios de violencia callejera. En 2017, el NMR movilizó a unos quinientos miembros en la segunda ciudad más poblada de Suecia, Gotemburgo, pero, ese mismo año, su filial finlandesa fue ilegalizada por un juzgado de primera instancia.

La más reciente iniciativa dirigida a la creación de un «europartido» de extrema derecha es la muy engañosamente bautizada como Alianza por la Paz y la Libertad (APL), fundada en 2015, que engloba actualmente a nueve partidos miembros de ocho países. Solo dos tienen representación en sus respectivos Parlamentos nacionales: son el L’SNS y XA, que también están representados en el Parlamento Europeo. El congreso de la APL de 2018 en Milán (Italia) se celebró en una sala bastante pequeña y contó con

conferenciantes de ocho formaciones de extrema derecha marginal tanto de la Europa del Este como de la occidental.

La situación mejora apenas un poco en el caso de la derecha radical populista. La mayoría de las recientes iniciativas islamófobas comparten más nombre (y solo en parte) que organización. Es el caso de las «Ligas de Defensa» (inspiradas por la EDL) y las PEGIDA varias, así como la de los Soldados de Odín, una previsiblemente efímera iniciativa paneuropea de patrullas ciudadanas antiislámicas. El FN/RN lleva décadas tratando de ser un eje de la colaboración entre partidos de ultraderecha en Europa, pero solo ha logrado éxitos modestos en ese sentido. A pesar de los sustanciales beneficios (en fondos procedentes de la UE) que la colaboración transnacional reportaría a esas formaciones, los partidos de la derecha radical populista siempre han estado divididos y poco organizados en el Parlamento Europeo.

El Grupo de las Derechas Europeas (1984-1989) fue el primer grupo oficial de ultraderecha que se formó en el Europarlamento, aunque con solo el MSI, el FN y la Unión Política Nacional griega como miembros integrantes (el Partido Unionista del Ulster también estuvo afiliado a dicho grupo durante poco tiempo). Lo sucedió el Grupo Técnico de las Derechas Europeas (1989-1994), en el que el FN sustituyó al MSI por la entonces novata formación de Los Republicanos (REP) alemanes, y el belga VB pasó a ocupar el lugar de los griegos, que no habían salido reelegidos. Cuando los REP perdieron su representación en el Parlamento Europeo en 1994, tras unos años de luchas y escisiones internas, la mayoría de los europarlamentarios ultraderechistas restantes optaron por quedarse como independientes (y por tanto, encuadrados entre los «no inscritos») para las legislaturas subsiguientes, si bien algunos fueron aceptados dentro de otros grupos euroescépticos de derecha más amplios, como Independencia/Democracia (en el caso de la LPR) o la Unión por la Europa de las Naciones (en los casos del DF y de la LN).

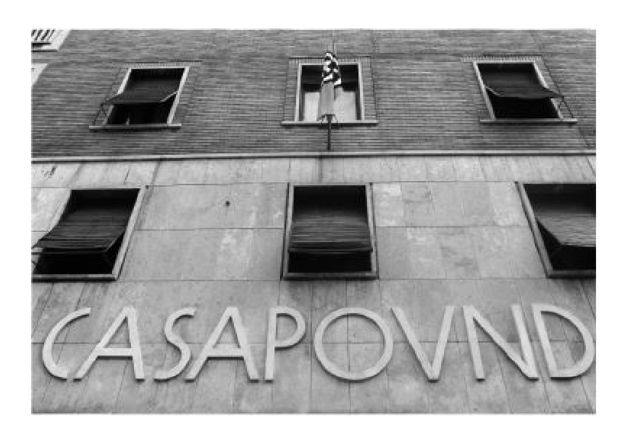
Para asegurarse un grupo político oficial (y los beneficios económicos que de este se derivaran en el futuro), Jean-Marie Le Pen fundó Euronat en 1997, una organización poco estructurada (y bastante inefectiva) de la que casi veinte partidos de ultraderecha llegaron a formar parte en algún momento. Su primer reintento fue otro grupo (bastante flexible organizativamente hablando también) llamado Identidad, Tradición, Soberanía, de muy corta vida, pues duró de enero a noviembre de 2007. La verdadera sucesora de Euronat a todos los efectos fue la Alianza Europea por la Libertad (AEL), creada en 2010, cuyo núcleo estaba formado por el FN, el FPÖ, la LN, el PVV y el VB. Pero aunque algunos partidos de ultraderecha vencieron en sus respectivos países en las elecciones europeas de 2014, como también había ocurrido en las de 2009, Marine Le Pen no logró constituir un nuevo grupo político oficial —la Europa de las Naciones y las Libertades (ENL)— hasta 2015. La ENL sustituyó a la AEL, que se disolvió de forma oficial en 2016, básicamente gracias a la integración de algunos europarlamentarios disidentes de diversos partidos ultraderechistas. Tras el moderado éxito conseguido en las elecciones europeas de 2019, la ENL va a ser reemplazada por un nuevo grupo, más alineado con Matteo Salvini que con Marine Le Pen, y que ha atraído a algunos nuevos partidos miembros (como AfD y el DF), si bien otras formaciones han preferido quedarse en grupos euroescépticos de derecha ya más consolidados, como el Partido Popular Europeo (en el caso de Fidesz), los Conservadores y Reformistas Europeos (en los casos del FvD y PiS), y la Europa de la Libertad y la Democracia Directa (en el caso del Partido del Brexit); mientras, los europarlamentarios de extrema derecha (del L'SNS y XA) permanecerán en el grupo de los «no inscritos».

Fuera de Europa, las conexiones internacionales se limitan a unas redes bastante fluidas (y poco desarrolladas) de grupos neonazis. Existen múltiples conexiones personales entre activistas de ultraderecha, pero estas rara vez se materializan en una colaboración institucional. Y aunque tanto

el presidente ruso Putin como el estadounidense Trump simpatizan con algunos partidos e ideas políticas de la derecha radical, por lo general han optado por mantener ciertas distancias con esta. Trump solo es relativamente próximo al antiguo líder del UKIP y actual dirigente del Partido del Brexit Nigel Farage, mientras que el (antiguo) partido de Putin, Rusia Unida, solo ha firmado hasta el momento acuerdos oficiales de cooperación con el FPÖ y con la Liga. Los partidos derechistas israelíes (incluido el Likud) han reforzado recientemente sus lazos con varias formaciones de derecha radical populista europeas (como Fidesz, la LN y el PVV), pero se mantienen en su actitud de cautela ante la RN francesa y de rechazo al FPÖ.

Recuadro 2. CasaPound

La mayoría de las organizaciones de ultraderecha entran solo dentro de una de las grandes categorías aquí mencionadas —los partidos políticos, los movimientos sociales o las subculturas—, pero algunas son más fluidas y combinan aspectos subculturales con estructuras organizativas, e incluso concurren a elecciones. Un grupo que reúne los tres tipos de forma organizativa es CasaPound Italia (CPI), que se identifica como un «movimiento fascista». Llamada así en honor al poeta modernista e ideólogo fascista Ezra Pound, CPI tiene su origen ideológico en el fascismo histórico y, muy especialmente, en la Carta del Trabajo (1927) y el Manifiesto de Verona (1943), si bien institucionalmente nació de la subcultura neofascista de la Italia de la posguerra.



Edificio okupado y convertido en sede central de CasaPound Italia en Roma, Italia.
(Fuente: Jose Antonio/Wikipedia en italiano/2014.)

Fundada en 2003 como CasaPound, los orígenes institucionales de esta organización se remontan a la okupación de un edificio en Roma. Siguiendo el ejemplo del movimiento okupa de la izquierda radical de décadas anteriores, el grupo usó ese inmueble okupado como sede desde la que construir una base de apoyo más amplia, alojando allí a sus activistas y organizando en ella conciertos y conferencias abiertos al público. En 2008, cambió su nombre por el de CasaPound Italia y se convirtió oficialmente en una «asociación de promoción social», para acentuar así su énfasis en las cuestiones de la vivienda y de la atención social, aunque con una orientación nativista, es decir, limitada a los italianos «de verdad». En la actualidad, CPI está presente en casi todas las regiones italianas y cuenta con más de ciento cincuenta delegaciones locales, posee librerías y *pubs*, y también es dueña de emisoras de radio y canales de televisión en línea. Edita revistas como *Fare Quadrato* y *L'Occidentale*, así como un periódico nuevo, *Il Primato Nazionale*, y ha establecido una red de casas okupadas «no convencionales» por toda Italia. Tiene incluso su propio grupo musical, ZetaZeroAlfa (ZZA), fundado por Gianluca Iannone, padre fundador a su vez de CPI.

CPI cuenta con varios millares de activistas e incluso con una sección de juventudes, el Bloque Estudiantil. Desde 2013, el grupo también se ha presentado a las elecciones nacionales, locales y regionales, aunque, de momento, con escaso éxito. En 2018, CPI obtuvo solo un 1 % de los votos en las elecciones generales. De todos modos, y en consonancia con su ideología y sus raíces fascistas, la organización continúa priorizando las actividades extraparlamentarias, entre las que se incluyen actividades sociales como repartir comida a los ciudadanos italianos (exclusivamente) que lo necesitan. Dado su énfasis en las ideas y los comportamientos marciales, no es de extrañar que CPI se haya visto implicada en episodios de violencia política, como choques con grupos antifascistas y hasta atentados terroristas: dos inmigrantes senegaleses fueron asesinados en Florencia en 2011 por un simpatizante de CPI.

4

PERSONAS

La ultraderecha no está constituida solamente por grupos: también la forman personas. La ultraderecha internacional tiene dos clases estereotípicas de simpatizantes: el viejo racista blanco gruñón (inmortalizado por los personajes de Archie Bunker en la *sitcom* estadounidense de los años setenta *Todo en familia*, y de Alf Garnett en la *sitcom* británica *Till Death Us Do Part*) y el joven *skin* nazi violento y muy tatuado cuya imagen aparece junto a prácticamente todas las noticias que se publican o se emiten sobre la ultraderecha. Si algo tienen ambos en común, es que son varones blancos, de bajo nivel educativo y que no soportan a los diferentes, a los «otros». Y aunque este sector concreto de la población está sin duda sobrerrepresentado en la ultraderecha, lo cierto es que este movimiento es mucho más diverso. En este capítulo, hablamos de los líderes, los miembros, los activistas y los votantes de la ultraderecha.

LÍDERES

Jean-Marie Le Pen (nacido en 1928) es, en muchos sentidos, el líder ultraderechista arquetípico: blanco (o de la etnia/raza mayoritaria), varón, heterosexual, mayor, autoritario, carismático, grosero, violento y con antecedentes militares. En su momento de máxima gloria, Le Pen era un

orador hechizante que atraía a multitudes que incluso pagaban para oírle hablar. Yo lo vi en París en 1986, durante el único periodo en que el FN contó con una representación parlamentaria apreciable. La Asamblea Nacional estaba bastante vacía aquel día, pues los demás partidos boicoteaban las intervenciones de diputados del FN, y dejaban solo a un parlamentario por grupo para dar parte de lo que allí ocurriera mientras tanto, por lo que Le Pen básicamente se dedicó a exhibirse ante los suyos. Bramando contra la corrupción de la «Banda de los Cuatro» (los grandes partidos parlamentarios) y perorando sobre los peligros del multiculturalismo, su discurso cautivó no solo a los representantes de su propio partido, sino a muchos de los sentados en los bancos reservados al público. Casi veinte años más tarde, fui de nuevo a escuchar una alocución suya en un acto organizado por un club de estudiantes en Gante, Bélgica. A Le Pen se le veía ya muy mayor, amargado, aburrido. Se notaba que hacía ya, al menos, una década que debería haber dejado la política activa.

Hay muchos tipos de líderes ultraderechistas, pero solo unos pocos son tan conmovedores o impactantes como lo era Jean-Marie Le Pen. No quiero decir con ello que escaseen los líderes del tipo de Le Pen. El presidente de Brasil, Jair Bolsonaro (nacido en 1955), y el de XA, Nikolaos Michaloliakos (nacido en 1957), son muy similares al líder francés y ambos tienen también un pasado como militares, mientras que el presidente estadounidense Donald Trump (nacido en 1946) coincide igualmente en todos los puntos salvo en el de los antecedentes castrenses (conocido es el detalle de que Trump disfrutó de tres prórrogas de incorporación al servicio militar para no tener que ir a la guerra de Vietnam). Pero sí es verdad que se están convirtiendo rápidamente en una minoría dentro de un grupo cada vez más diverso de líderes de ultraderecha. No cabe duda de que la mayoría de estos dirigentes continúan siendo blancos, varones, de edad madura o avanzada, y heterosexuales, pero lo mismo ocurre con la mayoría de los líderes de los partidos políticos en general. De hecho, los líderes de la

ultraderecha se están asemejando cada vez más a los de los partidos tradicionales también en otros aspectos: políticos profesionales, con estudios universitarios, que han ascendido desde las filas del propio partido.



Donald Trump y Jair Bolsonaro celebran una conferencia de prensa conjunta en el jardín de la Rosaleda de la Casa Blanca en 2019. (Fuente: Fotografía oficial de la Casa Blanca tomada por Tia Dufour/Flickr/2019.)

Dos buenos ejemplos de ello son Jimmie Åkesson y Tom Van Grieken, líderes de SD (Demócratas de Suecia) y el VB belga, respectivamente. Åkesson (nacido en 1979) fue miembro activo de las juventudes del Partido Moderado (una formación de derecha convencional) antes de ingresar en las juventudes de SD. Con diecinueve años, fue elegido concejal y ha sido un político del partido a tiempo completo desde entonces. También Van Grieken (nacido en 1986) ingresó en el VB muy joven, fundó una delegación de las juventudes del partido en su localidad y fue elegido concejal del Ayuntamiento de esta a los veinte años. Luego ascendió al cargo de máximo dirigente de las juventudes nacionales y, unos pocos años después, pasó a ser líder nacional del partido. A los veintiocho años, se convirtió en el líder de un partido nacional más joven de la historia de Bélgica. Åkesson y Van Grieken son productos de sus respectivos partidos políticos y ambos contribuyeron a desmarginar sus formaciones aportándoles su idealizada imagen personal de yernos perfectos.

La mayoría de los líderes actuales de partidos de la derecha radical populista que han cosechado buenos resultados electorales son algo mayores, pero muestran características y trayectorias bastante parecidas. Matteo Salvini (nacido en 1973), artífice de la transformación de la otrora moribunda LN, proviene de una familia de clase media alta, estudió en la universidad —aunque, como Åkesson, no terminó la carrera porque entró en política— y luego trabajó a tiempo completo en el partido. Norbert Hofer (nacido en 1971), quien casi conquistó la presidencia de Austria para el FPÖ en 2016, se crio en un hogar conservador, de clase media alta, y luego escaló puestos en el partido (fue un estrecho asesor del entonces presidente de la formación, Heinz-Christian Strache).

Tampoco se puede decir que el perfil sea muy distinto fuera del continente europeo. La principal diferencia del indio Narendra Modi (nacido en 1950) con respecto a otros líderes es que él procede de una familia humilde, pero también se incorporó al movimiento ultraderechista a (muy) temprana edad y comenzó trabajando de *pracharak* (activista de campaña) para la extremista RSS a los veintiún años. A partir de ahí, fue ascendiendo en la RSS y, luego, se le asignaron puestos en el BJP. Petrus («Pieter») Groenewald (nacido en 1955), líder del Frente de la Libertad Plus, una coalición nacionalista blanca sudafricana, ingresó cuando aún era un estudiante en el Partido Nacional (formación pro-*apartheid* entonces en el gobierno) y se forjó una larga carrera política en diversos partidos pro-*apartheid* hasta que cofundó el suyo propio en 1994. También Antonio Kast (nacido en 1966) había sido miembro (y parlamentario) durante mucho tiempo de la conservadora Unión Demócrata Independiente chilena antes de presentarse como independiente a las elecciones presidenciales de 2017 en ese país (en las que obtuvo el 10 % de los votos) y fundar en 2018 el movimiento de derecha radical Acción Republicana. Y Naftali Bennett (nacido en 1972) inició su actividad en el seno del Likud, donde llegó a ser jefe de gabinete de Benjamin Netanyahu, para fundar luego varios

movimientos de ultraderecha y, posteriormente, ingresar y, en última instancia, liderar La Casa Judía y, a continuación, la recién creada Nueva Derecha.

Pero no todos los líderes de ultraderecha encajan en el estereotipo. En primer (y más destacado) lugar, hay que tener en cuenta que un grupo creciente de dirigentes máximos de esos partidos son mujeres (véase también el capítulo 9). La más famosa de todas, claro está, es Marine Le Pen (nacida en 1968), hija pequeña de Jean-Marie y sucesora suya (designada a dedo por él mismo) en RN (una designación que, desde entonces, él ha reconocido muchas veces lamentar, pues ella lo marginó del partido, tanto a él como a su legado). En contraste con el liderazgo heredado de Le Pen, encontramos casos destacados de líderes hechas a sí mismas como los de Pia Kjærsgaard (nacida en 1947) y Pauline Hanson (nacida en 1954), fundadoras y veteranas dirigentes del danés DF y del australiano ONP, respectivamente. Incluso algunas organizaciones de la extrema derecha tienen (o han tenido) líderes (o números dos en la ejecutiva del partido) como Jayda Fransen (nacida en 1986), de Britain First («Gran Bretaña Primero») o Anne Marie Waters (nacida en 1977), de For Britain («Por Gran Bretaña»).

También hay líderes de estos partidos que son (más o menos) abiertamente gais, aunque esto es más frecuente en partidos populistas de derecha que en partidos ultraderechistas más tradicionales. Los líderes abiertamente homosexuales más famosos fueron, sin duda, Pim Fortuyn (nacido en 1948), asesinado semanas después de haber sido elegido diputado nacional neerlandés por vez primera en 2002, y Michael Kühnen (nacido en 1955), que alcanzara notoria fama como jefe del Frente de Acción de los Nacionalsocialistas/Nacionalactivistas (ANS/NA) de Alemania y que falleció de sida en 1991. En la actualidad, la líder homosexual ultraderechista de más alto perfil es Alice Weidel (nacida en 1979), que encabeza Alternativa por Alemania (AfD) junto con Alexander

Gauland. Weidel es probablemente la alta dirigente de ultraderecha más atípica de la escena política actual: mujer y lesbiana, trabajó en Goldman Sachs y habla mandarín, y vive parte del tiempo fuera de su país (concretamente, en Suiza) con su pareja no blanca, que nació en Sri Lanka, y con la que tiene dos niños adoptados.

Por último, hay también líderes de estas formaciones que no forman parte del grupo étnico o racial mayoritario en sus países. Y aunque esto es algo que resulta prácticamente imposible en el caso de los grupos de extrema derecha más abiertamente racistas, no es tan problemático cuando hablamos de organizaciones de derecha radical con una orientación primordialmente islamófoba. En ese caso, el «otro» casi exclusivo es el musulmán, y el «nosotros» está definido en función de características tanto nacionales como internacionales (los «valores judeocristianos», por ejemplo). De ahí que uno de los organizadores principales de la EDL fuera un sij británico, Guramit Singh Kalirai, y que un varón «afrocubano», Enrique Tarrio, sea presidente de la delegación local en Miami del grupo de extrema derecha «chovinista occidental» Proud Boys («Los Orgullosos»).

Algunos llegan incluso a ascender al cargo de líder nacional, como le ocurrió a Tomio Okamura, nacido en 1972 en Tokio de padre mitad japonés, mitad coreano, y de madre checa. Tras criarse en Japón, se fue a vivir a la República Checa, donde puso en marcha varios negocios más o menos exitosos antes de emprender una carrera política. Okamura fue elegido como independiente para el Senado checo en 2012 y creó un año después su propio partido, Amanecer de la Democracia Directa de Tomio Okamura. Tras concurrir con éxito a las elecciones generales de 2013, el partido se escindió y Okamura fundó otro nuevo, Libertad y Democracia, que, en los comicios de 2017, se convirtió en el partido de derecha radical populista con mayor éxito electoral de la historia checa. Okamura ha utilizado su propio origen étnico como pantalla con la que escudarse de las acusaciones de racismo por sus declaraciones, concitadoras de intolerancia, como

cuando llamó a los checos a sacar a pasear a sus cerdos por delante de las mezquitas.

MIEMBROS Y ACTIVISTAS

Conocido es el secretismo en el que las organizaciones políticas envuelven tanto la identidad como las cifras de sus miembros o afiliados. Esa reserva es mayor si cabe en las organizaciones de la ultraderecha, donde se parte del supuesto (bastante ajustado a la realidad) de que sus miembros quieren permanecer en el anonimato por el estigma que esa militancia lleva asociado. Por consiguiente, poca es la investigación sistemática que se ha realizado sobre el tema. La mayoría de los estudios están basados en entrevistas a una muestra no representativa de miembros más implicados —activistas, para entendernos— o en la observación como participante de encuentros ultraderechistas.

Yo mismo he sido observador de diversas reuniones de ultraderecha a lo largo de los años: me refiero a actos que van desde manifestaciones y congresos de partido hasta encuentros sociales más informales, como barbacoas populares y conciertos. Mis impresiones personales coinciden en gran medida con las de otros observadores, aunque con algunas particularidades nacionales y organizativas. En general, en Europa, los activistas parecen ser casi todos blancos, predominantemente varones, y más de clase media baja que de clase obrera. En términos de edad, resulta notable la diferencia entre los grupos de extrema derecha (mayoritariamente más jóvenes) y los partidos de derecha radical (que tienden a atraer a simpatizantes más mayores, de cincuenta y cinco años o más).

Por ejemplo, en uno de los primeros estudios de este tipo, sobre el pequeño y efímero partido de derecha radical populista neerlandés Demócratas de Centro (CD), se apreció que sus miembros eran sobre todo varones, de más edad, de clase trabajadora, no religiosos y de la parte

occidental del país, más urbanizada.[1] En una encuesta realizada entre participantes en mítines de la LN y del SVP se observó que la militancia de estos dos partidos presentaba un perfil muy similar al de la de CD en su día, aunque con una edad media algo menor y, en el caso de los participantes en actos de la LN, con un nivel educativo mayor que, cuando menos, el del votante de ultraderecha medio.[2]

Más difícil aún de estudiar es el perfil de los miembros de organizaciones que no son partidos políticos. Estos grupos no solo son mucho más pequeños, menos organizados y, a menudo, más locales (regionales, a lo sumo), sino que sus «miembros» tienden a mantener una afiliación más fugaz con los mismos, pues muchas personas entran y salen enseguida de las organizaciones concretas y, a veces, incluso de la subcultura más general. La mayoría de los estudios existentes constatan que los grupos que son más extremos en cuanto a sus acciones y su ideología —y, en especial, los grupos neonazis violentos— tienen una militancia aún más predominantemente masculina y de clase obrera, que tiende a ser, además, mucho más joven, es decir, de entre quince y veinticinco años de edad, de media, a excepción de los líderes, que a menudo están ya en la treintena o en los cuarenta y pocos. Allí donde hay presencia de mujeres militantes, estas suelen ejercer funciones más propiamente de apoyo, tanto a los miembros varones como, si corresponde, a sus hijos (véase el capítulo 9).

El panorama es algo distinto para las organizaciones más orientadas a una presencia en el mundo digital, aunque el anonimato hace que este sector sea si cabe más difícil de estudiar. Según un estudio japonés de un pequeño número de activistas *Netto Uyoku* (derechistas de internet), la inmensa mayoría eran trabajadores «de cuello blanco», tenían un empleo estable y estaban (o habían estado) matriculados en la universidad. Según otro estudio en línea de seguidores de la *alt-right* estadounidense, estos eran

predominantemente varones (dos tercios de ellos) y blancos (casi todos), y tres cuartas partes habían votado a Donald Trump en 2016. [3]

Algunos expertos han determinado la existencia de varias trayectorias de activismo de ultraderecha diferentes, en función de los motivos por los que los activistas comienzan a serlo y continúan siéndolo. Distinguen, por ejemplo, entre los «revolucionarios», que mantienen un compromiso de por vida con la política ultraderechista; los «conversos», que creían (e incluso habían participado activamente) en la política convencional o tradicional antes de convertirse a la política ultraderechista; los «errantes», que han sido activistas de una amplia diversidad de grupos de ultraderecha y no ultraderechistas también, y los «obedientes», que dicen que su activismo de ultraderecha no es algo que ellos hayan elegido, sino que se debe a circunstancias que escapan a su control (en la mayoría de los casos, a lazos familiares). El mayor grupo entre los miembros (y los votantes) es el de los conversos, si bien los líderes tienden más a ser revolucionarios. Y, por otra parte, la de los obedientes es una categoría más abundante entre las mujeres que entre los hombres (véase también el capítulo 9).

VOTANTES

El apoyo electoral a los partidos de ultraderecha ha sido objeto de detallado estudio desde el inicio de la tercera ola, a comienzos de los años ochenta. En este apartado, hablaremos de las características actitudinales y sociodemográficas de los simpatizantes de ultraderecha (sus motivaciones se tratarán con mayor detalle en el capítulo 6). El votante «típico» de partidos de ultraderecha en Europa occidental es blanco, varón, (más bien) joven, moderadamente instruido y preocupado por la cuestión de los inmigrantes y la inmigración. No obstante, el votante ultraderechista típico representa solo una minoría del electorado de los partidos de ultraderecha, sobre todo en el caso de aquellas formaciones que cosechan más votos.

Además, en la mayoría de los países, gran parte de la población que comparte esas características demográficas vota a partidos que no son de ultraderecha.

En la Europa occidental, los partidos ultraderechistas atrajeron inicialmente a pequeños grupos de votantes insatisfechos de la derecha tradicional, entre los que abundaban de forma desproporcionada los electores varones de sectores de la pequeña burguesía o empleados por cuenta propia. Su avance electoral en los años noventa fue una consecuencia de la «proletarización» de sus electorados. Partidos como el FN y el FPÖ se convirtieron en partidos de trabajadores, pues un número creciente de obreros blancos se sentían cada vez más abandonados —cuando no directamente traicionados— por los partidos socialdemócratas, cuya transformación hacia una tercera vía representaba, no ya la aceptación de la economía de mercado, sino también una defensa de los valores cosmopolitas. De hecho, a finales de la década de los noventa, los dos partidos mencionados llegaron a ser más populares entre los obreros (blancos) que los partidos socialdemócratas de sus países respectivos. En la actualidad, incluso otros partidos más pequeños, como AfD y el PVV, se cuentan entre los «partidos de trabajadores» más fuertes de sus países.

A medida que los partidos de ultraderecha se convierten en opciones electorales cada vez más exitosas, sus electorados no dejan de transformarse y de volverse también más heterogéneos. Ya a comienzos de los años noventa, los estudiosos franceses del fenómeno dividían el electorado del FN en diferentes grupos en función de su conducta electoral y actitudes políticas previas: estaban los «lepenistas de izquierda» (más propiamente de clase obrera), los «ninistas» (de perfil más amorfo, pues no eran «ni» una cosa «ni» otra) y los «derechistas» (predominantemente burgueses o pequeñoburgueses).[4] Otros han diferenciado entre quienes emiten un voto «de protesta» y quienes emiten uno «de apoyo», en función de si votan principalmente «por» la ultraderecha o «en contra» del resto de partidos

(véase también el capítulo 6). La situación es más compleja si cabe en aquellos partidos originalmente conservadores que se pasaron a la derecha radical, como Fidesz o el SVP, y no digamos ya en el caso de partidos más convencionales liderados por dirigentes ultraderechistas, como Bolsonaro y Trump, donde se combinan características de ambos tipos de electorado. Por ejemplo, en un estudio reciente,[5] se diferenció entre cinco clases de votantes de Trump: los «conservacionistas» (de las esencias) estadounidenses (un 20 %), los conservadores acérrimos (un 31 %), los liberales económicos (un 25 %), los antiélite (un 19 %) y los desanimados con la política (un 5 %). Mientras que los dos últimos grupos encajan con los electorados ultraderechistas en general, los tres primeros recuerdan más a la composición de los electorados conservadores.

En definitiva, cuanto más popular es una formación de ultraderecha, más diversa es su base de apoyo social. Aunque la imagen pública del simpatizante ultraderechista característico continúa siendo la estereotípica del hombre blanco de clase trabajadora, la ultraderecha tiene líderes, activistas y votantes de todas las extracciones sociales. Y los partidos de derecha radical populista más exitosos se han transformado de los partidos de clase trabajadora que eran en la tercera ola a los llamados «*Volksparteien*» («partidos del pueblo») de la cuarta ola, en los que están representados casi todos los subgrupos de la población.

5

ACTIVIDADES

La ultraderecha se organiza en torno a tres tipos principales de actividades: elecciones, manifestaciones y actos violentos. Los partidos de derecha radical populista suelen congregar cifras bastante discretas de manifestantes, pero cada vez mayores de votantes. Por el contrario, los grupos de extrema derecha rara vez cosechan éxitos electorales (si es que llegan a concurrir a las elecciones); además, atraen normalmente a un número aún menor de seguidores a sus actos públicos. Y si los partidos y grupos de derecha radical populista tienden a ser preferentemente no violentos, los activistas y las formaciones de extrema derecha sí se implican más a menudo en actos de violencia política.

Durante buena parte del periodo de posguerra, las organizaciones terroristas de ultraderecha fueron más bien una excepción, pues la violencia política ultraderechista se limitaba principalmente a ataques más o menos aislados y espontáneos perpetrados por grupos de personas simpatizantes de dicha ideología —aunque la excepción en ese sentido la constituyeron los más organizados «pogromos» antiinmigrantes y antigitanos lanzados en Alemania Oriental y la Europa del Este en la década de 1990—. Tras la llamada «crisis de los refugiados» (2015) en Europa y la elección de Donald Trump (2016) en Estados Unidos, las demostraciones y concentraciones ultraderechistas han aumentado tanto en frecuencia como

en magnitud, al tiempo que la violencia política se ha convertido en un fenómeno más común y mortífero. Tras décadas de ceguera en su ojo derecho, empeorada por una obsesiva concentración de la atención en el terrorismo yihadista tras el 11-S, las fuerzas de orden público y los servicios de inteligencia de un número creciente de países están lanzando ahora advertencias a propósito de la amenaza creciente que representa el terrorismo ultraderechista.

ELECCIONES

Las elecciones son la forma más importante de movilización en las democracias. Deciden quién nos representa y, por consiguiente, son el foro idóneo para conquistar influencia política. Pero también son una vía fantástica para obtener visibilidad en los medios de comunicación, pues las citas electorales siempre son objeto de una extensa cobertura mediática. Por último, las elecciones facilitan una buena oportunidad para acceder a importantes recursos de financiación.

Aunque las campañas electorales les cuestan dinero a los partidos políticos, en muchos países el Estado se lo compensa, normalmente, en función del número de votos o de escaños que hayan obtenido en los comicios (nacionales). Además, en cuanto logran representación en los órganos legislativos (nacionales, subnacionales o supranacionales), tienen acceso a mayor cobertura mediática y mayores recursos económicos. En particular, para muchos activistas de ultraderecha, ser un parlamentario (o incluso el asistente de un parlamentario) es un trabajo bastante fácil y bien remunerado comparado con su profesión previa, fuera de la política.

Casi todos los partidos de ultraderecha concurren a las elecciones, aunque algunos de ellos, más pequeños y (la mayoría) de extrema derecha, solo lo hacen de forma intermitente. Por ejemplo, el Frente Nacional Islandés se presentó a las elecciones generales de 2016, pero se retiró de las

de 2017. De media, en Europa, los partidos ultraderechistas cosechan en torno a un 7,5 % del voto nacional de sus respectivos países (véase la tabla a continuación). Sus resultados oscilan entre apenas un puñado de sufragios y una mayoría del electorado. Por ejemplo, Identity Ireland («Identidad Irlanda» o «Irlanda Identitaria») obtuvo menos del 0,05 % de los votos en las elecciones irlandesas de 2016 (en números absolutos, 181 votos en total), mientras que Fidesz recibió nada menos que el 49,3 % en las elecciones húngaras de 2018.

Promedio de voto (%) de los partidos de ultraderecha en elecciones parlamentarias nacionales y europeas en Estados miembros de la UE, 1980-2018 (por década)

Década	Elecciones nacionales	Elecciones europeas
1980-9	1,1	2,4
1990-9	4,4	4,3
2000-9	4,7	5,6
2010-18	7,5	7,6

Fuente: Parlgov.

Muchos creen que los partidos de ultraderecha tienen mejores resultados en elecciones de segundo orden que en comicios de primer orden (es decir, aquellos que deciden la constitución del ejecutivo nacional). La lógica es que la gente vota con el corazón cuando importa de verdad, pero con el puño (es decir, a modo de voto «protesta») cuando no es tan trascendental. No obstante, de media, los partidos ultraderechistas alcanzan niveles de apoyo relativamente similares en las elecciones al Parlamento nacional (de primer orden) y al europeo (de segundo orden). Tiende a irles peor en comicios locales y regionales, sobre todo porque muchos partidos de

ultraderecha carecen de la capacidad institucional necesaria para concurrir a elecciones de ese tipo en todo el país. Al mismo tiempo, suelen alcanzar sus cotas máximas en ciertas elecciones subnacionales cuando estas se celebran en alguno de sus bastiones locales tradicionales, como es el caso de la belga Amberes (VB), la india Gujarat (BJP), la francesa Norte-Paso de Calais-Picardía (RN) o la sueca Escania (SD).

Los partidos de ultraderecha que más éxito tienen actualmente son, muchas veces, antiguos partidos tradicionales de derecha que se han convertido en formaciones de derecha radical populista. Algunos partidos de la Europa Central y del Este, como Fidesz y PiS, están entre los ejemplos más recientes, pero ya les precedieron el FPÖ y el SVP en la Europa occidental. Fuera del contexto europeo, el Likud en Israel es un caso importante de ese tipo, aunque este sea un detalle que a menudo se pasa por alto. Estos partidos se benefician de una especie de «escudo reputacional»: dicho de otro modo, sus orígenes los protegen del estigma ultraderechista, pues al menos una parte de los medios y la política nacionales e internacionales continúan percibiéndolos como formaciones conservadoras incluso mucho después de su conversión a la derecha radical populista. Y, en la mayoría de los casos, esa radicalización, más que perjudicarlos, los ha ayudado en las urnas.

Los candidatos de ultraderecha suelen obtener mejores resultados en las elecciones presidenciales que los que registran sus partidos en las parlamentarias, pero rara vez las ganan. Los políticos ultraderechistas que más éxito tienen se presentan como candidatos de un partido de derecha no radical, como Jair Bolsonaro por el Partido Social Liberal en Brasil o Donald Trump por el Partido Republicano en Estados Unidos. Puesto que polarizan a la población —lo que significa que la mayoría de las personas o bien simpatizan mucho con ellos o bien los detestan—, los políticos de ultraderecha tienden a fracasar en sistemas que aplican un sistema mayoritario de doble vuelta. El mejor ejemplo es Francia, donde tanto Jean-

Marie Le Pen (en 2002) como su hija Marine (en 2017) alcanzaron la segunda vuelta, pero fueron rotundamente derrotados en ella. No obstante, también en esto se aprecia ya un cambio de tendencia, pues el candidato del FPÖ Norbert Hofer cayó derrotado por un estrecho margen en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales austriacas de 2016.

Los grupos y partidos de ultraderecha mezclan éxitos con derrotas en los referéndums. Muchos países fijan umbrales elevados para los plebiscitos, lo que hace que la ultraderecha no disponga de la capacidad para impulsar por sí sola un referéndum o una iniciativa popular. En 1993, el FPÖ intentó organizar un referéndum antiinmigración con el lema «Austria primero», pero su iniciativa se quedó en una mera petición con un éxito más bien discreto. En 2016, varios activistas y grupos de derecha radical populista neerlandesa forzaron al Gobierno de los Países Bajos a convocar un referéndum consultivo sobre el Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la UE. Aunque la postura que defendían salió vencedora en la consulta (un 61 % de los votantes se pronunciaron en contra del Acuerdo), la participación fue solo del 32 % del electorado y el Gobierno neerlandés básicamente ignoró el resultado. No obstante, la campaña sirvió de trampolín de lanzamiento de varias carreras políticas que alcanzarían niveles desiguales de éxito; la más destacada sería la de Thierry Baudet al frente de su FvD.

Donde se observa una relación más orgánica entre la ultraderecha y los referéndums es en Suiza, famosa por su democracia directa. Aunque el SVP forma parte oficialmente del gobierno de ese país —por una peculiaridad de la Constitución suiza—, recurre de forma regular a las iniciativas populares (*Volksinitiative*) con el objeto de bloquear legislación tanto nacional como local, especialmente en lo relativo a la afiliación con la UE y a la inmigración. El hombre fuerte del SVP, Christoph Blocher, llegó incluso a cofundar una organización especial a tal efecto en 1986, la Campaña por una Suiza Independiente y Neutral, que, aunque oficialmente no afiliada a

ningún partido, lleva tiempo actuando en comandita con el SVP en las campañas que impulsa.

MANIFESTACIONES

Para muchas organizaciones ultraderechistas, sobre todo aquellas que no concurren a elecciones, las manifestaciones representan su actividad más importante. El especialista alemán Fabian Virchow ha descrito las manifestaciones y marchas como «actos politicoemocionales» que desempeñan multitud de funciones importantes para los grupos que en ellos participan. «No solo reúnen en un colectivo emocional a grupos pequeños que, fuera de esos foros, están muy poco organizados entre sí, sino que también sirven para organizar, educar y adoctrinar a los seguidores de la ultraderecha.» [1]



Concentración de protesta de XA en Atenas (Grecia) en 2017. (Foto del autor.)

Cada tipo de manifestación tiene una función distinta y requiere de niveles diferentes de movilización y organización. Los grupos y movimientos más grandes organizan (o aspiran a organizar) manifestaciones multitudinarias que esperan que influyan en la opinión pública a través de los medios de comunicación y presionen políticamente a los partidos tradicionales dominantes. Otros grupos, más pequeños, suelen organizar actos relativamente más reducidos, con presencia de solo unos

pocos activistas y con el único objetivo de atraer la atención de los grandes medios de comunicación, que difunden así su mensaje a un público mucho más amplio. El movimiento «identitario» es especialmente hábil escenificando actos mediogénicos (véase el recuadro 3). Grupos más extremos, como el NMR en Escandinavia o los Proud Boys en Estados Unidos, organizan manifestaciones con el objetivo principal de provocar enfrentamientos con los antifascistas y la policía, tratando así de reforzar —por medio de la acción— una camaradería casi militar en sus filas (véase también el capítulo 9).

La manifestación de extrema derecha típica en Europa occidental tiene lugar en una ciudad de provincias, reúne a unas pocas decenas de activistas, casi todos ellos hombres (blancos) de entre quince y cuarenta años, rodeados de casi el mismo número de agentes de policía (antidisturbios) y aún más periodistas (*freelance*), y no digamos ya manifestantes contrarios «antifascistas», que, como mínimo, los doblan en número. Las manifestaciones de la derecha radical sí pueden atraer a un mayor público y a menos manifestantes contrarios, pero aún hoy siguen sin dejar de ser bastante infrecuentes y pequeñas, sobre todo si se tiene en cuenta el bombo mediático que se les tiende a dar. Si bien los grupos de ultraderecha han organizado manifestaciones sobre muchos temas diferentes, que han ido desde el desacuerdo con las medidas de austeridad en Italia hasta la protesta contra la administración Obama en Estados Unidos, tienden a estar principalmente relacionadas con la inmigración y la integración.

Las manifestaciones antiislámicas se han convertido en un fenómeno habitual en toda Europa, aunque no solo allí (véanse, por ejemplo, los casos de la India o Israel). Hay dos colectivos que se han convertido ya en sinónimos de tales manifestaciones: la EDL en el Reino Unido y PEGIDA en Alemania. Ambos han inspirado decenas de movimientos derivados en sus propios países y en otros, como las Ligas de Defensa canadiense y noruega, por un lado, o LEGIDA (en la alemana Leipzig) y PEGIDA USA,

por el otro. En realidad, pocos (por no decir ninguno) de esos grupos derivados se han acercado siquiera al éxito alcanzado por los originales. Y eso que este tampoco ha pasado de ser bastante limitado: la EDL jamás atrajo a más de tres mil participantes a ninguna de sus convocatorias callejeras, mientras que el máximo de PEGIDA fueron unos veinticinco mil participantes en uno de sus actos en Dresde.

En la Europa del Este, las manifestaciones ultraderechistas pueden ser significativamente mayores y sin apenas oposición. Esto se debe, en parte, a que sus promotores actúan bajo un manto de respetabilidad con el que atraen tanto a manifestantes de ultraderecha como a seguidores de los grandes partidos. Por ejemplo, en 2017, unas sesenta mil personas asistieron a la marcha anual por el Día de la Independencia en Varsovia, encabezada por tres formaciones de ultraderecha. Al año siguiente, con motivo del centenario de la independencia polaca, el Gobierno de PiS se sumó a la marcha organizada por la ultraderecha en vez de convocar la suya propia, y los asistentes aumentaron hasta alcanzar los doscientos mil, aproximadamente. Y en Ucrania, decenas de miles de activistas de ultraderecha desfilan habitualmente por las calles de Kiev, a veces en procesiones con antorchas, para conmemorar a antiguos y nuevos héroes ultraderechistas, incluidos los del neonazi Batallón Azov, que lucha contra las fuerzas de ocupación de Crimea apoyadas por Rusia.

A raíz de la «crisis de los refugiados», hemos sido testigos de un acusado incremento de las concentraciones de protesta antirrefugiados, espontáneas y no organizadas «desde arriba», sino por grupos de ciudadanos de a pie. Muchas de esas manifestaciones tuvieron un carácter puramente local, centrado en un único tema: evitar que se instalasen (nuevos) refugiados en el vecindario. Si bien las organizaciones de ultraderecha trataron con cierta frecuencia de apropiarse de esas movilizaciones tras la aparición de estas en los medios informativos nacionales o regionales, muchos de los manifestantes locales originales los rechazaron por «extremistas» o por

«forasteras». En la Europa Central y del Este, sobre todo, hubo diversas protestas pequeñas y locales que terminaron convirtiéndose en manifestaciones de mayor alcance, nacionales incluso. A menudo, fueron grupos de ultraderecha (nuevos o antiguos) los que tuvieron un importante papel en la movilización y la organización de esas concentraciones. Por ejemplo, el organizador de la principal manifestación antirrefugiados que tuvo lugar en Bratislava en 2015, una de las mayores celebradas en la capital eslovaca tras la caída del comunismo, colaboró estrechamente con el neofascista L'SNS; en otro de esos actos que tuvo lugar en Praga ese mismo año, el líder del (ya disuelto) Bloque contra el Islam cantó el himno nacional junto al presidente checo Miloš Zeman, un antiguo socialdemócrata que se ha movido más recientemente hacia las posiciones de la derecha radical.

También fuera de Europa se han vuelto más populares las manifestaciones ultraderechistas. Tras el deterioro de las relaciones entre Japón y Corea del Sur, el grupo de ciberactivistas anticoreanos Zaitokukai convocó más de un millar de concentraciones por todo el país nipón desde abril de 2012 hasta septiembre de 2015. Aunque la mayoría de esas manifestaciones fueron pequeñas en cuanto al número de asistentes, algunas desembocaron en violencia y el movimiento disfrutó de cierto apoyo (tácito) de algunos políticos de alto rango del dominante Partido Liberal Democrático. En la India, el numeroso movimiento *hindutva* convoca con regularidad manifestaciones multitudinarias. Por ejemplo, en 2018, en Kolkata, unas setenta mil personas se congregaron para recordar el décimo aniversario de la fundación del movimiento nacionalista antimusulmán Hindu Samhati. En Brasil, en las semanas previas a las elecciones presidenciales de 2018, tuvieron lugar masivas concentraciones de apoyo a Bolsonaro por todo el país. Sin embargo, aunque Trump ha atraído cantidades de público no desdeñables a sus mítines tanto antes como después de su elección, las manifestaciones pro-Trump rara vez convocan a

un número llamativo de participantes, sobre todo en comparación con los que asisten a las manifestaciones anti-Trump.

VIOLENCIA

A la ultraderecha se la asocia habitualmente con la violencia, tanto si se trata de partidos de la derecha radical populista —más grandes— como si hablamos de formaciones (más pequeñas) e individuos de la extrema derecha. Sin embargo, tradicionalmente quienes practican esa violencia ultraderechista no han sido los líderes de organizaciones políticamente relevantes, sino (grupos reducidos de) individuos que tienen una relación, como mucho, periférica con el movimiento de la ultraderecha. Aun así, en los últimos años, la violencia ultraderechista ha adquirido un carácter más planificado y regular, y una mayor letalidad, como lo demuestran los atentados terroristas cometidos en, entre otros lugares, Christchurch (Nueva Zelanda), Pittsburgh (Estados Unidos) y Utøya (Noruega). Y tras la «crisis de los refugiados», ha aumentado en cada vez más países la preocupación por el auge de grupos terroristas de ultraderecha como la Clandestinidad Nacionalsocialista germana.

Existen unos cuantos partidos ultraderechistas en los que la violencia política es un elemento integral de su repertorio de acciones. Al partido neonazi griego XA se lo ha vinculado con una cadena de ataques violentos contra inmigrantes y oponentes políticos. Se lo acusa incluso de tener (o haber tenido) una organización secreta en la sombra dedicada a atacar a personas consideradas «enemigas de la nación griega». El ala juvenil del MHP turco, conocida comúnmente por el nombre de Lobos Grises, ha aterrorizado tanto a oponentes del partido en Turquía como a miembros de las comunidades emigrantes turcas en el extranjero. Y el partido Kach del rabino Kahane en Israel se originó como un grupo violento en Estados Unidos llamado la Liga de Defensa Judía, implicado en varios atentados

terroristas. Actualmente, continúa activo en varios países y a algunos de sus miembros se los ha vinculado con actos de violencia política en Canadá y Francia, entre otros Estados.

En muchos países (como Alemania, India, Suecia y Estados Unidos), la ultraderecha ha sido responsable de más violencia política que la extrema izquierda, o que las minorías étnicas o religiosas. El especialista noruego en terrorismo Jacob Aasland Ravndal,[2] del Centro de Investigación sobre Extremismo (C-REX) de la Universidad de Oslo, calculó que, durante el periodo transcurrido entre 1998 y 2015, se produjeron 578 incidentes violentos de ultraderecha en Europa occidental, de los que 190 se saldaron con algún fallecido y sumaron, en total, 303 muertes. Durante más o menos ese mismo periodo en Estados Unidos (1990-2013), activistas de ultraderecha mataron a 368 individuos en un total de 155 homicidios con motivación ideológica.[3] Y, por supuesto, estos datos solo suponen una aproximación superficial de la verdadera violencia (o amenaza de violencia) existente, y ya no digamos de la sensación de violencia o de amenaza que perciben las comunidades contra las que aquella se dirige.

La mayoría de la violencia de ultraderecha (es decir, de la violencia inspirada por ideas ultraderechistas) se centra en personas a quienes se percibe como «extranjeras» (minorías étnicas, inmigrantes, refugiados) o «degeneradas» (porque son —o se sospecha que son— feministas, homosexuales, izquierdistas, personas sin techo...). El perpetrador tipo de tales actos es un varón blanco (más o menos) joven, a menudo ebrio o drogado, que ataca a la víctima de un modo casi espontáneo. A veces, son grupos más numerosos los que se entregan a desmanes violentos casi espontáneos también desencadenados por incidentes o rumores locales. Los pogromos antigitanos tienen ya una larga historia en la Europa Central y del Este, como también la tienen los pogromos contra musulmanes y sijs en la India. Como ya se ha señalado en el capítulo 3, en 2018 una turba violenta encabezada por hinchas de fútbol radicales se entregó a una caza de

«extranjeros» en la ciudad germanooriental de Chemnitz después de que un varón cubano-alemán muriera apuñalado tras un altercado con dos presuntos refugiados.

El terrorismo de ultraderecha se ha convertido en una amenaza creciente en los últimos años. Los llamados «lobos solitarios», que supuestamente actúan por su cuenta y que, no obstante, suelen estar muy influenciados por las subculturas de colectivos ultraderechistas más amplios (sobre todo en la red), han cometido la mayor parte de los casos destacados de terrorismo de ultraderecha. El terrorista noruego que asesinó a 77 personas e hirió a otras 319 en un doble atentado (detonó una bomba en Oslo y perpetró una matanza a tiros indiscriminada en Utøya) en 2010 publicó un largo y enfervorizado «manifiesto» inspirado muy directamente en los mensajes de los políticos de la derecha radical populista y en fuentes de ultraderecha en la red. [4] Y el terrorista australiano que mató a cincuenta personas e hirió de gravedad a cincuenta más en dos mezquitas de Christchurch (Nueva Zelanda) en 2019 puso a su manifiesto particular el título de «El gran reemplazo», inspirado por una teoría conspirativa popular en círculos tanto conservadores como ultraderechistas (véase el capítulo 3). A algunos «lobos solitarios» sí se les han encontrado vínculos directos con organizaciones ultraderechistas, como fue el caso de un antiguo candidato perdedor de la LN que hirió a seis inmigrantes cuando abrió fuego indiscriminado contra el lugar en el que se encontraban en Macerata (Italia) en 2018.

El más tristemente famoso ejemplo reciente de organización terrorista ultraderechista auténtica lo representó la llamada Clandestinidad Nacionalsocialista en Alemania, cuyo núcleo duro estaba formado por tres miembros y a la que se atribuyeron, en total, diez asesinatos, tres atentados con bomba y catorce atracos en bancos. En el Reino Unido, el grupo neonazi Acción Nacional fue prohibido oficialmente en 2016 al ser declarado organización terrorista después de que muchos de sus

componentes fueran acusados de (y algunos, también condenados por) usar la violencia (o amenazar con usarla) contra miembros de minorías y oponentes políticos. En Francia, en 2018, las autoridades desmantelaron un grupúsculo terrorista de ultraderecha, llamado Acción de Fuerzas Operacionales, del que se creía que estaba a punto de cometer atentados terroristas contra musulmanes en ese país. Y en la India, se ha vinculado al grupo extremista hindú Abhinav Bharat —que incluso la *Sangh Parivar* critica por exceso de extremismo— con varios atentados mortales con bomba que se cometieron entre 2006 y 2008.

Los grupos paramilitares de ultraderecha son especialmente proclives a la violencia política, terrorismo incluido. La mayoría de las unidades paramilitares europeas de ese tipo visten uniforme pero (oficialmente) no están armadas. Varias de ellas fueron fundadas por partidos políticos de ultraderecha, como la Guardia Húngara, ala paramilitar del Jobbik, actualmente ilegalizada pero todavía operativa; los Camisas Verdes de la LN en el norte de Italia, y la Guardia Nacional del Partido Nacional en la República Checa. Aunque esos grupos rara vez practican la violencia física manifiesta, con su mera presencia —dispuestos en formación, normalmente uniformados de negro y con botas de ese mismo color, portando antorchas y acompañados de perros— tratan de sembrar el terror entre los colectivos de población contra los que se movilizan (principalmente, inmigrantes y gitanos).

Varias milicias nuevas de esa índole surgieron en Europa a raíz de la «crisis de los refugiados». Por ejemplo, los Soldados de Odín llevan ya algún tiempo «patrullando» las calles de varias ciudades de la Europa occidental, sobre todo en Escandinavia, mientras que en la Europa Central y del Este, grupos como la Guardia Nacional Interior checa y la Brigada Estiria eslovena dicen proteger a las poblaciones locales frente a los inmigrantes y los refugiados. Donde más peligro reviste la situación, de todos modos, es en Ucrania, pues allí hay grupos de activistas que

combaten alistados en unidades abiertamente ultraderechistas, como el Batallón Azov —integrado ya en la Guardia Nacional ucraniana—, que han comenzado a amenazar con utilizar su experiencia bélica y sus armas «para imponer mediante el uso de la fuerza el orden que llevará la prosperidad a todas las familias ucranianas».

Las unidades paramilitares en Estados Unidos, más comúnmente conocidas como milicias, siempre han sido grupos fuertemente armados debido tanto a la cultura como a la laxa legislación relativas a las armas de fuego en ese país. Las milicias ultraderechistas experimentaron un gran auge en la primera mitad de los años noventa que se frenó significativamente a raíz del atentado con camión bomba en Oklahoma City en 1995. Durante la presidencia de Barack Obama, volvió a crecer de forma considerable el número de milicias de ese tipo, que, durante el mandato de Trump, no han hecho más que envalentonarse. Tradicionalmente, las milicias han tenido una marcada orientación anti-Estado y, en particular, anti-gobierno federal, y a muchas se les han imputado amenazas y actos de violencia contra la administración (federal) del Estado y sus representantes. No obstante, cuando Trump pasó a ser el nuevo inquilino de la Casa Blanca, muchas de esas milicias cambiaron su anterior actitud anti-Estado por otra favorable al nuevo gobierno federal o, cuando menos, por una orientación firmemente propresidencial. Algunos grupos (nuevos), como los Oath Keepers («Fieles al Juramento») y los Three Percenters («Los del Tres por Ciento»), han llegado incluso a amenazar con recurrir a la violencia si el presidente Trump llegaba a ser destituido por la vía del *impeachment*.

Existen significativos puntos y espacios de coincidencia entre esas formaciones y el movimiento de los llamados «ciudadanos soberanos», una red muy descentralizada de individuos y grupos que consideran que no hay autoridad superior en su territorio a la del *sheriff* local. Varios de esos ciudadanos soberanos han sido responsables de decenas de incidentes con disparos en Estados Unidos, sobre todo en respuesta a intentos de detención

o a controles de tráfico por parte de agentes policiales. En Alemania existe un fenómeno equivalente llamado *Reichsbürgerbewegung* («Movimiento de Ciudadanos del Reich»), que rechaza la legitimidad de la República Federal Alemana y entiende que es la Constitución de Weimar de 1919 la que continúa estando vigente. Aunque mucho menos armados y mortíferos que sus hermanos estadounidenses, algunos *Reichsbürger* han estado implicados también en diversos tiroteos con las fuerzas del orden.

Podría decirse que el grupo violento de ultraderecha más poderoso del mundo es la RSS, una organización paramilitar que afirma tener entre cinco y seis millones de miembros, y que está muy próxima al BJP, el partido que gobierna en la India. La RSS fue ilegalizada en tiempos del dominio británico y fue prohibida hasta en tres ocasiones desde la independencia debido a su implicación en episodios de violencia política y terrorismo. La última ilegalización de la RSS data de 1992 (aunque sería derogada un año más tarde) y se debió a su presunta participación en la demolición de la mezquita de Babur (o Babri Masjid), que provocó graves disturbios que se saldaron con unos dos mil muertos en total. Desde que el BJP recuperó el poder en 2014, varios militantes *hindutva*, a menudo organizados en uno u otro de la pléyade de grupos que se enmarcan en la RSS, han sido participantes destacados en incidentes violentos contra colectivos percibidos como enemigos nacionales: sobre todo, contra personas que comen carne de vacuno (la vaca es un animal sagrado en el hinduismo) y contra la mayor de las minorías religiosas del país, la musulmana.

Recuadro 3. Los identitarios

Los identitarios son un movimiento ultraderechista paneuropeo que se originó con el Bloque Identitario francés en 2003. El movimiento no despegó en otros países hasta después de la fundación de su ala juvenil, Generación Identitaria, en 2012. Actualmente, está activo en países de toda Europa, como Austria, la República Checa, Alemania, Irlanda, Italia y el Reino Unido. Aunque varios grupos de la derecha alternativa (*alt-right*) estadounidense se han cubierto también con el manto

del identitarismo (ahí está el caso de Identity Evropa), existen diferencias ideológicas significativas entre los de un lado y otro del Atlántico, y las conexiones personales entre ambos son relativamente limitadas y tensas... salvo algunas excepciones, como la activista estadounidense Brittany Pettibone y la canadiense Lauren Southern.

Desde el punto de vista ideológico, el movimiento identitario es una derivación de la Nueva Derecha (*nouvelle droite*), inspirada a su vez por sus pensadores principales: Alain de Benoist y el ya fallecido Guillaume Faye. Se presentan a sí mismos como un movimiento anti-68, opuesto al «marxismo cultural» y el «multiculturalismo» de la «élite liberal izquierdista». Ahora bien, como buen producto del siglo XXI que son, su principal «otro» es el musulmán, al que (oficialmente) se oponen por razones culturales. El objetivo central del movimiento identitario es plantar cara a la presunta «islamización» de Europa y revitalizar el índice de natalidad y la identidad de las naciones europeas. O, por decirlo en los términos que emplea Markus Willinger, uno de sus activistas clave, «no queremos que Mehmed y Mustafá sean europeos». Aunque oficialmente se adhiere a las tesis del etnopluralismo y su eslogan es «0 por ciento de racismo, ciento por ciento de identidad», las fronteras entre los argumentos biológicos y los culturales del movimiento se han ido volviendo cada vez más porosas.



Activistas del movimiento identitario austriaco bloquean el paso fronterizo próximo a Spielfeld (Austria) en 2015. (Fuente: Johan-na Poetsch/istock/2015.)

Aunque la *nouvelle droite* ha mantenido siempre su carácter de movimiento puramente «intelectual» (para frustración de muchos de sus seguidores, no tan intelectuales y, en especial, más jóvenes), el identitarismo es mucho más diverso en lo que respecta a sus modos de movilización. Por un lado, unas cuantas formaciones y (antiguos) líderes identitarios han concurrido a elecciones en países como Croacia y Francia, aunque sin éxito por el momento. Por otro lado, aunque rechazan las acusaciones de extremismo y violencia que se formulan contra ellos, a varios seguidores del movimiento se les ha acusado de amenazar a activistas de izquierda y a periodistas críticos, y la Oficina Federal de Protección de la Constitución de Alemania tiene oficialmente bajo vigilancia a toda la organización porque cree que sus actividades «atentan contra el orden democrático liberal básico».

La acción identitaria característica es una breve (y mediogénica) concentración de protesta, en la que grupos reducidos de activistas (por lo general, apenas un

puñado) generan una significativa atención mediática ocupando durante poco tiempo un espacio público popular para, normalmente, exhibir en él una pancarta de grandes dimensiones con algún lema corto y pegadizo, acompañada de símbolos no relacionados con la ultraderecha clásica y de colores y tipos de letra fácilmente reconocibles como suyos. Muchos periodistas están perdidamente enamorados de los identitarios y les han asignado etiquetas como la de «fascistas *hipsters*» o les han dado una cobertura desproporcionada y bastante acrítica. El mayor acto del movimiento hasta la fecha fue la misión llamada «Defendamos Europa» («Defend Europe»), para la que, vía *crowdfunding*, recaudaron 178.000 dólares con los que adquirieron un barco grande (rebautizado como *C-Star*) para tratar de obstruir los esfuerzos de las organizaciones de derechos humanos dedicadas a ayudar a los refugiados en aguas del Mediterráneo. Aunque la acción fue un desastre organizativo, cumplió su principal fin: generar una enorme atención mediática.

6

CAUSAS

Los análisis y diálogos académicos y públicos sobre los motivos en que se asienta el éxito de la ultraderecha son representativos de toda una serie de debates que vuelven a aflorar en diferentes épocas y regiones geográficas con desalentadora frecuencia. La elección de Donald Trump volvió a sacar a la luz (en Estados Unidos, en especial) muchos de esos viejos contrastes de posturas, aunque a menudo sin conocimiento previo de (ni, por supuesto, alusión a) los innumerables artículos y libros que ya se les habían dedicado en Europa en la década de los noventa o, incluso, en Estados Unidos en los años sesenta.

En la mayoría de los casos, las posiciones en los debates no están tan opuestas entre sí como sus protagonistas quieren creer. Algunas están incluso interrelacionadas, a veces, hasta el extremo de que apenas pueden disociarse en el plano empírico, mientras que otras son complementarias, lo que explica la existencia de diferentes subconjuntos dentro del apoyo ultraderechista general. En la primera sección de este capítulo, trato cuatro de los debates más destacados en torno a las causas del respaldo que recibe la ultraderecha: protesta *versus* apoyo; preocupación por la economía *versus* reacción cultural; global *versus* local, y líder *versus* organización. La segunda sección se centra en el lado de la demanda del «mercado» de la política ultraderechista. Allí se argumenta que, si bien la extrema derecha

está bastante desconectada de la política convencional, no hay mejor modo de enfocar el análisis de la derecha radical populista que entendiéndola como una radicalización de la política tradicional. En la sección final del capítulo, se comenta el papel de los medios de comunicación, que actúan a un tiempo como amigos y como enemigos de la ultraderecha.

LOS DEBATES

No es de extrañar que un fenómeno controvertido y polarizador como es la ultraderecha haya dado lugar a largos y encendidos debates tanto en el mundo académico como en el ámbito público en general. Aunque la esencia de lo que se trata en la mayoría de ellos sea universal, sus detalles se han circunscrito bastante (sorprendentemente incluso) a las circunstancias nacionales concretas. De ahí que a muchos les parezca que se enfrentan a una novedad sin precedentes cada vez que un partido de ultraderecha consigue un avance electoral significativo en un nuevo país, y que se extraigan muy pocas lecciones (o ninguna) de los debates y experiencias previos en otros países. En especial, esto se puso tristemente de manifiesto a raíz del ascenso de Donald Trump, que devolvió todas esas discusiones al centro de los debates políticos en todo el mundo.

PROTESTA *VERSUS* APOYO

La primera vez que me encontré con este debate fue hace más de treinta y cinco años, después de que el minúsculo Partido del Centro, de derecha radical, obtuviera casi un 10 % de los votos en la ciudad holandesa de Almere, conocida en aquel entonces por ser una localidad de «refugio blanco» en la que se instalaban nuevos residentes de clase obrera y clase media de Ámsterdam que «huían» de sus antiguos vecindarios. Como hacía tiempo que los Países Bajos se definían a sí mismos como un país no

nacionalista que tapaba su propia historia de colaboracionismo en la segunda guerra mundial poniendo un acento obsesivo en el papel de la Alemania nazi, el éxito del Partido del Centro tomó al país por sorpresa, causó una gran conmoción y suscitó encendidos debates tanto entre los políticos como entre los gurús y expertos.

La pregunta clave del debate «protesta *versus* apoyo» es: ¿qué expresan mayormente los votantes de partidos de ultraderecha con su voto: una «protesta contra» los partidos tradicionales o un «apoyo a» los partidos ultraderechistas? La idea es que quien emite un voto protesta no cree realmente en ninguna ideología de ultraderecha, sino que usa al partido ultraderechista para quejarse del comportamiento y las políticas de los partidos convencionales. Por el contrario, el votante que vota para apoyar al partido sí que es una persona de ideas ultraderechistas y ha elegido esa formación porque es la que considera más próxima a su propia ideología.

Hay estudios académicos que muestran que numerosos votantes de partidos de ultraderecha están muy insatisfechos con los partidos políticos (tradicionales), pero tienen un sentimiento negativo más acusado todavía con respecto a la inmigración y los inmigrantes. Es evidente que también son muchos los votantes de otros partidos que tienen sentimientos xenófobos —en especial (aunque no exclusivamente), votantes de partidos tradicionales de derecha—, pero las actitudes antisistema están más extendidas todavía entre los abstencionistas. Sin embargo, los partidos de ultraderecha tienden a concentrar mayores porcentajes de votantes antisistema y antiinmigración que el resto de partidos. Algunos estudios muestran también que estos otros sentimientos son más importantes para ellos que para los votantes de otros partidos.



Un cartel en California, vestigio de la exitosa campaña de Donald Trump para las presidenciales de 2016. (Fuente: Quinn Dombrowski/ Flickr/2016.)

En resumidas cuentas, la mayoría de los estudios aportan pruebas circunstanciales tanto de la tesis del voto de protesta como de la del voto de apoyo. Y no es de extrañar. De hecho, existe una tercera posición, perfectamente lógica, que es la de los votantes de partidos de ultraderecha que protestan con su voto contra los partidos tradicionales y, al mismo tiempo, apoyan a las formaciones ultraderechistas. Después de todo, cuando alguien tiene ideas de ultraderecha, no solo apoya al partido que defiende esas ideas, sino que también se opone a los que defienden ideas contrarias. Además, los votantes «por protesta» pueden convertirse en votantes «por apoyo» cuando ven que el partido de ultraderecha consigue imponer políticas con las que ellos están a favor.

Es importante señalar que el debate «protesta *versus* apoyo» no es políticamente neutro. Muchas personas sostienen que la protesta es una postura aceptable desde el punto de vista moral, pero no así el apoyo. Desde el Partido del Centro en los Países Bajos en 1983 hasta Donald Trump en Estados Unidos en 2016, los debates sobre los «votantes de ultraderecha» se han convertido en campos de batalla en los que los políticos de las formaciones tradicionales y los expertos y gurús se han dedicado a propugnar sus propios intereses políticos. Muchos de los que se sitúan en el bando de la «protesta» reducen al votante ultraderechista a un varón blanco

de clase trabajadora que siente unas «preocupaciones legítimas» sobre su identidad cultural y su posición económica. Por el contrario, muchos de los que, en ese mismo debate sobre las causas, están en el bando del «apoyo» dibujan a un votante de ultraderecha bastante estereotípico también: una especie de racista ideológico que usa al «otro» como cabeza de turco al que achacar sus propios «males» (los que ese votante percibe como tales). Esto nos lleva al segundo debate clave.

Preocupación por la economía *versus* reacción cultural

En su más simple expresión, este debate trata de dirimir si las personas que votan a partidos de ultraderecha lo hacen por motivos económicos o culturales. El argumento de la preocupación por la economía viene a decir que los votantes ultraderechistas responden ante todo al estrés económico causado por la «globalización neoliberal». Tanto si son personas objetivamente pobres como si su pobreza solo es una impresión propia, estos votantes de ultraderecha estereotípicos son vistos como los «perdedores de la globalización» que protestan con su voto contra la situación de carencia o privación (absoluta o relativa) en la que se encuentran. Quienes defienden el argumento de la reacción cultural sostienen, sin embargo, que esos votantes de ultraderecha básicamente protestan contra otro aspecto importante de la globalización neoliberal como es la inmigración masiva y la evolución hacia una sociedad multicultural, un fenómeno que ellos consideran una amenaza para su identidad cultural.

Está claro que ambas teorías tienen muchos puntos en común, comenzando por la causa original del fenómeno (es decir, la globalización neoliberal), y conciben el voto ultraderechista principalmente como una protesta, aunque (sobre todo) los que proponen la tesis de la reacción cultural tampoco excluyen la posibilidad de un voto por apoyo. Tras décadas de investigación académica sobre el tema, se ha podido comprobar

que la reacción cultural es mucho más importante que la preocupación económica, y, de hecho, algunos estudios más recientes sobre el electorado de Trump han venido a confirmarlo de nuevo. En resumidas cuentas, pues, son pocos los votantes de ultraderecha condicionados solamente por la preocupación económica, pero, sin embargo, son muchos los que, con su voto, no expresan más que una reacción cultural.

Pero, además, ambas posturas son bastante más complementarias que contrarias. La traducción de unas inquietudes socioeconómicas al plano sociocultural es la que explica la mayor parte del apoyo a la ultraderecha política. Alentados por relatos nativistas de la realidad en los debates políticos y públicos (con ideas como que «los inmigrantes os están quitando el trabajo y las prestaciones sociales»), muchos votantes de ultraderecha vinculan la inmigración con los problemas económicos: bien con los suyos personales, bien con los de la región o el Estado en el que viven. En consecuencia, piensan que limitar la inmigración o asimilar a los inmigrantes mejorará sus apuros económicos. La más evidente expresión de lo anterior es el llamado «chovinismo del bienestar», que no es otra cosa que el apoyo a un Estado del bienestar reservado para «nuestra propia gente», lo cual es uno de los grandes temas de campaña para la mayoría de los partidos (y votantes) de ultraderecha.

GLOBAL *VERSUS* LOCAL

El tercer debate está conectado también con los anteriores, pero pone el foco sobre todo en la explicación; es decir, en si el fenómeno es primordialmente global o local. Formuladas en sus términos más extremos, las posiciones se dividen entre quienes explican el apoyo a la ultraderecha en términos exclusiva o principalmente generales, y quienes creen que cada formación ultraderechista debe ser explicada por separado y de manera única y exclusiva. En líneas generales, los argumentos «globales» priorizan el lado de la demanda del «mercado» de la política de ultraderecha —con

factores como la preocupación por la economía y la reacción cultural—, mientras que los argumentos «locales» ponen el énfasis en factores del lado de la oferta, como un líder carismático o la forma en que está organizado el partido en cuestión (véase más abajo).

El argumento más popular entre los de naturaleza global es, precisamente, el de la importancia de la globalización (neoliberal). Vendría a ser la versión más reciente de la teoría de la modernización e implicaría la idea de que la globalización ha generado unos ganadores y unos perdedores, y que los segundos votan a partidos de ultraderecha para castigar a los partidos tradicionales (como protesta), a los que responsabilizan de la globalización, o para frenar esta (incluida la inmigración) y «recuperar nuestro país» (voto por apoyo). Como es fácil de imaginar, los argumentos de tipo global son los más esgrimidos por quienes intentan explicar el éxito de la ultraderecha —un fenómeno popularmente conocido en los últimos tiempos como «el auge del populismo»— sin reparar en la existencia de otros países globalizados que no tienen partidos de ultraderecha exitosos (Irlanda o Japón, por ejemplo).

Los argumentos de carácter local se centran sobre todo en la llamada «estructura de oportunidades políticas» (EOP) en la que operan las organizaciones de ultraderecha, con elementos como el sistema electoral y el marco legal. También ponen el acento en el lado de la oferta de la política ultraderechista, incluyendo el comportamiento tanto de las propias formaciones de ultraderecha como de las tradicionales. Por ejemplo, hace tiempo que los estudiosos del tema coinciden en señalar que, desde la posguerra, es imposible que ningún partido que se presente como abiertamente de extrema derecha pueda triunfar en unas elecciones, pero los recientes éxitos electorales de partidos neonazis como XA y el L’SNS han demostrado que eso no es así. También la idea de que los sistemas electorales mayoritarios, en los que el ganador se queda con todos los cargos en juego en su distrito, suponen una barrera infranqueable para las

propuestas políticas de ultraderecha ha quedado en entredicho tras las recientes elecciones de Bolsonaro y Trump.

No cabe duda de que hay factores globales que explican en parte por qué la ultraderecha política puede encontrarse con unos públicos más o menos receptivos a sus mensajes durante ciertos periodos y en ciertas regiones geográficas. Pero el éxito de la ultraderecha es, ante todo, consecuencia de la oferta política y, en especial, de quiénes sean los líderes ultraderechistas y cómo sean sus organizaciones. Incluso en contextos en los que los niveles de desempleo e inmigración son elevados, tiene que haber alguien que los defina como una amenaza a la identidad nacional o al Estado, y que los atribuya a «otros», para que de ello puedan beneficiarse los actores de la ultraderecha. Es bastante habitual que ni siquiera sean estos últimos quienes se encarguen de ello, y que simplemente aprovechen el ambiente previamente caldeado por la prensa o los medios sensacionalistas y por algunos políticos oportunistas de los partidos tradicionales, incluso aunque, muy posiblemente, estos nunca hayan defendido que las formaciones ultraderechistas sean la solución. (De hecho, lo habitual es que esos políticos y medios sensacionalistas no ultraderechistas combinen el apoyo a un relato de los hechos propio de una perspectiva de derecha radical con una postura de oposición a las formaciones de este signo político: véanse, por ejemplo, los casos del *Bild Zeitung* en Alemania, o *The Sun* en el Reino Unido.)

El caso es que los medios convencionales y la política tradicional han creado un terreno abonado que los grupos de ultraderecha pueden cultivar y después cosechar situando sus propios temas en los primeros lugares de la agenda política y enmarcándolos dentro de su particular perspectiva (véase el capítulo 7). Para que nos entendamos, políticos y medios no solo hablan de inmigración en vez de hablar de educación o de sanidad, sino que hablan de ella como si fuera un «problema» o incluso una «amenaza». Esto legitima a los grupos de ultraderecha, pero también hace que parezcan

competentes, pues es el mensaje en el que ellos llevan insistiendo desde hace años y la mayoría de sus programas se hacen eco precisamente de ese tema. Cuando los partidos tradicionales —por decisiones deliberadas o por incompetencia— no cumplen según se esperaba de ellos a propósito de cuestiones como la delincuencia o la inmigración, los partidos de ultraderecha se convierten en alternativas atractivas. Si los partidos de ultraderecha son capaces de proporcionar líderes, organizaciones o propaganda con una mínima apariencia de seriedad —en vez de pequeñas bandas de camorristas enfrentados entre sí—, pueden convertirse entonces en una alternativa atractiva para aquellos votantes más preocupados por esas cuestiones.

LÍDER *VERSUS* ORGANIZACIÓN

El cuarto debate desplaza el centro de atención hacia la demanda interna de la política ultraderechista, es decir, hacia lo que la ultraderecha ofrece a sus seguidores potenciales. Tradicionalmente, al hablar de la ultraderecha se ha puesto un énfasis muy especial en «el líder», lo cual no deja de ser una consecuencia de que la ultraderecha contemporánea es vista a menudo como una versión del fascismo del siglo XX adaptado al siglo XXI. El fascismo se basa en el *Führerprinzip* («principio del liderazgo») —por el que el líder es la personificación del partido, el pueblo y el Estado— y buena parte de la literatura especializada en las formaciones fascistas explica el apoyo recibido por estas casi exclusivamente como un efecto de la figura del líder carismático: un ser humano excepcional que concita el apoyo casi religioso de un entregado público seguidor.

Esto concuerda muy poco con la concepción mayoritaria de la política democrática a lo largo de la posguerra, para la que los actores clave en política han sido las organizaciones políticas (y, sobre todo, los partidos). Han sido, pues, las organizaciones, más que los individuos, las que han dominado la política democrática. Eso no quiere decir que líderes

individuales como Angela Merkel o Justin Trudeau no desempeñen papel alguno, pero sí que funcionan dentro de las restricciones relativamente estrictas de un contexto político institucional y, muy especialmente, las de sus propios partidos políticos.

Es verdad que, en el seno de la ultraderecha, muchos han sido los líderes políticos reseñables: tanto de partidos de derecha radical —como Jean-Marie Le Pen (FN) o Jörg Haider (FPÖ)— como de organizaciones de extrema derecha, como Michael Kühnen (ANS/NA) o Ian Stuart Donaldson (B&H). Estos líderes personifican la organización, al menos en los medios de comunicación, pues añaden una historia personal a elementos más abstractos, como son la ideología y la organización políticas. Pero pese a la elevada atención mediática que esos líderes mediogénicos atraen, y pese a las especulaciones sobre «*l'effet Le Pen*» («el efecto Le Pen») y los «*Führerparteien*» («partidos de líderes»), en la mayoría de los casos, los partidos se imponen a los dirigentes.

Las investigaciones muestran que, pese a que los líderes pueden atraer a nuevos seguidores, estos mayoritariamente se afilian a (o se desvinculan de) la organización, por lo que, cuando dirigente y partido siguen caminos separados, la inmensa mayoría de los seguidores se mantienen leales a la organización. Esto quedó ilustrado a la perfección en Austria en 2005, cuando Jörg Haider, el presunto líder carismático del FPÖ, decidió escindirse de «su» partido, pero la gran mayoría de los votantes optó por continuar dando su apoyo a la formación original en vez de a su antiguo dirigente. En las elecciones parlamentarias del año siguiente, el FPÖ recibió un 11 % de los votos, mientras que la nueva Alianza por el Futuro de Austria, de Haider, cosechó solo un 4 %.

Los líderes individuales tienen un papel más dominante en multitud de otros grupúsculos ultraderechistas, como los de *skinheads* o los de «camaradas» (*Kameradschaften*) neonazis. A fin de cuentas, en estos casos, la organización formal es mínima y el grupo no es mucho más que la suma

de los individuos que lo forman. En especial, los grupos locales a menudo están basados principalmente en el activismo y el carisma de un hombre o una mujer (o de unos pocos hombres o mujeres). A veces, esto resulta descaradamente evidente: por ejemplo, cuando el líder se muda a otra área geográfica, el viejo grupo desaparece, pero se forma otro nuevo en la nueva localidad de residencia del líder. Aun así, hay también casos de grupos pequeños en los que, al no poseer una base tan local, los líderes tienen una presencia mucho menos dominante de lo que la creencia convencional sobre el tema podría inducirnos a pensar. Llegan y se marchan seguidores sin que cambien los líderes, como también se mantienen los seguidores mientras se van unos líderes y llegan otros nuevos. Al final, la mayoría de los activistas de ultraderecha de grupos más pequeños buscan comunidad y camaradería basadas en una ideología provocadora, no un líder carismático ni un padre sustituto.

EL CALDO DE CULTIVO

Durante la mayor parte de las tres primeras olas de la ultraderecha de la posguerra, imperó la suposición general de que la política ultraderechista contaba con una muy escasa demanda popular. Después de todo, estaba vinculada (de forma implícita o explícita) con el fascismo histórico y con la destrucción generada por la segunda guerra mundial. Gran parte de los estudios académicos sobre la ultraderecha de posguerra se basaron en ese supuesto de partida, que dos científicos sociales alemanes denominaron la «tesis de la patología normal» en un influyente (aunque un tanto desconocido) artículo publicado en 1967.[1] Según dicha tesis, en condiciones normales, solo una muy pequeña parte de la población de las democracias occidentales da su apoyo a las ideas de ultraderecha, un apoyo que únicamente aumenta de forma clara en épocas de crisis. Ese porcentaje de la población (entre un 5 y un 10 % del total) constituye lo que ellos

llamaron una «patología normal», una presencia relativamente estable y constante de personas desconectadas en lo ideológico con el orden político establecido.

Como mínimo, hasta comienzos de la década de 1990, la tesis de la patología normal parecía confirmada por la ausencia de un apoyo masivo a partidos y políticos de ultraderecha en toda Europa occidental y Norteamérica. Eso se tradujo en una concentración casi exclusiva de los análisis causales en el lado de la demanda de la política ultraderechista. La pregunta principal del debate académico y público sobre el tema era: ¿por qué había personas dispuestas a apoyar a la ultraderecha? Sin embargo, en cuanto los partidos de derecha radical populista empezaron a conquistar un apoyo electoral significativo en algunos países europeos a finales de los años noventa, la tesis comenzó a evidenciar sus limitaciones. El foco de atención se desplazó más bien hacia el lado de la oferta de la política ultraderechista y surgió entonces una nueva pregunta de investigación: ¿qué tipo de partido de ultraderecha triunfa?

Dicho en términos sencillos, aunque la extrema derecha ciertamente es una patología normal, muy desconectada del sistema político establecido, el mejor modo de caracterizar la derecha radical populista es como una normalidad patológica: es decir, como una radicalización de las posturas del sistema político establecido.[2] Los grupos de extrema derecha tienden a tener unos «nichos» de público restringidos, pues las ideas antidemocráticas, antisemitas y racistas no solo se sitúan fuera del sistema, sino que despiertan rechazo en grandes mayorías de la población de gran parte de países. Además, en muchos de ellos, el fascismo está considerado como la definición misma del mal, lo que significa que cualquier grupo o ideología que sea relacionado con él (y más aún si es el propio grupo o ideología el que busca esa relación) pasa a ser considerado inaceptable. De ahí que pocos partidos de extrema derecha lleguen nunca a conseguir unos buenos resultados electorales (si bien algunos éxitos recientes en algunos

países europeos, como Grecia y Eslovaquia, parecerían indicar que eso está cambiando a medida que se desvanecen los recuerdos de la segunda guerra mundial). Al mismo tiempo, las filas de la mayoría de los grupos abiertamente (neo)fascistas se nutren de una parte muy concreta y limitada de la población: sobre todo, hombres jóvenes, menos instruidos, a quienes atrae esa imagen violenta y antisistema de la ultraderecha.

Lo anterior contrasta muy claramente con el hecho de que, en la mayoría de los países (si no en todos ellos), haya un caldo de cultivo en el que las ideas de la derecha radical populista pueden desarrollarse con fuerza. Las actitudes nativistas, autoritarias y populistas están muy extendidas; es habitual que una mayoría simple (y, en ocasiones, incluso absoluta) de la población se exprese a favor de ciertas políticas clave de la derecha radical populista como la reducción de la inmigración, el endurecimiento de las condenas penales y la retirada de beneficios o ventajas a los políticos. Eso no quiere decir que los valores de la derecha radical populista sean los mismos que los valores convencionales del sistema ni que sean compartidos por una mayoría de las poblaciones de los diversos países. Significa, más bien, que la derecha radical es, valga la redundancia, una «radicalización» del sistema político establecido, y que su programa es el mismo que, aunque sea bajo una forma ligeramente más moderada, apoyan ya amplios sectores de la población y, en la cuarta ola, también sectores crecientes del propio sistema político establecido (véase el capítulo siguiente).

Los valores de la derecha radical populista cuentan con un apoyo desproporcionadamente superior entre ciertos subconjuntos específicos de la población de cada país y, en especial, entre los varones de clase trabajadora y menor nivel educativo pertenecientes al grupo «étnico» o «racial» mayoritario. No obstante, por efecto de la revolución posindustrial y de la inmigración masiva, estos colectivos están representando una proporción cada vez menor de la población de la mayoría de las democracias occidentales. Al mismo tiempo, otras generaciones más

jóvenes, además de las minorías, aceptan hoy mucho más la diversidad, y eso podría suponer un problema para la capacidad de movilización futura de la ultraderecha. De todos modos, la mayor parte de los partidos de derecha radical populista no movilizan más que a una (pequeña) parte de sus electorados potenciales. Los motivos de que eso sea así han de buscarse en el lado de la oferta de la política: es decir, en el contexto en el que los partidos de derecha radical populista se movilizan, y en el producto que ofrecen. No obstante, todo esto se desarrolla en un entorno en el que destaca la presencia de unos medios de comunicación aparentemente todopoderosos.

EL PAPEL DE LOS MEDIOS

Los medios son tanto amigos como enemigos de la ultraderecha. Esto se explica, en parte, por su propia ambigüedad y heterogeneidad. Los medios no forman un conjunto monolítico, sino que constituyen una pluralidad, en el sentido de que engloban a toda una pléyade de individuos e instituciones con objetivos e ideologías muy diferentes. Es evidente que Fox News y el *New York Times* comparten muy pocos fines, a excepción, tal vez, del de ser empresas rentables. De hecho, es este objetivo general y global de los medios el que explica gran parte de la ambigua postura de la mayoría de los medios concretos a propósito de la ultraderecha.

Por una parte, la mayoría de los medios de comunicación no son ultraderechistas y muchos de ellos incluso consideran que la ultraderecha representa un peligro para la democracia. Por otra parte, saben que la ultraderecha vende. Una foto o un vídeo de un grupo de *skins* con tatuajes nazis es algo demasiado llamativo como para no enseñarlo. Los directores y editores saben que algo así atrae «miradas», lo que se traduce en ingresos, por lo que lo convierten en noticia. Pero como las noticias tienen que ser eso, «noticiosas», a menudo contribuyen a inflar la importancia de la

ultraderecha. Un pequeño grupo de neonazis bastante aislados y marginados se convierte así en «un síntoma» de un fenómeno social de mayor calado.

Al mismo tiempo, políticos ultraderechistas mediogénicos como Jair Bolsonaro, Nigel Farage o Donald Trump han sido (y son) objeto permanente de entrevistas, incluso en momentos de su evolución política en los que figuraban (todavía) en posiciones marginales en los sondeos, porque los medios saben que dan espectáculo. Para justificar tanta visibilidad, los periodistas se muestran a menudo manifiestamente críticos con sus entrevistados (combativos incluso) y dicen que así «les obligan a dar explicaciones». Lo que sucede, sin embargo, es que, de ese modo, no solo hacen más visibles las ideas de sus entrevistados entre sus lectores y espectadores, sino que algunos simpatizan con el «pobre» político de ultraderecha que está siendo «injustamente atacado» por un periodista de la «élite arrogante».

La cuarta ola se caracteriza por la desmarginación y normalización de la ultraderecha, algo que se deja ver muy especialmente en los medios de comunicación. Cada vez son más los medios convencionales que no solo promueven los temas de la agenda de la ultraderecha, sino que también apoyan a políticos y partidos ultraderechistas de un modo crecientemente expreso. A todos los efectos, el *Daily Express* británico fue el periódico oficioso del UKIP de 2013 a 2018, mientras que Fox News ha funcionado en buena medida como animadora mediática de Trump desde que llegó al poder en enero de 2017. Pero incluso los medios «de calidad» han variado su tono de forma sustancial y han normalizado a no pocos políticos islamófobos y de derecha radical populista incorporándolos como columnistas o articulistas ocasionales a sus páginas o secciones de opinión, o presentándolos a su público en artículos favorables o en entrevistas muy blandas. Destacan en ese sentido medios conservadores como las revistas *Elsevier* en los Países Bajos o *The Spectator* en el Reino Unido, pero también se ve en medios liberales como el neerlandés *De Volkskrant* y el

estadounidense *New York Times*. El ejemplo más extremo, no obstante, es el de la página de opinión del *The Wall Street Journal*, donde con frecuencia se publican artículos de políticos de ultraderecha (como Geert Wilders) y cuyo editorial llegó incluso a apoyar oficialmente a Bolsonaro en las elecciones presidenciales de 2018.

La cuestión de cuán influyentes son los medios en general en la política ha sido (y continúa siendo) objeto de un amplio debate. Décadas de estudios sobre el tema muestran que la mayoría de las personas apenas siguen las noticias, y que no es fácil cambiar la postura de las que sí les prestan atención. En definitiva, la cobertura mediática no consigue tanto cambiar posiciones de los lectores o espectadores sobre los temas como determinar qué temas son los que los votantes consideran importantes. En esta función de establecimiento de la agenda (*agenda-setting*), los medios actúan cada vez más en apoyo de la derecha radical populista al adoptar tanto sus encuadres o enfoques (*frames*) y sus temas como sus voces. Cuando los medios se centran casi en exclusiva en asuntos como la delincuencia, la corrupción, la inmigración y el terrorismo (en detrimento de, por ejemplo, la educación, la vivienda y la protección social), indirectamente las políticas y los partidos de derecha radical populista adquieren una mayor relevancia. Ocurrió así, por ejemplo, en las elecciones parlamentarias alemanas de 2017, cuando AfD rebotó en los sondeos después del único debate televisado entre la dirigente democristiana Angela Merkel y el líder socialdemócrata Manfred Schulz, cuando los grandes medios centraron su atención en lo que allí se dijo sobre Turquía, el terrorismo y la seguridad interior, y el islam.

No obstante, la desmarginación mediática también puede ser perjudicial para el apoyo electoral de los partidos de derecha radical populista. Cuando los «temas de la derecha radical populista» dominan la agenda pública y los medios presentan las cosas con los mismos encuadres con los que los plantean esos políticos y partidos como si fueran de «sentido común», los

partidos tradicionales comienzan a adoptar algunas posturas de derecha radical populista, aunque (ligeramente) más moderadas y, con ello, pueden conseguir fidelizar a sus votantes o, incluso, captar (o recuperar) para la derecha convencional a votantes de la derecha radical. Lo fundamental en este caso es si el tema en cuestión es ya un tema «propio» de la derecha radical populista o no. Hacerse propio un tema significa conseguir que los electores asocien cierta postura sobre ese tema con un partido determinado. Si un partido de derecha radical populista hace suyo el tema de la oposición a la integración europea o el de la inmigración en su país, cuanto mayor sea la prominencia pública de esos temas, más beneficiado saldrá. Si no ha conseguido hacerlo suyo todavía, entonces se abre un margen para que otros partidos se aprovechen (también) de la relevancia creciente de ese tema.

La cuarta ola de la ultraderecha de posguerra coincide con el gran influjo que han pasado a ejercer las redes sociales, de las que se dice a menudo que han cambiado el mundo para siempre. No hay un solo gran acontecimiento político del que no se diga que fueron las redes sociales las que lo impulsaron: desde la Primavera Árabe hasta la victoria electoral de Trump. La elección de Trump es un buen ejemplo de cómo funcionan las redes sociales en realidad. Y es que, aunque sus fenomenales cifras de seguidores en Twitter le ayudaron a difundir su mensaje, Trump ya había adquirido todo ese público seguidor en su momento gracias, precisamente, a su protagonismo en los medios tradicionales —y muy especialmente, en su programa *The Apprentice*, emitido por una de las tres grandes cadenas nacionales de televisión—, y quienes hicieron llegar sus tuits y mensajes sociales a las salas de estar y comedores del estadounidense de a pie fueron, sobre todo, medios tradicionales, incluidos la CNN y *The New York Times*.

En cualquier caso, las redes sociales desempeñan una importante función para la ultraderecha porque le facilitan la oportunidad de sortear los controles de la agenda informativa de los medios tradicionales y abrirse paso hasta el debate público por otras vías. Muchos partidos y políticos de

ultraderecha han sabido ver las oportunidades revolucionarias que les brindan las redes sociales y han sabido dominar con gran habilidad ciertos recursos y técnicas (de cuyo uso, en algunos casos, incluso han sido pioneros). Por ejemplo, Heinz-Christian Strache (FPÖ) ha utilizado Facebook con mucha mayor eficacia que ningún otro político austriaco, mientras que Geert Wilders (PVV), al menos al principio, y Matteo Salvini (Liga) han alcanzado una gran efectividad en Twitter. Otros grupos de ultraderecha más pequeños, como CasaPound Italia o los «identitarios», han hecho también un uso inusitadamente eficaz de las redes sociales, ayudados sin duda por el hecho de que varios de sus líderes trabaja(ba)n en el mundo de la publicidad y la comunicación.

Sin embargo, sin la amplificación que le dan los medios convencionales, el alcance de las redes sociales continúa estando limitado principalmente a los ya conversos, o a los curiosos. Dado que muchos periodistas beben de Twitter, y que algunos se toman la «cronología» de inicio en sus cuentas como si fuera una muestra representativa del mundo real, algunos ultraderechistas, usuarios habilidosos de las redes sociales (y ahí estarían incluidos desde Matteo Salvini hasta Richard Spencer), han sido capaces de llegar a un público mucho más amplio que el de sus propios seguidores.

Donde las redes sociales tienen un papel más decisivo es en el ámbito de las subculturas, algunas de las cuales existen casi exclusivamente en internet. Es el caso, por encima de todos, de la *alt-right* («de extrema derecha») y la *alt-lite* («de derecha radical»), mayormente presentes en Estados Unidos aunque cuenten también con un seguimiento y una repercusión internacionales bastante amplios. Internet posibilita que individuos aislados contacten los unos con los otros y se sientan parte de un movimiento mayor, y, muy a menudo, sin tener que enfrentarse a represalias por sus ideas ultraderechistas, ya que pueden interactuar en las redes sociales de manera anónima y dentro de unas burbujas homogéneas. Además, tales burbujas funcionan también como cámaras de resonancia que

amplifican el alcance y la intensidad del mensaje, con lo que atraen a nuevos seguidores y radicalizan a otros más antiguos.

En definitiva, la relación entre los medios y la ultraderecha es compleja y cambiante. Los medios siempre han sido a un tiempo amigos y enemigos de la ultraderecha. Pero si casi ningún medio de comunicación simpatizó con la ultraderecha durante la tercera ola, hoy son varios los grandes medios derechistas que han asociado muy directamente su imagen con esa tendencia política; destaca, sobre todo, el caso de Fox News y el presidente Trump. Por otra parte, se ha normalizado la presencia de la ultraderecha en otros muchos medios, incluidos algunos diarios liberales. Y si bien las redes sociales han ejercido cierta influencia al erosionar aún más la función de control de la agenda informativa que tenían los medios tradicionales, su papel ha sido más importante en el caso de subculturas y grupos más pequeños y marginales de extrema derecha (o derecha «alternativa») que en el de partidos de derecha radical populista más grandes y más votados.

7

CONSECUENCIAS

En una conferencia de 2012 titulada «Tres décadas de partidos de derecha radical populista en Europa occidental: ¿y qué?», yo llegaba a la conclusión de que la derecha radical populista era una «molestia relativamente menor» para la democracia liberal en Europa occidental y que las principales dificultades a las que esta se enfrentaba seguían estando localizadas en el propio sistema político (y de partidos) convencional establecido. Además, sostenía que «incluso en el improbable caso de que los PDRP [partidos de derecha radical populista] lleguen a ser actores importantes de la política europea occidental, difícilmente se producirá una transformación fundamental del sistema político».[1] Aunque creo que esa conclusión sigue siendo a grandes trazos válida, lo que no llegué a prever en aquel entonces fue el grado de desmarginación política que la derecha radical populista experimentaría con el paso del tiempo ni la transformación de parte de los actores «convencionales» del sistema político en partidos de derecha radical populista propiamente dichos.

UNA CUESTIÓN DE PODER

Las consecuencias de la política ultraderechista no solo dependen del poder formal alcanzado por la ultraderecha (es decir, de si esta llega al gobierno

—en solitario o en coalición con formaciones no ultraderechistas— o está en la oposición), sino también del contexto político en el que actúa. En las democracias liberales consolidadas (como el Reino Unido y Estados Unidos) es donde mayor puede ser su impacto potencial, pues, de entrada, son la antítesis misma de la ultraderecha; pero también son esas democracias las que más resiliencia pueden mostrar ante el embate ultraderechista. Por el contrario, en otras democracias liberales no tan consolidadas (como Brasil, India o Israel), los cambios pueden ser menores, pero más fáciles y rápidos. Aunque su influencia «directa» es algo más fácil de calcular, la mayoría de los grupos de ultraderecha tienen sobre todo un impacto «*indirecto*»; es decir, actúan a través de los medios y la política convencionales para alcanzar sus objetivos.

Gobiernos de ultraderecha

Hasta el inicio del siglo XXI, la ultraderecha solo había estado en el poder en regímenes no democráticos como el franquismo en España o el de Pinochet en Chile, o había sustituido a democracias muy jóvenes y frágiles como la Alemania de Weimar o la Croacia poscomunista. En el siglo actual, estamos siendo testigos de cómo un número creciente de líderes y partidos de derecha radical populista llegan al poder en democracias más o menos consolidadas, como Brasil, Hungría y Polonia. En la mayoría de esos casos, sin embargo, existe debate (tanto académico como social) en torno a si esos partidos son realmente de derecha radical populista, pues hasta hace poco eran (o se los consideraba) partidos de derecha convencional.

Cuando la derecha radical populista llega al poder en una democracia liberal, trata de reconducir el país por una senda iliberal: ataca la independencia de los jueces y los medios, desprecia los derechos de las minorías y socava la división de poderes. El nivel de éxito y control que alcanza en esas ofensivas depende sobre todo de la fuerza del partido de derecha radical populista en cuestión y de la complejidad del sistema

político en el que actúa. Así, por ejemplo, ayudado por una mayoría absoluta constitucional y por un sistema político simple, Fidesz ha encontrado muy escasa oposición para instaurar su particular «Estado iliberal» (véase el recuadro 4 más abajo); PiS, sin embargo, se enfrenta a una dificultad mayor en ese sentido, pues carece de una mayoría absoluta constitucional y tiene que maniobrar dentro de un sistema político más complejo.

Ahora bien, la democracia iliberal que los partidos de derecha radical populista intentan instaurar es de un carácter muy especial: básicamente, es una etnocracia, un régimen que es democrático en un sentido nominal, pero en el que el dominio de un grupo étnico está determinado de un modo estructural. En su forma más extrema, una etnocracia significaría la expulsión de todos los «extranjeros», pero solo unos pocos grupos de extrema derecha defienden abiertamente algo así. El FN expuso las líneas maestras de su forma preferida de etnocracia en su famoso «Programa de cincuenta puntos» de 1991 —que el líder del VB Filip Dewinter desarrolló un poco más para elaborar su «Programa de setenta puntos» un año más tarde—, en el que incluía, entre otras cosas, la «preferencia nacional» por los franceses «nativos», la segregación del Estado del bienestar en dos (uno para «nativos» y otro para «foráneos») y el no reconocimiento de ningún derecho religioso al islam y a los musulmanes. En resumidas cuentas, de la aplicación de ese programa resultaría una Francia multiétnica, sí, pero en la que los miembros de poblaciones «no nativas» (tanto inmigrantes como personas poseedoras de la ciudadanía francesa) quedarían reducidos a la condición de residentes permanentes de segunda categoría.

El ejemplo de etnocracia más tristemente famoso fue, sin duda, el de la Sudáfrica del *apartheid* (un régimen que, por cierto, todavía cuenta con un gran apoyo entre la ultraderecha global, que a menudo lamenta su desaparición). Ya en fecha más reciente (en julio de 2018), el Estado de Israel se constituyó oficialmente en una etnocracia al ser aprobado en su

Parlamento —dominado por una coalición de partidos de derecha radical— la Ley del Estado Nación, que consagra el principio de que Israel es «el hogar nacional del pueblo judío». Por otra parte, pese a las presiones de sectores extremistas *hindutva*, el Gobierno de Alianza Democrática Nacional encabezado por el BJP no ha hecho todavía que la India se defina oficialmente como un «Hindustán», es decir, como una nación de los hindúes, pese a que esa es la concepción que muchos de sus miembros más destacados tienen de su país.

Las presiones iliberales de los gobiernos de ultraderecha cambian no solo el sistema político de sus países, sino también todo (y todas las personas) que hay en ellos. Otros partidos se ven forzados a elegir entre colaborar con el gobierno u oponerse a él, lo que determina si se llevan la zanahoria o el palo. Los partidos que colaboran corren el riesgo de ser engullidos —como sucede ahora con diversos partidos regionales englobados en la Alianza Democrática Nacional controlada por el BJP—, mientras que los que se oponen se enfrentan a la presión y la represión crecientes del Estado. Uno de los efectos más llamativos es el que se ha observado en Hungría, donde el partido de ultraderecha original, el Jobbik, se ha reconvertido en partido convencional ante el giro hacia la derecha radical dado por Fidesz.

Coaliciones de ultraderecha

Raro es el caso en que la ultraderecha llega en solitario al poder, pero lo que sí es cada vez más habitual es ver a partidos de derecha radical populista formando parte de gobiernos de coalición más amplios. En algunos casos, la derecha radical populista es la dominante en la coalición, como sucede en la India y, posiblemente, en Israel, donde la cada vez más radical derecha del Likud lleva tiempo gobernando en coalición junto a (otros) partidos de derecha radical. Hasta cierto punto, podría considerarse que la administración Trump es una especie de gobierno de coalición dominado

por la derecha radical, pues incluye tanto a miembros de esta última como de la derecha tradicional, y depende del apoyo en el Congreso de un Partido Republicano dividido por esas mismas líneas. También en Brasil el presidente Bolsonaro se ve obligado a gobernar sin tener mayoría absoluta en el Parlamento, pues su propio Partido Social Liberal está en minoría de escaños en ambas Cámaras.

En la mayoría de los casos, el partido de derecha radical es el socio menor de la coalición, y el socio mayoritario es el que domina el gobierno y pone al primer ministro. A menudo, el socio mayoritario es un partido democrático liberal convencional —como el derechista Partido Popular Austriaco o el izquierdista Partido Socialista búlgaro—, pero también puede ser un partido nuevo populista (pero no ultraderechista), como Forza Italia o el Movimiento Cinco Estrellas italiano. Por norma general, los gobiernos de coalición reflejan sobre todo las políticas y las prioridades del partido mayoritario, y las coaliciones con partidos de derecha radical populista no son una excepción.

Dicho esto, también cabe reconocer que es frecuente que el socio mayoritario aproxime posturas con el minoritario durante las negociaciones previas a la formación del gobierno, lo que significa que «sus» políticas y prioridades son, al menos en parte, las de la derecha radical populista también. Además, estos gobiernos son coaliciones, y eso quiere decir que se han de alcanzar compromisos y que incluso el partido mayoritario tiene que aceptar cierto reparto de poder con los otros socios y cierto escrutinio de parte de estos. Al final, aunque estos gobiernos terminan evidenciando ciertos impulsos iliberales y, sobre todo, nativistas, la mayoría de las propuestas políticas más radicales quedan, o bien diluidas tras su paso por el gobierno o el Parlamento nacionales (o, a veces, por los niveles regional o local de gobierno), o bien anuladas por los tribunales. Esto es algo que puede apreciarse claramente en Estados Unidos, donde el presidente Trump ha chocado con la oposición de los propios republicanos en el Congreso, así

como de los jueces independientes, a propósito de su controvertida «moratoria antimusulmana» o de su propuesta de «comisión sobre el fraude electoral».

En algunos casos, los partidos de derecha radical populista han sido el grupo parlamentario que ha apoyado a un gobierno en minoría, lo que significa que alcanzan un acuerdo con el partido (o los partidos) del gobierno para facilitarles los votos que necesitan para sumar una mayoría absoluta en el Parlamento. A cambio, suelen obtener cargos destacados del propio Parlamento, como presidencias de algunas comisiones importantes, pero también concesiones en el contenido de algunas políticas. A veces, los partidos de ultraderecha pueden llegar a tener al menos la misma influencia como partido de apoyo que la que tiene un partido que oficialmente sí forma parte de la coalición. El mejor ejemplo de ello es el DF, que prestó su apoyo a una serie de gobiernos de derecha en minoría en Dinamarca (de 2001 a 2011, y de 2016 a 2019) y consiguió con ello endurecer considerablemente la legislación sobre inmigración y los requisitos para la integración.

Oposiciones de ultraderecha

La mayoría de los partidos de oposición solo tienen un poder limitado en las políticas que se aprueban, dado que son los partidos del gobierno los que elaboran e impulsan la inmensa mayoría de leyes. No obstante, sí pueden fijar (y, de hecho, fijan) la agenda política y pueden determinar de qué temas se habla y cómo se enfocan. Así sucede, en particular, con los partidos de ultraderecha que cuentan con una representación parlamentaria significativa. A raíz de la fragmentación de los sistemas de partidos y del éxito creciente de las formaciones ultraderechistas, muchos países tienen hoy coaliciones de gobierno con muchos más socios, lo que deja a la ultraderecha como principal partido de oposición nacional (es el caso, por ejemplo, de AfD en Alemania).

No cabe duda de que la ultraderecha está logrando influir cada vez más en el establecimiento de los temas y prioridades de la agenda política, ayudada a menudo (de forma inadvertida) por políticos oportunistas de los partidos tradicionales y por medios de comunicación convencionales con ánimo sensacionalista. En muchos países europeos ha logrado mantener la cuestión de la «inmigración» en primer plano, y ha conseguido que se considere y se trate en el debate público como una amenaza (y la integración de esa inmigración, como un problema). También la integración europea se trata casi exclusivamente hoy en día como si fuera un problema que ha ido demasiado lejos y que solo puede solucionarse mediante el retorno de competencias nacionales; y expresiones como «clase dirigente» y «élite» se han convertido mayormente en términos descalificadores.

Hasta hace poco, los partidos de ultraderecha en la oposición incidían básicamente en el «discurso» de los partidos tradicionales y, hasta cierto punto, de sus gobiernos. Ahora bien, como el «contenido» de las políticas no cambiaba tanto, aquello hizo que se fuera abriendo una brecha creciente entre el discurso y las políticas, lo que repercutió a su vez en un aumento de la insatisfacción política y un crecimiento constante del apoyo a las formaciones de la derecha radical populista y a las políticas que estas defienden. Fue esto, en parte, lo que condujo a la victoria de Donald Trump en las primarias republicanas: Trump dijo que él realmente haría lo que los demás republicanos solo habían «dicho» que harían.

CONSECUENCIAS EN LA POLÍTICA INTERIOR DE LOS PAÍSES

En estas dos secciones finales del capítulo, valoraré el impacto político de la ultraderecha tanto en la política nacional como en la internacional. En lo que a las consecuencias interiores del fenómeno político ultraderechista se refiere, comentaré primero su repercusión en la gente (sobre todo, en la

opinión pública), seguiré con su impacto en las políticas y terminaré hablando de sus efectos en los sistemas políticos. En el capítulo siguiente, relativo a las «respuestas», abordaré las consecuencias específicas que la ultraderecha ha tenido en otros partidos políticos. En el recuadro 4, se analizará el caso concreto de la Hungría de Viktor Orbán, primer ejemplo de un Estado de derecha radical populista en el siglo XXI y, cada vez más, modelo de los actores de la ultraderecha en toda Europa (y también en otros continentes).

La gente

Casi todas las formaciones de ultraderecha aspiran a influir en la opinión pública, aunque los objetivos que persiguen con ello son muy diversos y los medios por los que tratan de conseguirlos no son menos variados. Si algunos *skins* neonazis se valen de la música para atraer a seguidores y de la violencia para intimidar a sus oponentes, los partidos de derecha radical populista se centran más en las elecciones y las políticas para alcanzar fines similares. Los grupos de la extrema derecha tienden a tener un éxito relativamente escaso cuando tratan de ganarse a la gente para la causa de sus ideas abiertamente racistas y antidemocráticas, pero su violencia puede tener un efecto paralizante en la población, sobre todo en aquellos colectivos que ellos escogen como blanco. En particular, en algunas localidades y ciudades europeas orientales, algunos grupos de extrema derecha se han dedicado a sembrar el terror entre las poblaciones de residentes «foráneos» para crear lo que los neonazis germanoorientales llaman *national befreite Zone* («zonas nacionales liberadas»), una manera de referirse a las áreas «limpias» de inmigrantes (reales o percibidos como tales) y de otras minorías étnicas (como la gitana).

A medida que los colectivos que son blanco de ese amedrentamiento se van sintiendo menos seguros en el espacio público, también aumenta en ellos la actitud crítica con ciertas instituciones políticas y estatales clave,

desde el Parlamento hasta la Policía. Hablamos de poblaciones que suelen sentir, ya de entrada, un elevado nivel de desconfianza hacia los organismos del Estado (y, en especial, hacia las fuerzas del orden público, debido a un historial previo de discriminación y violencia), lo que implica cierta tendencia por su parte a no denunciar los incidentes y a no pedir protección. A menudo, esas personas están convencidas de que los policías simpatizan con los grupos de ultraderecha. Y no lo dicen por decir. En muchos países (como, por ejemplo, Francia y Grecia), el apoyo a los partidos de derecha radical populista es desproporcionadamente alto entre el personal policial, que, sobre todo a escala local, mantiene en no pocos casos fuertes lazos de tipo personal con organizaciones y personas de la ultraderecha.

El aumento del apoyo popular a los partidos de la derecha radical populista tiene un efecto parecido entre las poblaciones a las que esta trata de coaccionar, pues estas comienzan a percibir que sectores significativos tanto de la sociedad como del Estado en el que viven se muestran hostiles a sus intereses, cuando no a su mera presencia. Esto se manifiesta con más fuerza si cabe cuando los partidos de derecha radical populista son desmarginados y normalizados en la sociedad en general, y no digamos cuando participan en gobiernos (nacionales y locales). Al final, esto puede traducirse fácilmente en una pérdida de confianza en el conjunto del sistema político por parte de las poblaciones perseguidas por la ultraderecha.

La relación entre la opinión pública de la población en general y los partidos de derecha radical populista es más compleja de lo que se tiende a suponer. La opinión pública es tanto una causa como una consecuencia del éxito electoral de esas formaciones, si bien las pruebas de lo primero son mucho más contundentes que las pruebas de lo segundo. La mayoría de los partidos englobados en la derecha radical populista consiguen su primer gran avance electoral abriéndose paso desde los márgenes políticos y pese a haber estado casi ausentes de los grandes medios de comunicación hasta entonces. Como su ideología más que oponerse de raíz a los valores del

propio sistema convencional está muy estrechamente emparentada con estos (véase el capítulo 6), esos partidos no tienen que cambiar la opinión de la población en general. Lo que necesitan es que el debate público se traslade hacia sus temas preferidos y use su manera de enfocarlos, lo que muchas veces sucede sin que la propia derecha radical populista tenga ni siquiera que ejercer un papel destacado en ese proceso.

Aun así, hay todavía muy pocas pruebas empíricas de que todo eso influya de forma significativa en la opinión pública. Aunque las encuestas muestran un incremento del sentimiento antisistema y del escepticismo en buena parte de Europa, el sentimiento antiinmigrante era ya elevado —incluso en países que tenían poca inmigración con anterioridad a 2015—, y parece estar disminuyendo ligeramente en Europa occidental a medida que las nuevas generaciones de adultos jóvenes se van encontrando cada vez más cómodas con la diversidad. Parecido descenso en la oposición a la inmigración se viene observando en Estados Unidos desde (al menos) 1995 —al tiempo que crece el apoyo a la inmigración—, y la presidencia de Trump no ha frenado en absoluto esa tendencia. Dentro de la UE, se aprecian incluso ciertas señales de una reacción democrática liberal contraria al éxito de la ultraderecha. Por ejemplo, el apoyo a la UE ha aumentado (o repuntado) tras el *brexit* y es especialmente alto ahora en Hungría y Polonia, pese (o tal vez debido) a los gobiernos de derecha radical populista y profundamente euroescépticos que están allí en el poder.

El mayor efecto de los partidos ultraderechistas no es sobre la posición que se adopta sobre determinados temas, sino sobre la prominencia que se les otorga a esos temas; es decir, sobre la importancia que las personas atribuyen a cada tema (y puede que también sobre la intensidad de sus posiciones). Se trata de una consecuencia directa del énfasis que los medios ponen en los temas, lo cual, como ya se ha dicho, está relacionado con aquello de lo que los políticos —tanto los de la derecha radical como los de los partidos convencionales— eligen hablar. En general, sin embargo, el

efecto de la ultraderecha en la opinión pública es mayormente indirecto, vía establecimiento de la agenda, y depende en buena medida de en qué ámbitos del propio sistema político establecido, como el mediático o el político, por ejemplo, se adopten acríticamente los temas y los enfoques dictados por los ultraderechistas. De ahí que, por ejemplo, en las encuestas que se realizan en el conjunto de la UE para el Eurobarómetro, se observe desde hace años una elevada prominencia de temas como la inmigración o el terrorismo incluso en países donde ambos fenómenos son menores o inexistentes.

Las políticas

A pesar de que la derecha radical populista ha estado fijando la agenda política en numerosos países europeos durante la mayor parte de lo que llevamos de siglo XXI, hasta el momento ha habido más debate que acción en ese sentido. Hay partidos tradicionales tanto de derecha como de izquierda que se han derechizado sensiblemente en lo referente a su discurso sobre la corrupción, la delincuencia, la integración europea y la inmigración, pero que solamente han practicado cambios superficiales en las políticas reales. Por ejemplo, aunque el primer ministro británico David Cameron y el presidente francés Nicolas Sarkozy dijeron en su momento que el multiculturalismo había fracasado y endurecieron ciertos criterios y exigencias para la integración, ni uno ni otro modificaron en lo fundamental las políticas de inmigración o integración de sus respectivos países. Algo parecido ha ocurrido con el caso de los primeros ministros del norte de Europa que criticaban a la UE por acumular demasiado poder y estar desconectada de las realidades nacionales, y que prometieron oponerse a cualquier rescate futuro, pero que no propusieron ni propugnaron futuros europeos alternativos claros y, llegado el momento, se han visto obligados a apoyar los sucesivos rescates. El politólogo Antonis Ellinas ha bautizado esta estrategia como la de «jugar la baza nacionalista para luego retirarla». [2]

La llamada «crisis de los refugiados», sumada a un repunte del terrorismo yihadista en Europa occidental, ha hecho que se cierre rápida y considerablemente la brecha de separación entre discurso y políticas. En respuesta a la *Willkommenspolitik* («política de bienvenida») de la canciller alemana Angela Merkel en 2015, que abría Alemania y, por consiguiente, buena parte de la UE a los solicitantes de asilo, el primer ministro Viktor Orbán encabezó la reacción contraria de signo nativista a la que se ha ido sumando una coalición creciente de Estados miembros. Fueron sobre todo países de la Europa Central y del Este los que más abierta y ruidosamente se opusieron a la entrada de inmigrantes no comunitarios, y los que mayor radicalidad imprimieron a sus nuevas políticas antiinmigración —que incluían la construcción de vallas fronterizas y la criminalización de los inmigrantes indocumentados—, pero muchos gobiernos de la Europa occidental siguieron encantados su ejemplo. Varios de los ejecutivos más estentóreamente antiinmigrantes están dominados por la derecha radical populista (es el caso de Hungría y Polonia, por ejemplo), pero otros no (Austria, Dinamarca, Eslovaquia), y algunos incluso mantienen en vigor un «cordón sanitario» oficial que impide la entrada de partidos de derecha radical populista en el gobierno (República Checa, Países Bajos).

Fuera de Europa, los partidos y políticos de derecha radical también han afectado sobre todo a las políticas antiterroristas e inmigratorias. El presidente Trump ha logrado aprobar por fin su «moratoria antimusulmana», aunque con una formulación algo más moderada y tras superar una significativa oposición judicial y política; continúa presionando para construir un muro (más grande que el que ya hay) en la frontera meridional del país con México, e incluso tiene prevista una revisión importante de la política de inmigración legal para dar prioridad a los inmigrantes europeos. Israel se ha vuelto menos abierta aún de lo que ya era a los solicitantes de asilo y ha adoptado la nueva Ley del Estado Nación, que margina todavía más a los israelíes árabes. Y si bien el Gobierno indio

liderado por el BJP se ha centrado hasta el momento principalmente en la política económica (neoliberal), ya intentó aprobar una «prohibición del vacuno» a escala nacional, apelando a los sentimientos nacionalistas hindúes e islamófobos, que fue anulada por el Tribunal Supremo en 2017. Además, a propósito de los millones de «inmigrantes ilegales» que viven en el noreste de la India, el gobierno ha manifestado que debe protegerse a los migrantes hindúes procedentes de Bangladés, pero que los musulmanes que estén en situación ilegal deberían ser expulsados del país.

Los sistemas políticos

Hasta hace poco, los partidos de ultraderecha tampoco tenían incidencia en sus sistemas políticos respectivos o, al menos, no en un sentido fundamental. Los estudios sobre la cuestión mostraban que, si bien los gobiernos en los que participaba la derecha radical populista trataban de debilitar la independencia de los jueces o de los medios de comunicación, y de abolir los derechos de las minorías (en especial, de los musulmanes), se enfrentaban por lo general a la oposición de sus propios socios de coalición, organizaciones de la sociedad civil y tribunales independientes. Como no contaban con una mayoría absoluta parlamentaria (ni, menos aún, con una mayoría constitucional),[3] dependían de sus socios de coalición, que, o bien no compartían sus objetivos, o bien temían que la derecha radical populista abusara de los nuevos poderes así obtenidos. De ahí que, si bien los tribunales y los medios independientes no se libraban de la crítica gubernamental, y si bien se debilitaban realmente en mayor o menor medida los derechos de los inmigrantes y las minorías, estos efectos no eran muy distintos de los provocados por la acción de otros gobiernos de derecha en los países circundantes.

La situación ha cambiado en estos últimos años, sobre todo en ciertos países de la Europa Central y del Este (como Hungría y Polonia), pero también en la India, Israel y Estados Unidos. Los desafíos principales en

ese sentido vienen planteados sobre todo desde partidos y políticos de derecha conservadora transformada en radical populista. Desde el momento mismo en que entró en la Casa Blanca, el presidente Trump ha criticado sin descanso a los periodistas y los jueces que se le oponen de algún modo, y no ha dejado de sugerir nuevas medidas para coartar su independencia. Pero, hasta la fecha, ha intentado cambiar su entorno político sustituyendo al personal de ese sistema, más que transformando la estructura institucional del mismo. En Polonia, el nuevo gobierno de derecha radical populista ha lanzado un ataque frontal contra los tribunales y los medios de comunicación, pero ha chocado con la resistencia de la sociedad civil, los jueces, los partidos de la oposición y la comunidad internacional. PiS está tratando de seguir el «modelo Budapest», pero carece de la mayoría constitucional y la permanencia (hasta el momento) en el poder con las que sí que cuenta Orbán. Donde podemos ver mejor el verdadero aspecto de un gobierno de derecha radical populista es en Hungría, país cuyo sistema político ha dejado de ser una democracia liberal porque Orbán lo ha transformado en un régimen autoritario competitivo, donde la independencia del poder judicial y de los medios de comunicación es ya historia, y donde las elecciones libres y limpias son también cosa del pasado (véase el recuadro 4).

CONSECUENCIAS INTERNACIONALES

Un informe de un *think tank* sobre «el desafío populista para la política exterior», del que yo era coautor, concluía hace apenas unos años que «los alborotadores de Europa» solo tenían una influencia moderada en la política exterior y la comunidad internacional. [4] Lo peor del caso es que se publicó unos pocos meses antes de que una mayoría de británicos decidieran abandonar la UE en lo que sin duda fue una de las decisiones de política exterior más importantes tomadas en Europa en el siglo XXI. Aunque aquel

referéndum para salir de la UE fue debido principalmente a las divisiones internas en el Partido Conservador, la competencia electoral del UKIP influyó en la decisión de David Cameron de convocar el plebiscito, y la campaña antiinmigración del UKIP tuvo un papel muy relevante en el triunfo de la opción del *brexit*.

Aunque la votación del *brexit* fue un gran éxito en política exterior para la ultraderecha, las consiguientes muestras de incompetencia y las luchas internas sobre el tipo de *brexit* y de mundo post-*brexit* deseados son muy características de las divisiones entre las que se debate la ultraderecha en materia de política exterior. A diferencia de lo que podría inducirnos a pensar el relato que los medios sensacionalistas tratan de promocionar acerca de la existencia de una especie de internacional nacionalista, los grupos de ultraderecha están divididos en cuanto a diversas posturas fundamentales sobre los temas más básicos de la política exterior. Lo único que los une, en general, es el desprecio que les inspira el actual orden global, definido por la integración (más teórica que real) cultural, económica y política.

No obstante, esa coincidencia hace que los partidos y los gobiernos (de coalición) europeos de derecha radical populista tengan una capacidad cada vez mayor de frustrar la colaboración internacional —como ocurrió con la Conferencia Intergubernamental para el Pacto Mundial sobre Migración de la ONU en Marrakech (2018)— e incluso de bloquear iniciativas, como la del plan de la UE de 2017 para el realojamiento de refugiados, pero no de cambiarla en lo fundamental ni, menos aún, de crear un orden global alternativo. Es probable que esta situación tampoco varíe tras las elecciones europeas de 2019, aun en el hipotético caso de que de ellas surgiera una especie de supergrupo euroescéptico de la derecha radical populista, porque los partidos siempre anteponen los intereses nacionales a los europeos. Y sus intereses nacionales, ya sea dentro de la UE o fuera de ella, difieren sensiblemente, cuando no son directamente opuestos entre sí; por ejemplo,

algunas de esas formaciones son de países que son contribuidores netos de fondos a la UE (por ejemplo, el FPÖ y el FvD), mientras que otros son de receptores netos (como Fidesz y Vox).

Ni siquiera el presidente Trump ha ido más allá de limitar el papel de Estados Unidos en las organizaciones y los tratados internacionales, incluidas la OTAN y la ONU, y no ha tratado de abolirlos ni de transformarlos. Y en los pocos casos en los que ha ordenado la retirada de Estados Unidos, como el Acuerdo de París sobre Cambio Climático (en 2017) o el Consejo de Derechos Humanos de la ONU (en 2018), ha sido tanto con el apoyo de los republicanos neoconservadores como con el de la derecha radical del partido. Trump también ha decepcionado en más de una ocasión a sus aliados de ultraderecha extranjeros con el tibio apoyo (y en ocasiones, hasta críticas) que ha dedicado a los proyectos favoritos de ese tipo en otros países (y que han ido desde el *brexit* hasta la Gran Israel). De hecho, la reacción mayoritaria a la errática política exterior de «América primero» de Trump ha sido un mayor apoyo (que no menor) a una cooperación más estrecha tanto en el seno de la UE como en el de la OTAN, para consternación de buena parte de la ultraderecha europea.

Recuadro 4. La Hungría de Orbán

Ayudado por los escándalos de corrupción destapados en el Gobierno socialista y por la división y las luchas intestinas en el bando democrático liberal, Viktor Orbán regresó al poder con una aplastante victoria en las elecciones de 2010. Durante sus ocho años previos en la oposición, Fidesz había creado una sociedad y un Estado paralelos, sustentados en una multitud de «círculos cívicos» (*Polgari Körök*) y medios partidistas. A pesar de su oposición radical y, en ocasiones, incluso violenta al Gobierno socialista, Fidesz había hecho campaña con un programa conservador nacional relativamente indefinido. Pero envalentonado por la inesperada mayoría constitucional que obtuvo en aquellos comicios, Orbán no desperdició ni un solo instante para poner en práctica un programa que ha transformado Hungría: un país que ha dejado de ser una democracia liberal para convertirse en un «Estado iliberal».



Viktor Orbán habla en el congreso del Partido Popular Europeo celebrado en Bucarest (Rumanía) en 2012. (Fuente: Partido Popular Europeo/Flickr/2012.)

Orbán ha reducido el Parlamento a una mera instancia de validación automática y partidista, especializada en poco más que tramitar y aprobar proyectos de ley a propuesta del Gobierno. Ha debilitado las instituciones que no se eligen por el principio de la mayoría popular —desde los tribunales hasta las agencias tributarias — limitando su poder y colocando en ellas a compinches suyos. Ha criticado a las organizaciones de la sociedad civil y a los medios independientes y ha dificultado su funcionamiento aprobando nueva legislación al respecto y retirándoles financiación pública. Una red de empresarios relacionados con Fidesz, y más concretamente, con el propio Orbán, comenzaron a adquirir la mayor parte de los medios de comunicación húngaros, echaron el cierre a algunos (incluido el reputado periódico *Népszabadszág*) y, finalmente, consolidaron otros y los donaron a una fundación nacional «independiente», dirigida por un leal al régimen. En la actualidad, y a excepción de un único canal de televisión (RTL Klub) y de unos pocos sitios web, los medios húngaros se encuentran bajo el control absoluto de Orbán.

Aunque Orbán se mantuvo prácticamente al margen de los grandes debates internacionales durante su primera legislatura, tras su regreso al poder ha comenzado a erigirse en un actor destacado del debate europeo, sobre todo a raíz de la «crisis de los refugiados», y se ha convertido en un líder que se ha enfrentado con éxito a Angela Merkel y ha logrado bloquear el plan de redistribución de refugiados propuesto por la UE. Adherido ya de forma abierta y manifiesta a posiciones de derecha radical populista, Orbán ha transformado Hungría en una democracia iliberal, se ha valido de campañas nativistas contra los solicitantes de asilo para marginar al único oponente político que le quedaba, el Jobbik, y ha intensificado una campaña antisemita contra el filántropo judío húngaro-estadounidense George Soros con el fin de coartar a la sociedad civil y expulsar del país a la Universidad Centroeuropea. Con su reciente maniobra para crear una judicatura paralela y partidista que subyugue a un poder judicial (solo) nominalmente independiente, Orbán ha conseguido que Hungría ya no sea ni liberal ni democrática. Se ha convertido en un Estado autoritario competitivo, en el que solo se permite una existencia testimonial (en los márgenes políticos) de una oposición cada vez más asediada y acosada.

El hecho de que Hungría haya podido transformarse de ese modo y haya dejado de ser un régimen democrático liberal para convertirse en otro de corte autoritario

ultraderechista dentro de la UE, una comunidad de naciones que se fundó para evitar que surgieran precisamente esa clase de regímenes, ilustra dolorosamente hacia dónde está evolucionando la política en la cuarta ola. En primer lugar, es una muestra de la transformación de un partido de derecha convencional en otro de derecha radical populista. En segundo lugar, vemos cómo, en lugar de chocar con una amplia oposición de la corriente mayoritaria y convencional de la Europa política —como habría ocurrido durante la tercera ola—, Fidesz ha crecido bajo la protección del paraguas de la derecha tradicional que representa el Partido Popular Europeo, principal grupo político en la Eurocámara. En tercer lugar, aunque Orbán es un euroescéptico sonoro y declarado, su enfoque a propósito de la UE es de carácter ofensivo, más que defensivo: no quiere irse de la UE, sino que quiere transformarla a imagen y semejanza de Hungría.

8

RESPUESTAS

Rara vez pronuncio una conferencia o una charla pública en la que no me pregunten: «¿Qué se puede hacer para derrotar a la ultraderecha?». Como es comprensible, más que interés por las diversas acciones, ideologías y organizaciones de la ultraderecha, mucha gente siente sobre todo preocupación por la negativa repercusión de aquella en la democracia liberal y por lo que perciben como una falta de competencia y de voluntad de los partidos tradicionales para lidiar con ella. Yo comparto ese interés, como académico y como ciudadano, pero he de admitir que, incluso ahora, tras ya más de dos décadas, continúo sin tener una respuesta.

En todo el mundo, los países encaran el fenómeno de la ultraderecha (y del extremismo político en general) de maneras diferentes, dependiendo de un amplio rango de factores como pueden ser la historia de la nación en cuestión, la fortaleza de su sistema democrático liberal y el grado de percepción de amenaza que suscita el desafío ultraderechista. En este capítulo, se exponen las respuestas clave que se han dado a esta pregunta desde el Estado, los partidos políticos y la sociedad civil. Y termina con una breve reflexión sobre la pregunta crucial: ¿funcionan?

EL ESTADO: ENTRE EL MODELO ALEMÁN Y EL ESTADOUNIDENSE

La esencia de un sistema democrático liberal va más allá de la mera aplicación de la regla de la mayoría: abarca también la protección de los derechos de las minorías. Aunque, en la actualidad, el término «minoría» se asocia principalmente con los grupos «étnicos» o «raciales», en términos legales es extensible a un catálogo mucho más amplio de categorías que incluye a las minorías políticas. Sin embargo, no todos los Estados toleran las minorías políticas en la misma medida. Y en lo relativo a la tolerancia de la ultraderecha, la más relevante es la diferencia entre los modelos alemán y estadounidense.

Aunque Estados Unidos tiene una larga tradición de política ultraderechista, incluida una particular mezcla tóxica de autoritarismo y racismo, estos son elementos que allí están asociados (en general) con los partidos tradicionales y, por lo tanto, democráticos (al menos en principio). A comienzos del siglo XX, fueron varios los movimientos y personalidades fascistas o cuasi fascistas —como la Federación Germano Estadounidense (el «Bund») o el padre Charles Coughlin— que alcanzaron gran fama y popularidad, pero no dejaban de ser vistos como fenómenos «importados» y «no americanos». Y salvo por el ataque a Pearl Harbor, el país se mantuvo a salvo de la destrucción territorial (y no digamos ya de la ocupación) fascista (o vinculada con el fascismo).

Ese contexto histórico específico explica en parte por qué Estados Unidos ha sido tan tolerante con la ultraderecha, la cual, como todos los demás grupos políticos, está protegida por la incontrovertible Primera Enmienda de la Constitución estadounidense: «El Congreso no hará ley alguna por la que adopte una religión como oficial del Estado o se prohíba practicarla libremente, o que coarte la libertad de palabra o de imprenta, o el derecho del pueblo para reunirse pacíficamente y para pedir al gobierno la reparación de agravios». La libertad de expresión es sacrosanta en Estados

Unidos o, al menos, lo ha sido desde finales de la década de 1960, y protege hasta las más extremas formas de organización y discurso. El ejemplo más famoso de ello fue el del llamado «caso Skokie» de 1977, cuando el Partido Nacional Socialista de Estados Unidos quiso desfilar por Skokie (Illinois), un suburbio de Chicago con una particularmente elevada concentración de habitantes judíos, incluidos varios supervivientes del Holocausto. La Unión Estadounidense de las Libertades Civiles (ACLU) recurrió la prohibición municipal de aquella marcha y del uso de uniformes nazis y esvásticas con el argumento de que aquello vulneraba los derechos de la Primera Enmienda que asistían al partido convocante. Al final, el Tribunal Supremo falló a favor de los argumentos de la ACLU y del Partido Nacional Socialista de Estados Unidos.

Esa situación contrasta muy marcadamente con la de la República Federal de Alemania, que se formó como respuesta directa a la República de Weimar, considerada en retrospectiva como un régimen que pecó de un exceso de tolerancia que le impidió sobrevivir a un desafío extremista (de derecha) importante. De ahí que el nuevo Estado alemán de la posguerra se construyera pensando en evitar que la ultraderecha jamás regresara al poder por medios democráticos. La República Federal es lo que se conoce como una *wehrhafte Demokratie* (democracia militante), en la que las principales instituciones políticas (el ejecutivo, el legislativo y el judicial) tienen asignados amplios poderes y deberes para defender el orden democrático liberal.

El rasgo más relevante del sistema alemán es que allí los grupos sociales que se consideran «hostiles» al orden democrático liberal pueden ser prohibidos por el ministro del Interior —aunque puedan luego recurrir tal decisión ante los tribunales—, mientras que los partidos políticos «hostiles» (solo) pueden ser ilegalizados por el muy independiente Tribunal Constitucional federal. De resultas de ello, cientos de grupos de extrema derecha han sido proscritos a lo largo de los años (muchos de ellos,

pequeñas *Kameradschaften* neonazis), pero solo se ha registrado una ilegalización de un partido de extrema derecha, el Partido Socialista del Reich, en 1952. El NPD ha vivido bajo la amenaza de su ilegalización como partido durante la mayor parte de su (larga) existencia. Sobrevivió a una primera demanda judicial en ese sentido en 2001-2003, cuando el Tribunal Constitucional federal desestimó el caso porque la formación estaba tan penetrada de informadores e infiltrados que el alto tribunal no pudo distinguir con precisión la parte que en ella era partido y la parte que era Estado. En una nueva ofensiva de unos años después, el TC sí que declaró el partido «hostil a la Constitución» e instó al Parlamento a privarlo de fondos públicos, pero también se negó a prohibirlo.

Es importante destacar que, entre las diferencias que se observan entre el modelo alemán y el estadounidense, no se incluye una forma distinta de abordar el uso de la violencia. En todos los países, incluido Estados Unidos, el Estado vigila a los grupos potencialmente violentos; también a los de ultraderecha. Sin embargo, en todo el mundo, hace mucho tiempo que los activistas antirracistas y los políticos de izquierda se quejan de que el Estado, y en particular los servicios de inteligencia y de orden público, están «ciegos del ojo derecho»: es decir, que ignoran o minimizan la amenaza de la violencia ultraderechista. Desde los atentados terroristas del 11-S, muchos Estados han reorientado sus prioridades (y recursos) hacia el terrorismo yihadista, a costa en muchos casos de investigar menos el terrorismo de ultraderecha. Por ejemplo, en los Países Bajos, solo una persona en todo el Servicio General de Inteligencia y Seguridad neerlandés continuó estando a cargo de la vigilancia del «extremismo» (categoría en la que se incluye el de ultraderecha) tras el 11-S.

La situación en Estados Unidos es particularmente inquietante en este terreno. A raíz de los atentados del 11-S, el recién creado Departamento de Seguridad Nacional asignó cuarenta analistas al terrorismo yihadista y solo seis al «terrorismo interior no islámico», que incluye también el terrorismo

izquierdista y el llamado «ecoterrorismo». Cuando el Departamento publicó un informe sobre el «terrorismo derechista» en 2009 en el que advertía de la posible comisión de atentados terroristas por parte de veteranos de las fuerzas armadas (como lo era el hombre responsable del atentado con camión bomba en Oklahoma City en 1995), la reacción conservadora en contra fue tal que la entonces secretaria de Seguridad Nacional, Janet Napolitano, ofreció una disculpa oficial. Al año siguiente, se disolvió el equipo responsable de aquel informe y su analista principal, frustrado, abandonó su trabajo diciendo que solo se habían quedado dos miembros para analizar a la ultraderecha. Pese al aumento de la violencia ultraderechista en Estados Unidos, que ha causado más muertes y ha sido más constante que el terrorismo yihadista desde el 11-S, la situación no ha dejado de deteriorarse. Últimamente, durante la presidencia de Trump, se han retirado fondos que financiaban varias iniciativas contra la violencia de ultraderecha; el ejecutivo federal aplica ahora el término «terrorismo» exclusivamente a los (presuntos) perpetradores yihadistas.

LOS PARTIDOS: DEL ACOTAMIENTO A LA INCORPORACIÓN

Dado que la política en la mayoría de las democracias occidentales es, ante todo, política de partidos, la cuestión de cómo deben lidiar los partidos democráticos liberales con los de ultraderecha es un componente crucial de la cuestión, más general, de cómo responder a la ultraderecha en conjunto. Entre la infinidad de enfoques diferentes que se pueden adoptar, podemos distinguir cuatro especialmente destacados y diferenciados: el acotamiento, el enfrentamiento, la captación y la incorporación. [1]

ACOTAMIENTO

Cuando los partidos democráticos liberales «acotan» a los de ultraderecha significa que los excluyen de sus interacciones políticas. Intentan así ignorarlos y continuar con su cotidianidad política como si el partido (o partidos) de ultraderecha de turno no existiera. Y ese ha sido durante buena parte de la era de la posguerra el enfoque adoptado de hecho con las pequeñas formaciones diversas de derecha radical en todas las democracias occidentales; algunos partidos y grupos (abiertamente) de extrema derecha incluso fueron ilegalizados en su momento, sobre todo durante la primera década tras la guerra. Pero en cuanto comenzó a crecer el apoyo electoral a los partidos de derecha radical populista, otras formaciones se vieron obligadas a posicionarse de un modo más explícito y formal. La mayoría de los partidos tradicionales declararon oficialmente que los de derecha radical populista estaban fuera del ámbito democrático y, por lo tanto, los excluyeron del juego político.

Tras uno de muchos «domingos negros» de victoria electoral del Bloque Flamenco de derecha radical (el VB, actual Vlaams Belang), todos los demás partidos parlamentarios de Flandes, la parte septentrional y neerlandófona de Bélgica, formaron piña y acordaron formalmente constituir un «cordón sanitario» de exclusión del VB. Oficialmente, el cordón tenía un alcance bastante limitado: significaba descartar toda coalición política —en cualquiera de los niveles de gobierno— con el VB. Oficiosamente, excluía no solo al partido, sino también su principal tema de campaña (la inmigración), que era también el que más preocupaba a sus votantes. Pese a los vaivenes experimentados por el VB en su devenir electoral desde entonces, el cordón sanitario no se ha roto nunca desde su (segunda) introducción en 1992.

Son muchas las democracias occidentales en las que los partidos políticos continúan practicando un acotamiento de la ultraderecha hoy en día, aunque solamente Bélgica tiene vigente un cordón sanitario oficial. AfD está excluida en Alemania, como RN lo está en Francia, el PVV en los

Países Bajos (salvo durante el bienio 2010-2012) y SD en Suecia. Pero en todos esos países, y por diversas razones, los cordones oficiosos están empezando a evidenciar grietas, pues crecen las discrepancias (sobre todo, entre políticos locales y regionales) con la dirección de los partidos de la derecha convencional. Al final, el acotamiento, sea oficial o no, es siempre más estratégico que ideológico. Si a un partido concreto le resulta muy oportuno romper el cordón, lo rompe excusándose en que ya ha cumplido el fin que se buscaba que cumpliera —porque el partido de derecha radical populista en cuestión ha dejado (presuntamente) de estar fuera del orden democrático liberal— o en que es antidemocrático marginar a toda esa parte del electorado.

Enfrentamiento

Una estrategia de enfrentamiento entraña una oposición activa a los partidos de ultraderecha y, en la mayoría de los casos, a sus políticas. En la realidad, esta suele limitarse mayormente a partidos muy pequeños o muy extremos, como el NPD en Alemania y XA en Grecia. Se les hace frente principalmente en lo relacionado con sus posturas más extremas —su carácter antidemocrático, su antisemitismo, su revisionismo histórico y su racismo— y se les ataca por su (supuesta) propensión a la violencia, ya sea por incitarla o directamente por practicarla. Esta actitud de confrontación tiene sobre todo un valor simbólico y es a veces compartida incluso por algunos partidos de derecha radical que tratan de mostrar así que son «moderados» y no de ultraderecha. El ejemplo más cínico en ese sentido es Fidesz, que se vale con frecuencia del fantasma de una Hungría dominada por la «extrema derecha» encarnada en el Jobbik para silenciar a quienes desde dentro y, sobre todo, desde fuera del país critican sus propias políticas de derecha radical.

Aunque los enfrentamientos con los partidos pequeños o extremos tienen en general escasos beneficios y costes igualmente bajos, no ocurre lo

mismo con los enfrentamientos con partidos grandes o de la derecha radical populista. En primer lugar, si el partido ultraderechista es grande, siempre podría ser un potencial socio de coalición o, cuando menos, podría ser usado como tal en las negociaciones para formar coaliciones con otros partidos. Esto sucede especialmente en el caso de partidos de derecha convencional, que a menudo se enfrentan a algún gran partido tradicional de izquierda que sí tiene potenciales socios izquierdistas de coalición aceptables: verdes e incluso algunos partidos de izquierda radical. Si los partidos de centroderecha excluyen a los partidos ultraderechistas ya de entrada, debilitan sus propias bazas en unas negociaciones de coalición con partidos de centroizquierda.

En segundo (y más importante) lugar, las posturas de enfrentamiento podrían alejar a votantes potenciales que dudan entre la derecha convencional y la radical populista, e incluso a algunos de los propios votantes efectivos de la derecha tradicional. Aunque pocos son los votantes que un partido convencional se arriesga a perder si adopta una actitud de oposición a posturas de tipo antidemocrático o antisemita, no se puede decir lo mismo si a lo que se enfrenta es a posturas iliberales o, en especial, islamófobas: si un partido tradicional se enfrenta a uno de derecha radical populista a propósito de su programa antiinmigración o antiislam, se arriesga a ser percibido como (demasiado) proinmigrante y proislámico por una parte del electorado de los partidos tradicionales, incluido el suyo propio.

No es de extrañar, pues, que el enfrentamiento se haya ido volviendo menos habitual a lo largo del siglo XXI, a medida que los partidos de derecha radical populista han ido cosechando mayores éxitos electorales y han ido adquiriendo una mayor relevancia política. Los principales partidos que continúan aplicando una actitud abierta de enfrentamiento con los de derecha radical populista son los verdes y algunos social liberales, como Demócratas 66 en los Países Bajos o La República en Marcha del

presidente Emmanuel Macron en Francia, cuyos electorados potenciales apenas se solapan. Actualmente, cuando los partidos prosistema continúan enfrentándose a los de derecha radical populista, lo hacen centrándose casi exclusivamente en los líderes de estos, pero reconociendo como «legítimas» las inquietudes de sus «engañados» votantes. Y esto nos lleva a hablar de la estrategia siguiente.

Captación

Desde, al menos, finales de la década de 1990, la captación ha sido el modelo dominante de interacción con la ultraderecha en las democracias occidentales. Cuando actúan de ese modo, los partidos democráticos liberales excluyen a los de derecha radical populista, pero no sus ideas. Esta no deja de ser una consecuencia lógica del carácter oportunista de la estrategia de enfrentamiento que muchos partidos tradicionales adoptaron cuando los de derecha radical populista incrementaron su apoyo electoral y su poder político. La captación se produce en muy diferentes formas y grados. Así, casi todos los grandes líderes europeos han criticado el «multiculturalismo», incluida la canciller alemana Angela Merkel, quien, al mismo tiempo, se mantiene firmemente en contra de la normalización de AfD (y, por supuesto, del NPD). También ha habido políticos más conservadores, como John Howard en Australia o Bart De Wever en Bélgica, que han avanzado en su carrera política atacando a sus oponentes de derecha radical al tiempo que asimilaban buena parte de su programa.

Al principio, los partidos democráticos liberales adoptaron sobre todo el discurso de la derecha radical populista: problematizaron la integración europea y el multiculturalismo sin cambiar sustancialmente sus políticas. El único cambio real a finales del siglo XX estuvo relacionado con las políticas de asilo debido a la oposición de la derecha radical populista al súbito aumento a comienzos de la década de los noventa de la llegada de refugiados que huían de la guerra civil en Yugoslavia. A principios del siglo

XXI, la brecha entre el discurso y las políticas reales se fue ensanchando hasta que la aparición de diversos factores nuevos —y, en especial, los atentados terroristas y la llamada «crisis de los refugiados» (dos fenómenos interconectados a menudo en los discursos tanto de la derecha radical populista como de la derecha tradicional)— se tradujo en la aprobación por parte de gobiernos no ultraderechistas de una serie de políticas autoritarias y nativistas (véase el capítulo 7).

INCORPORACIÓN

La incorporación implica que, no solo las posturas de la derecha radical populista, sino también sus partidos, sean desmarginados y normalizados. [2] La primera vez que esto sucedió en la Europa de posguerra fue en 1994, en Italia, donde el populista de derecha Silvio Berlusconi formó un gobierno de coalición con la «posfascista» Alianza Nacional y con la derechista radical populista LN. Aquel gobierno nació tras una implosión total del sistema de partidos anterior y duró únicamente ocho meses, hasta que la LN decidió retirarle su apoyo.

En el año 2000, un nuevo gobierno de coalición en Viena integró al FPÖ y al conservador Partido Popular Austriaco, lo que desató una gran reacción negativa en la propia Austria y en Europa en general. Alentados por los socialdemócratas austriacos (que también habían negociado en secreto con el FPÖ), cientos de miles de austriacos se manifestaron por las calles del país en contra de aquel gobierno «fascista». Los otros catorce Estados miembros que la UE tenía en aquel entonces habían intentado frustrar aquella coalición con una declaración contundente en la que decían que «no promoveremos ni aceptaremos ningún contacto bilateral oficial a nivel político» con un gobierno en el que esté incluido el FPÖ. Al final, los otros catorce socios europeos boicotearon solamente a los ministros del FPÖ y nombraron un comité de tres «sabios», que recomendaron el levantamiento de las sanciones. Pese a las reticencias de algunos Estados miembros de la

UE y de los socialdemócratas austriacos, finalmente se decidió levantar las sanciones tras menos de un año en vigor.

Cuando el FPÖ regresó al gobierno en 2018, hubo manifestaciones mucho más pequeñas en Austria y ningún gobierno de los países comunitarios boicoteó a sus ministros. Esta vez, el FPÖ logró hacerse con el codiciado puesto de ministra de Exteriores, pero optó por nombrar a la exdiplomática y analista política independiente Karin Kneissl para evitar boicots internacionales (solo Israel la ha boicoteado). Fue una señal muy indicativa de la normalización de la incorporación. Hoy son varios los partidos de derecha radical populista integrados en gobiernos de coalición en muchos países distintos, o que sirven de apoyo a gobiernos en minoría en unos cuantos más.

La creciente incorporación de los partidos de derecha radical populista es, tanto de manera directa como indirecta, una consecuencia de su relevancia electoral en aumento y, con igual o mayor importancia, de la percepción pública de su auge, inflada por las noticias de los medios sensacionalistas. Por una parte, los partidos de derecha radical populista son hoy tan grandes en numerosos países que excluirlos de los gobiernos genera unos costes cada vez más elevados para (sobre todo) los partidos de la derecha convencional, pues significa formar «grandes coaliciones» con el principal partido de centroizquierda (lo que implica compartir más poder) o coaliciones con dos o tres partidos más, que, por eso mismo, tienden a ser más diversas desde el punto de vista ideológico y (por lo tanto) menos estables en el plano político. Por otra parte, muchos partidos de la derecha convencional llevan ya más de una década de desplazamiento ideológico hacia su propia derecha, sobre todo en los temas de índole sociocultural, por lo que la derecha radical populista se presenta cada vez más como su más lógico socio de coalición en términos de encaje ideológico.

SOCIEDAD CIVIL: ENTRE LA RESISTENCIA NO VIOLENTA Y LA VIOLENTA

Además del Estado y de los partidos políticos, los grupos y asociaciones de la sociedad civil desempeñan un papel muy importante en la respuesta al auge de la ultraderecha. Si los partidos políticos se inclinan cada vez más por la captación y la incorporación, especialmente en la cuarta ola, las organizaciones de la sociedad civil se decantan mucho menos por esa opción. Pocas organizaciones religiosas o sindicales han hecho suya la retórica nativista o populista, y ni siquiera las que ya no excluyen ni se enfrentan a los grupos y los individuos de ultraderecha van más allá de tolerarlos, sin llegar a incorporarlos. Y tal vez los acepten a ellos, pero no sus ideologías. En la percepción pública general, sobre todo, la sociedad civil sigue optando principalmente por el acotamiento de la ultraderecha y el enfrentamiento con esta.

ACOTAMIENTO

Muchas organizaciones de la sociedad civil prohíben a sus miembros ser activistas de organizaciones de ultraderecha o, cuando menos, candidatos de partidos ultraderechistas o líderes de grupos de ese signo ideológico. Esto ha sido tradicionalmente así en el caso de casi todos los sindicatos, que son desde hace tiempo unos de los oponentes mejor organizados y más sonoros de la ultraderecha. Los afiliados sindicales que concurrían a unas elecciones como candidatos de partidos de derecha radical populista eran automáticamente expulsados, y a los líderes sindicales que expresaban algún tipo de simpatía por dichas formaciones se les obligaba a elegir entre el sindicato y el partido. Esa era la política de la mayoría de los sindicatos democristianos y socialdemócratas, y más aún, de los sindicatos comunistas. Como consecuencia de ello, algunos partidos de derecha radical populista trataron de crear sus propios sindicatos, sobre todo en

sectores conocidos por sus mayores simpatías por la ultraderecha. A finales de la década de 1990, el FN creó sindicatos para agentes de policía (FN-Police) y vigilantes de prisiones (FN-Pénitentiaire), pero ambos fueron considerados ilegales por el Tribunal de Casación francés. En países donde la ultraderecha está más desmarginada, algunos sindicatos son próximos a, o simpatizan con, grandes partidos de ultraderecha: es el caso del Sindicato de Trabajadores indio, ala obrerista de la RSS, que cuenta con más de seis millones de afiliados.

Aunque la mayoría de los sindicatos continúan oponiéndose oficialmente a la ultraderecha de la cuarta ola, existen significativas diferencias nacionales y sectoriales. Por ejemplo, en países donde la derecha radical populista ya se ha desmarginado —cuando no directamente normalizado—, como Dinamarca, los sindicatos tratan sobre todo de ignorar el «elefante en la habitación». Pero en países donde la derecha radical populista no es todavía un protagonista serio del panorama político, como eran Alemania y Estados Unidos (hasta unos años atrás), los sindicatos continúan (o continuaban) acotándola y excluyéndola decididamente. No obstante, incluso en Estados Unidos se observan diferencias sectoriales dentro del movimiento sindical general, dependiendo, en buena medida, de lo extendido que está el apoyo a Donald Trump entre los afiliados del sindicato de cada sector concreto.

También de actos y acontecimientos culturales, políticos y sociales estuvieron excluidos los grupos de ultraderecha (tanto partidos como movimientos sociales) en la mayoría de los países europeos durante la tercera ola, sobre todo en la parte occidental del continente, pero este cordón sanitario se está rompiendo con rapidez y ha llegado incluso a desaparecer prácticamente en algunos países. Por ejemplo, las editoriales de ultraderecha tienen actualmente una presencia habitual en las ferias del libro internacionales y nacionales tras haber estado excluidas de ellas durante décadas, aun cuando, como ocurrió con el estand de Antaios, del

ideólogo y editor de la «nueva derecha» Götz Kubitschek, en la Feria del Libro de Fráncfort de 2017, sean por lo general ignoradas por el público asistente.

Enfrentamiento

Aunque más que la incorporación manifiesta sea la tolerancia tácita la actitud que cada vez gana más terreno durante la cuarta ola, el enfrentamiento continúa mostrándose como un elemento importante en las respuestas de la sociedad civil ante la ultraderecha. Contra esta —directa o indirectamente— se han organizado algunas de las manifestaciones más multitudinarias de los últimos años: desde la manifestación explícitamente antirracista de Berlín de 2018, que atrajo a casi un cuarto de millón de personas, hasta las más implícitamente antiultraderechistas «marchas de mujeres» en todo Estados Unidos que movilizaron a entre tres y cinco millones de personas en 2017.

Además de las grandes manifestaciones antirracistas, más esporádicas, hay también otras manifestaciones «antifascistas», más pequeñas pero también más recurrentes. Si las primeras suelen producirse en respuesta a actos o hechos ultraderechistas, aunque organizadas en espacios y momentos diferentes de aquellos, las segundas son confrontaciones directas con la ultraderecha. Esas contramanifestaciones varias se organizan, además, con diferentes fines, que pueden ir desde mostrar a la ultraderecha que no es bienvenida en una localidad, hasta poner de manifiesto ante la ciudadanía en general que la ultraderecha no representa a la mayoría, pasando por impedir que la ultraderecha organice y difunda su «mensaje de odio».

Como ya se ha indicado en el capítulo 5, la mayoría de las manifestaciones ultraderechistas se enfrentan a contramanifestaciones antifascistas muy superiores en número de asistentes. Hay muchas fotos de «manifestaciones» de unas pocas decenas de activistas de ultraderecha

rodeados de antifascistas que los superan en diez y hasta veinte veces en número, separados por una presencia policial (a menudo) muy numerosa. Así ha ocurrido con cada una de las muy publicitadas concentraciones de la *alt-right* en Estados Unidos, incluida la convocada con el lema «Unamos a la derecha» en Charlottesville en 2017 que tuvo las trágicas consecuencias ya comentadas. Pero también es el caso de la mayoría de las manifestaciones de la EDL y de PEGIDA, y no digamos ya de sus múltiples y poco exitosos derivados locales e internacionales. Por ejemplo, incluso en Dresde, la única ciudad donde PEGIDA ha llegado a movilizar en alguna ocasión a decenas de miles de seguidores, los contramanifestantes casi siempre han igualado o superado en número a los concentrados de ultraderecha.

Hay antifascistas de muchos tipos. La imagen típica del activista medio que nos dan los medios es la de un anarquista vestido de negro, generalmente varón, joven y violento, que odia tanto al «fascismo» como al «Estado». Pero quienes usan la llamada táctica del «bloque negro» son normalmente una pequeña minoría nada más de los asistentes a las grandes contramanifestaciones, pese a figurar de forma destacada en las noticias y pese a que su participación sí que es proporcionalmente mucho más significativa en contramanifestaciones más pequeñas, sobre todo, las que se organizan contra grupos de extrema derecha más violentos. El «bloque negro» se asemeja a los fascistas a los que combate en las calles en muchos aspectos: desde el demográfico (jóvenes, varones) hasta el del atuendo (capuchas negras, botas militares), pasando por el de la estrategia (de enfrentamiento agresivo y violento). En algunos casos, las relaciones personales entre antifascistas y fascistas concretos son tan estrechas que hasta tienen sus números de teléfono respectivos y se comunican fuera del contexto de sus concentraciones en las calles.

Las manifestaciones y los manifestantes antifascistas no son violentos por lo general, aunque la violencia tiende a ser más común cuanto más nos

movemos hacia los márgenes de los actos y del movimiento. Esa amenaza del uso de la violencia es lo que brinda a los antifascistas —y, en especial, a los del «bloque negro»— su actual notoriedad en los medios. Pero esa atención también convierte actos ultraderechistas irrelevantes —desde conferencias de oradores invitados en las universidades hasta pequeñas concentraciones locales de protesta— en acontecimientos mediáticos de perfil alto, como hemos visto que ha ocurrido en Estados Unidos estos últimos años (por ejemplo, en Berkeley, California, o en Portland, Oregón). Esa relación simbiótica, unida a la espiral de violencia (potencial) relacionada con ella, es un motivo de discordia en el seno del movimiento antifascista en general y del antirracista en particular.

¿FUNCIONAN ESTAS RESPUESTAS PARA LA ULTRADERECHA?

Que un enfoque sea el idóneo depende de una amplia variedad de condiciones objetivas y subjetivas, como la historia de un país, la cultura política, la fortaleza de la democracia liberal y de la organización ultraderechista en cuestión, y el control sobre los medios de comunicación o el papel de estos. Pero, ante todo, depende de cuál sea el objetivo clave del enfoque. Esto está vinculado, a su vez, a cómo se entiende la democracia (liberal) y, más concretamente, a si se cree que el intolerante debe ser tolerado.

Si el objetivo clave es minimizar el impacto directo de los grupos ultraderechistas, nada es más eficaz que la ilegalización. Uno de los argumentos habituales que se esgrime contra la prohibición de las formaciones de extrema derecha es que así no se conseguiría más que empujar a sus miembros a la clandestinidad y hacia el terrorismo. Aunque se trata de un argumento popular, las pruebas empíricas en las que pretende sustentarse son, hasta el momento, poco concluyentes. Solo un minúsculo

porcentaje de la población está dispuesta a usar la violencia para promover sus objetivos políticos, y, si bien esa proporción puede ser algo mayor entre los miembros de organizaciones de ultraderecha, continúa siendo muy pequeña en cualquier caso. Además, la mayoría de la violencia ultraderechista es más o menos espontánea, antes que premeditada, y los terroristas de ultraderecha no son antiguos afiliados de grupos o partidos ilegalizados contrariados por la prohibición.

Prohibir los partidos de ultraderecha es también la mejor manera de impedir que cosechen votos y, por lo tanto, influyan en otros partidos y (potencialmente) en las políticas, pero siempre que la ilegalización se produzca antes de que consigan su primer gran avance electoral. Ahora bien, los partidos ilegalizados pueden reaparecer bajo formas más moderadas, cuando menos, en lo que respecta a su imagen pública, pero sin haber modificado su ideología. Así ocurrió, por ejemplo, con el Vlaams Blok, que se reinventó transformándose en el Vlaams Belang tras una condena de 2004 que hizo que su funcionamiento político tal como había sido hasta entonces resultase ya virtualmente inviable. Salvo el nombre y el color del partido (que cambió de naranja a amarillo), el VB actual es prácticamente idéntico al anterior en cuanto a su ideología y sus líderes. E incluso se benefició electoralmente (al principio, al menos) de su «ilegalización», si bien esta tal vez contribuyera a su declive posterior, cuando los votantes se fueron decantando progresivamente por opciones alternativas que resultan más aceptables para otros partidos.

Además, ¿dónde trazamos el límite en cuanto a qué ideas y organizaciones se deberían ilegalizar? Aunque podríamos poner de acuerdo a amplias mayorías en los diversos países sobre la necesidad de prohibir los partidos abiertamente neonazis, los partidos de derecha radical populista contemporáneos son mucho más próximos a las formaciones políticas del sistema tradicional y, por consiguiente, se los considera menos (o nada) problemáticos. Y aun en el caso de que los franceses acordaran prohibir un

partido como, por ejemplo, el RN de Marine Le Pen alegando como motivo para ello su programa nativista, ¿qué argumento legal se podría esgrimir entonces para no ilegalizar partidos tradicionales como Los Republicanos (franceses), que han copiado buena parte del discurso y las políticas de los Le Pen durante las últimas décadas?

Supongamos que aceptamos, al menos, el derecho de los partidos de derecha radical populista a existir legalmente, pero queremos limitar su éxito electoral y, por lo tanto, su influencia política: ¿cuál de los cuatro enfoques funciona mejor? En general, el acotamiento es la mejor opción, pero solo si se dan ciertas condiciones. En primer y más importante lugar, todos los grandes partidos deben sumarse a ella. En segundo lugar, los medios deben apoyarla. Y, en tercer lugar, los tiempos deben ser los oportunos. El partido de derecha radical populista en cuestión no debe ser todavía ni demasiado grande ni demasiado importante con vistas a la formación de coaliciones, porque, si no, el acotamiento puede derivar en coaliciones «antiultraderechistas» demasiado amplias e ineficaces. El principal reto para quienes forman cordones sanitarios, no obstante, es el de saber excluir a los partidos de ultraderecha sin dejar fuera sus temas de campaña (lo que no quiere decir que deban copiar sus posturas ni cómo enfocan los temas).

En Bélgica y Suecia, por ejemplo, en paralelo a la exclusión del partido de ultraderecha, los partidos tradicionales convirtieron la inmigración en un tema casi tabú, a pesar de los agravios reales o percibidos por la población. Esto hizo inevitable que se terminara produciendo un primer éxito electoral y, posteriormente, un crecimiento continuado de SD en Suecia, y que, en Flandes, otros partidos se desplazaran hacia el territorio hasta entonces ocupado por el VB: primero la populista de derechas Lista Dedecker y, luego, la conservadora y nacionalista Nueva Alianza Flamenca. Aunque, a simple vista, parecía que el cordón había seguido marginando al VB (aunque no lo hubiera conseguido con sus temas ni con sus posturas a

propósito de esos temas), su reciente regreso a primera línea nos da a entender que esa marginación posiblemente no fuera sino temporal.

Rara vez se ha recurrido al enfrentamiento con los partidos de derecha radical, al menos no desde los partidos más importantes (es decir, la derecha y la izquierda mayoritarias convencionales) que compiten con ellos electoralmente. Si los políticos prosistema atacaban a los líderes y los partidos de derecha radical, lo hacían principalmente aceptando a la vez sus posiciones sobre los temas, aunque fuera bajo formas más moderadas, o admitiendo los «agravios legítimos» de los votantes de aquellos. Dicho de otro modo, el presunto enfrentamiento era, en realidad, una maniobra de captación. Ni siquiera el enfrentamiento genuino planteado por los partidos social liberales y por los verdes dañaba a la derecha radical populista, pues aumentaba la relevancia de «sus» temas y los situaba en un lugar más central de la campaña electoral y de la contienda política. Por último, la colaboración tiende a desmarginar y normalizar tanto a los partidos de derecha radical como sus políticas, si bien ni el proceso ni sus efectos tienen por qué ser permanentes (por ejemplo, el PVV neerlandés fue excluido y marginado de nuevo tras retirar su apoyo al gobierno de coalición de derecha en 2012).

La exclusión por parte de las organizaciones de la sociedad civil puede limitar la desmarginación plena de las formaciones de ultraderecha, al menos temporalmente, pero, como muchos sindicatos ya han descubierto en sus propias filas, no impide que los miembros de las primeras apoyen las ideas y a los partidos ultraderechistas. Además, aunque las multitudinarias manifestaciones antirracistas tal vez hayan sido un consuelo y un apoyo para algunas de las poblaciones contra las que la ultraderecha dirige sus mensajes (poblaciones que ven así que, al menos, amplios sectores de la población general no se posicionan del lado de la ultraderecha), no han frenado el auge de los partidos de la derecha radical populista. Y si bien los antifascistas pueden apuntarse en su haber algunos triunfos en la lucha

contra la ultraderecha, debidos en no poca medida a su (amenaza de) recurso a la violencia —por ejemplo, como ya se ha dicho en el capítulo 3, Richard Spencer abandonó su gira de conferencias por universidades de Estados Unidos, en parte, por la violencia antifascista con que se le recibía en los campus—, también ayudan a que los grupos ultraderechistas marginales sigan estando en el candelero y que tanto sus medios como sus ideas reciban una enorme atención gratuita de los medios.

Al final, lo que mejor funcione dependerá de tantos factores culturales y organizativos que no tiene mucho sentido tratar de encontrar una panacea. Un partido político como el neerlandés PVV, con un solo miembro, requiere de un enfoque diferente al de una subcultura violenta como la de los ciudadanos soberanos de Estados Unidos, pero también al de partido político como el FPÖ austriaco, que está hondamente arraigado en una subcultura nacionalista de siglos de antigüedad. Y un partido de oposición relativamente pequeño todavía en una democracia liberal consolidada, como puede ser AfD en Alemania, representa un desafío de naturaleza diferente que el de un presidente ultraderechista en una democracia más frágil, como Bolsonaro en Brasil. Así pues, si lo que andamos buscando es una respuesta más eficaz, la clave probablemente se encuentre en usar combinaciones diversas de los enfoques existentes.

9

GÉNERO

Como todos los fenómenos políticos, la ultraderecha posee un fuerte componente de género. No obstante, lo tiene en un sentido mucho más complejo de lo que su a menudo simplista y estereotípica imagen pública puede dar a entender. Y vista —como hemos expuesto aquí— la heterogeneidad que caracteriza a la ultraderecha, esto ya no debería sorprendernos. Lo cierto es que, aunque es verdad que los hombres dominan la ultraderecha en general, hay más que sobradas excepciones a esa máxima, entre las que se incluyen líderes mujeres, como Marine Le Pen. Y si bien las imágenes tradicionales de la masculinidad tienen una importancia central en muchas formaciones y subculturas ultraderechistas —basta con recordar a las milicias y a los «cabezas rapadas»—, no la tienen tanto en el caso de los partidos de derecha radical populista del norte de Europa, por ejemplo.

En este capítulo, examinaremos la importancia del sexo y el género en los diversos aspectos ya comentados en los capítulos anteriores. La diferencia entre sexo y género, expresada en su forma más simple, es que el sexo está determinado biológicamente, mientras que el género está construido socialmente. El sexo distingue entre mujeres y hombres; el género, entre masculinidad y feminidad. Los géneros se construyen socialmente de un modo jerárquico y por oposición. Así, los rasgos

masculinos se valoran más que los femeninos, y la masculinidad (fuerte) se define por oposición a la feminidad (débil). Como ocurre con todas las construcciones sociales, el género está estrechamente relacionado con las (sub)culturas, lo que significa que las interpretaciones de la feminidad y la masculinidad difieren entre países y dentro de ellos, y están influidas por un conjunto de factores distintos, entre los que se incluye la educación, la ideología y la religión.

La primera sección de este capítulo repasa las diferentes opiniones y puntos de vista sobre el género que se defienden en la ultraderecha y trata también la importancia del sexismo. En la segunda sección, nos fijamos en la representación de los hombres y las mujeres según los diferentes niveles jerárquicos (líderes, activistas, seguidores) y en su participación en distintos tipos de actividades (elecciones, manifestaciones, violencia) de las organizaciones ultraderechistas. En las dos últimas secciones, se examina el papel del género tanto en las consecuencias como en las causas del éxito de la ultraderecha, así como en las respuestas a dicho éxito.

IDEOLOGÍA Y TEMAS

Las posiciones de la ultraderecha sobre el género (y la sexualidad) están influidas, ante todo, por el nativismo que la caracteriza, ya esté definido este en un sentido étnico o en un sentido racial. Ideológicamente, la ultraderecha propugna un punto de vista que el sociólogo alemán Andreas Kemper [1] ha denominado «familismo»: «una forma de biopolítica en la que se considera que la familia tradicional es uno de los cimientos de la nación, y que supedita los derechos reproductivos y de autonomía decisora del individuo [y de las mujeres, en particular] a la exigencia normativa de reproducción de la nación». [2] O, por decirlo en los términos en los que lo expresaba un folleto de una delegación local de la Liga en Italia con motivo de la celebración del Día Internacional de las Mujeres nada menos, las

mujeres tienen «una gran misión social que cumplir en relación con la supervivencia de nuestra nación».

Existen, no obstante, algunas diferencias importantes en cuanto a la interpretación de ese familismo. La mayoría de los grupos de ultraderecha mantienen un punto de vista tradicional a propósito de las mujeres en virtud del cual las consideran exclusivamente como madres (actuales o futuras). Eso significa que se les desaconseja trabajar fuera de casa y, no digamos ya, desarrollar algún tipo de carrera profesional. Se aboga por que el Estado preste apoyo material a las madres no trabajadoras y a las familias numerosas. En Europa occidental, en particular, muchas formaciones ultraderechistas defienden una visión «tradicional moderna» de la mujer que tolera (e incluso apoya) que las mujeres tengan un trabajo, aunque preferiblemente después de que hayan terminado de criar a los hijos. Muchos partidos de derecha radical populista del norte de Europa no pueden ser calificados ni siquiera de tradicionales modernos, pues están abiertamente a favor de los derechos de las mujeres y no priorizan la maternidad. Pero su abierta defensa de la tesis de que la igualdad de género ya se ha alcanzado en su país delata una perspectiva relativamente conservadora, al menos dentro de su contexto político nacional.

Tradicionalmente, la ultraderecha manifestaba lo que se llamaba un «sexismo benévolo», que ve a las mujeres como seres puros en el plano moral y débiles en el físico. Eso quiere decir que los hombres deben adorar a las mujeres (buenas), pues estas son imprescindibles para completar al hombre por vía de la familia heterosexual, verdadero corazón de la nación o la raza. Pero también significa que las mujeres deberían ser protegidas por los hombres «de verdad», una idea implícitamente captada por las famosas «catorce palabras» de uno de los miembros fundadores del grupo terrorista neonazi La Orden: «Debemos garantizar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para los niños blancos». Posteriormente, añadiría a las anteriores

otras catorce palabras más: «Porque la belleza de la mujer aria blanca nunca debe desaparecer de la Tierra».

De todo lo anterior se sigue que las percepciones sobre la feminidad y la masculinidad son muy tradicionales. Los hombres «de verdad» trabajan —preferiblemente en tareas físicas— y son agresivos y musculosos, porque así protegen a «sus» mujeres. La familia es heterosexual y está dominada por el hombre, tanto en el plano de la autoridad como en el de la economía, aunque a las mujeres se les asigna a menudo un peso moral especial que mantiene controlados aquellos aspectos más agresivos, animales incluso, de sus hombres. Pero, por encima de todo lo demás, la mujer es el vientre de la nación, la madre de los hijos, la responsable de criar moral y físicamente a la generación siguiente.

Últimamente, se ha ido haciendo más manifiesto un «sexismo hostil» entre ciertos círculos de ultraderecha, sobre todo en la red. El sexismo hostil cosifica y degrada a las mujeres, a las que tiende a caracterizar como enemigas empeñadas en controlar a los hombres por medio de la ideología feminista o de la seducción sexual. Si el sexismo benévolo ve a las mujeres como criaturas moralmente puras y físicamente débiles, el sexismo hostil las considera moralmente corruptas y políticamente poderosas. El creciente protagonismo del sexismo hostil en la ultraderecha está relacionado en parte con los fuertes lazos que unen a la «manosfera» y a la derecha alternativa. Está muy extendido en las subcomunidades digitales —desde las de jugadores (o *gamers*, como se pudo ver con el caso Gamergate), hasta las de *incels* («célibes involuntarios») y «ligones»—, donde es habitual que se debatan fantasías politizadas sobre violaciones. Pero el sexismo hostil se ha introducido también en la política de partidos: por ejemplo, en el nuevo partido neerlandés FvD, cuyo líder, Thierry Baudet, ha apoyado la tesis del «ligón» Julian Blanc de que a las mujeres les gusta que los hombres las «sometan» y las «dominen».

El sexismo benévolo y el hostil tienen percepciones diferentes, no solo a propósito de la feminidad, sino también respecto a la masculinidad. En el sexismo benévolo, el hombre es físicamente fuerte, musculoso y poderoso. No se siente amenazado por las mujeres. En el sexismo hostil, por el contrario, los hombres se consideran amenazados por las mujeres, aunque sea en un sentido implícito y político, más que explícito y físico. Pero en ciertas comunidades en línea, los hombres se identifican con la figura de los «machos beta», débiles en su aspecto físico y poco atractivos para las mujeres, en contraste con el «macho alfa» de la masculinidad tradicional. Estas percepciones están estrechamente ligadas a una combinación de masculinidad tóxica —en la que la hombría se define por medio de la violencia, el sexo, el estatus y la agresividad— y misoginia —el odio a las mujeres—, que es omnipresente en el mundo digital, pero también en el no digital.

La mayoría de los grupos de ultraderecha presentan una mezcla de elementos de sexismo benévolo y hostil, que es lo que, en general, se conoce como «sexismo ambivalente». Así, mientras que los grupos *alt-right* en línea expresan principalmente un sexismo hostil, la mayoría de los partidos de derecha radical populista, sobre todo en Europa occidental, acentúan el sexismo benévolo en su propaganda oficial, aun cuando varios de sus miembros destacados manifiesten también un sexismo hostil contra las mujeres que no están a la altura de sus ideales sexistas, como, por ejemplo, las defensoras de los derechos de los inmigrantes (musulmanes), las lesbianas y las feministas.

Con independencia de sus visiones en materia de género o de su forma de sexismo, casi todos los grupos de ultraderecha tienen un concepto negativo del feminismo contemporáneo. Aunque muchos partidos de derecha radical del norte de Europa hablan elogiosamente de las feministas originales, también afirman que el feminismo ha ido «demasiado lejos» o que ya no es necesario, porque ya se ha logrado la igualdad de género (si

bien también recuerdan que esta está hoy amenazada por la inmigración musulmana). Más allá de la Europa septentrional, la mayoría de las formaciones ultraderechistas —y también muchos grupos conservadores— sostienen que las feministas son un colectivo intolerante y opresor (de ahí que las llamen «feminazis») que pretende controlar la sociedad imponiendo «una nueva forma de totalitarismo».



Mujeres del movimiento «identitario» se manifiestan en contra del proyecto de construcción de un centro de acogida para refugiados en Graz, Austria. En la pancarta, se puede leer: «Proteger a las mujeres implica cerrar las fronteras». (Fuente: Johanna Poetsch/istock/2016.)

El feminismo, como la homosexualidad, es caracterizado por muchos grupos de ultraderecha como una amenaza (mortal) a la nación. Dos son los hilos —estrechamente entretejidos— de ese argumento. En primer lugar, se dice que el feminismo socava la familia tradicional y, por ende, la supervivencia de «la nación», algo que es un tema de preocupación de primer orden para la ultraderecha de la Europa del Este, donde los países se están enfrentando ahora al problema de un rápido descenso de las tasas de natalidad. En segundo lugar, se considera que el feminismo es algo «ajeno» a la cultura nacional; incluso es a menudo descrito como un «arma» con la que los extranjeros tratan de debilitar a la nación, y con frecuencia, esos extranjeros son (sobre todo) judíos, como George Soros.

La otra gran amenaza a la nación y, en especial, a sus mujeres la encontramos en los hombres «foráneos». La propaganda ultraderechista está

llena de imágenes e historias que juegan la carta de los ancestrales estereotipos racistas occidentales sobre los hombres (musulmanes y no blancos) como depredadores animales e hipersexuales. Además, y en sintonía con el llamado «feminacionalismo», se afirma que las mujeres y sus derechos corren peligro ante la «invasión» de los musulmanes y del «islam global». Marine Le Pen, por ejemplo, escribió en el diario francés *L'Opinion* un artículo en enero de 2016 en el que decía estar «asustada de que la crisis de los migrantes señale el principio del fin de los derechos de las mujeres». La ultraderecha busca cada vez más a las mujeres «nativas» como público diana de su propaganda, tratando de convencerlas de que es la única defensa que les queda frente a la «islamización» y la consiguiente subyugación que esta conllevaría.

No menos destacada es la homofobia a ultranza que propugnan numerosas formaciones de ultraderecha, que se oponen a la «agenda homosexual» que presuntamente amenaza también al núcleo de la nación, que no es otro que la familia heterosexual. Cuando el Tribunal Supremo de Polonia falló a favor de la organización LGBTQ a la que una imprenta se negó a atender en 2018, el ministro de Justicia (de PiS) respondió declarando que «el Tribunal Supremo se ha pronunciado en este caso en contra de la libertad y ha actuado como un opresor estatal poniéndose al servicio de la ideología de los activistas homosexuales». Son varios los líderes ultraderechistas que han hecho públicamente comentarios homófobos; entre ellos, el presidente brasileño Bolsonaro, quien dijo que sería incapaz de querer a su hijo si este fuera homosexual, y que «preferiría que se muriera en un accidente», o Jean-Marie Le Pen, quien declaró en una entrevista de 2016 a *Le Figaro* que «los homosexuales son como la sal en la sopa. Si no tiene la suficiente, está un poco sosa; si tiene demasiada, no hay quien se la coma».

Pero cada vez son más los grupos y partidos de derecha radical en Europa occidental que aceptan la homosexualidad y a los homosexuales.

Algunas organizaciones, como la EDL en el Reino Unido y AfD en Alemania cuentan con secciones oficiales (u oficiosas) que agrupan a sus afiliados LGBTQ, mientras que algunos incluso tienen dirigentes abiertamente homosexuales, como la colíder de AfD, Alice Weidel. Estos grupos ven en los homosexuales a un nuevo electorado potencial al que atraer con su propaganda islamófoba. Desde el denominado «homonacionalismo», formaciones como la EDL o el PVV sostienen que los derechos de las personas LGBTQ, que definen como parte de la «cultura nacional», están amenazados por la inmigración musulmana, y que la ultraderecha es la única que los defiende de verdad. Así lo anunció en una ocasión mediante un tuit la (en su día) fallida aspirante al liderazgo del UKIP, Anne Marie Waters: «Soy una mujer homosexual y valoro mucho mi libertad y, creedme, el islam viene a por mí».

PERSONAS Y ACCIONES

Aunque el líder ultraderechista típico (si es que este existe) es varón e hipermasculino (véase el capítulo 3), entre los partidos de derecha radical populista europeos en particular pocos son los que todavía cumplen con ese estereotipo en el siglo XXI. Cada vez es más frecuente que haya líderes mujeres o que, en todo caso, los dirigentes hombres no se ajusten a las nociones tradicionales de masculinidad. Si líderes masculinos de más edad, como Jean-Marie Le Pen o Jair Bolsonaro, personificaban el estereotipo del «soldado político», dirigentes más jóvenes como Gabor Vona (Jobbik) o Tom Van Grieken (VB) recuerdan más a la imagen del estudiante eterno o del yerno ideal arquetípico, más propensos en las entrevistas a la actitud paciente y sonriente que al enfado y la beligerancia. Tal vez el ejemplo más ilustrativo del nuevo hombre de ultraderecha sea Jimmie Åkesson, que se retiró del liderazgo de SD durante unos meses en 2014 para recuperarse de la fatiga del cargo. En parecido sentido, Richard Spencer, uno de los líderes

de la derecha alternativa estadounidense de quien los medios convencionales suelen alabar su buen gusto a la hora de vestir —la revista progresista estadounidense *Mother Jones* dijo de él que recordaba a un «exjugador de fútbol elocuente y bien vestido con el aspecto de un rey del baile de graduación y un corte de pelo “fasci” (de fascista)»—, ha manifestado abiertamente el desprecio que le inspiran los enfrentamientos físicos.

Además, cada vez son más las mujeres en puestos dirigentes de grupos y partidos de ultraderecha. Varios partidos de derecha radical populista tienen (o han tenido) líderes mujeres, como, por ejemplo, Alice Weidel (AfD), Giorgia Meloni (Hermanos de Italia), Pauline Hanson (ONP), Pia Kjærsgaard (DF), Frauke Petry (AfD) y, por supuesto, Marine Le Pen (RN). Otras formaciones y partidos cuentan con mujeres entre sus altos cargos dirigentes, como Barbara Pas (VB) y Magdalena Martullo-Blocher (SVP). Y aunque en las delegaciones parlamentarias de los partidos de derecha radical populista hay pocas mujeres (si bien el porcentaje de estas tiende a subir cuando aumenta el número total de escaños del partido en cuestión), normalmente se trata de cifras bastante similares a las de otros (pequeños) partidos de derecha.

Mientras que, por una parte, los partidos de derecha radical populista reflejan en buena medida el sesgo por sexo y los roles de género de los partidos conservadores, por otra, muchos grupos y subculturas de extrema derecha muestran bastante similitud con sus equivalentes no ultraderechistas y no políticos. Por ejemplo, se aprecian semejanzas en las características sociodemográficas de los grupos «fascistas» y «antifascistas», pero también entre los *skinheads* ultraderechistas y los apolíticos: en todos los casos, predominan los jóvenes y los varones. Lo que sí es privativo de la ultraderecha, sin embargo, es la brecha de género en la composición demográfica de sus afiliados y, en especial, de su electorado, que, en muchos casos, es mayoritariamente masculino por una proporción

aproximada de dos a uno o de sesenta a cuarenta. Los partidos de derecha radical populista tienen así una brecha de género mucho más amplia que la de todos los demás partidos, con la notable excepción de los partidos verdes (que cuentan con un apoyo desproporcionadamente femenino). Por el contrario, los partidos y organizaciones democristianos y conservadores tienden a contar con un apoyo femenino ligeramente superior al masculino, tanto en cuanto a miembros como en cuanto a seguidores, en parte porque las mujeres tienen una esperanza de vida mayor y suelen ser más religiosas.



Marine Le Pen habla en un mitin de las elecciones europeas de 2014 presidido por el lema «Sí a Francia, no a Bruselas». (Fuente: TV Patrio-tes/Flickr/2014.)

Las mujeres están infrarrepresentadas en la ultraderecha no solo en lo que respecta a sus votantes, sino también en cuanto a quienes acuden a sus manifestaciones y, sobre todo, en cuanto a quienes recurren a la violencia. Aunque en manifestaciones más masivas como, sobre todo, las de grupos islamófobos como la EDL y PEGIDA, puede verse a una minoría apreciable de participantes mujeres, la mayoría de las manifestaciones más pequeñas, de grupos de extrema derecha, son casi exclusivamente masculinas. Y las mujeres pueden involucrarse en la violencia política de ultraderecha, sobre todo en su forma más habitual y espontáneamente racista, pero son muy pocas las que figuran luego entre los perpetradores condenados por tales incidentes. Casi toda la violencia ultraderechista premeditada —incluidos los atentados terroristas— es cometida por lobos

solitarios varones o por pequeñas células de hombres. Una excepción destacada en ese sentido la constituyó el caso de la Clandestinidad Nacionalsocialista alemana, en la que uno de los tres miembros centrales era una mujer, aunque esta presuntamente no estuvo implicada de manera personal directa en los asesinatos cometidos por la organización.

CONSECUENCIAS

Hasta hace poco, no teníamos ninguna idea concreta de cuáles serían los efectos de una acción de gobierno ultraderechista en el plano del género, pues los partidos de derecha radical populista eran, como mucho, socios menores de gabinetes de coalición derechistas. A menudo compartían su percepción tradicional (moderna) sobre el género con sus otros socios de derecha convencional (mayoritarios) de coalición. De ahí que esos gobiernos no destacaran particularmente respecto a otros de signo conservador. Pero esto está cambiando muy deprisa en la cuarta ola, a medida que un creciente número de partidos de derecha radical populista acceden al poder.

En Hungría, el primer ministro de derecha radical Viktor Orbán ha consagrado el familismo en la nueva Constitución del país, en la que se proclama que Hungría «protegerá la institución del matrimonio entendida como la unión de un hombre y una mujer» porque la familia «es la base de la supervivencia de la nación». También el Gobierno de PiS en Polonia ha adoptado una política de «desmarginación de la familia» que sitúa la familia heteronormativa en el centro de «las reglas políticas del gobierno».[3] Además del fomento de los roles tradicionales de género, materializado incluso por la vía de unos generosos subsidios estatales, la oposición firme al aborto es otro aspecto clave del familismo (de ultraderecha). También lo son los ataques contra colectivos e individuos que promueven el feminismo (o la homosexualidad), a los que se califica de

«traidores» o de «agentes de un *lobby* transnacional». Los gobiernos de derecha radical populista de Hungría y Polonia han actuado directamente contra las ONG de defensa de los derechos de las mujeres aprobando nuevas normativas fiscales que las perjudican y practicando registros en sus oficinas y arrestos entre sus activistas.

Como era de suponer, muchos grupos de ultraderecha, pero también conservadores, han puesto en su punto de mira la disciplina académica de los «estudios de género», que consideran una «pseudociencia» que mina la estructura de la familia tradicional. Yendo de las palabras a los hechos, el Gobierno Orbán prohibió en 2018 los dos programas de estudios de género que existían en Hungría con el argumento de que «las personas nacen varones o hembras, y no consideramos que sea aceptable que hablemos de géneros construidos socialmente en vez de sexos biológicos». Al mismo tiempo, la recientemente privatizada Universidad Corvinus de Budapest ha puesto en marcha un programa de «Política de economía familiar y políticas públicas de desarrollo humano», sin duda con la esperanza de obtener un rendimiento económico de la agenda de desmarginación de la familia impulsada por el gobierno.

Siguiendo una línea parecida, diversos gobiernos de ultraderecha han debilitado la posición y los derechos de la comunidad LGBTQ. A las pocas horas de su toma de posesión, el presidente brasileño Bolsonaro, conocido por su dilatado historial de comentarios homófobos, despojó al Ministerio de Derechos Humanos de sus competencias en los asuntos LGBTQ y nombró a Damares Alves, una pastora ultraconservadora, ministra de la Mujer, Familia y Derechos Humanos, y también de los pueblos indígenas. Alves sostiene que las políticas de diversidad han puesto en peligro a la familia brasileña y que, con la nueva administración, ya «no habrá más adoctrinamiento ideológico de los niños y los adolescentes en Brasil. [...] Las niñas serán princesas y los niños serán príncipes». Muchas de esas políticas y puntos de vista son también los que se promueven desde la

administración Trump, aunque, en su caso, están bastante en consonancia con las políticas que ya venía manteniendo el Partido Republicano, y se los considera más una prioridad del vicepresidente Mike Pence que del propio presidente.

Pero la ultraderecha también puede incidir en las normas sociales más allá de la acción parlamentaria. La violencia ultraderechista tenía, por tradición, un fuerte componente de género. El sexismo benévolo y las percepciones tradicionales de la masculinidad hacían que la violencia física del varón (más fuerte) contra la mujer (más débil) estuviera mal vista. De ahí que no solo los perpetradores de la violencia ultraderechista fuesen mayoritariamente varones, sino también sus víctimas. Hablo solo, por supuesto, de la «violencia política», pues la «violencia doméstica» y las agresiones sexuales son problemas graves en el seno de muchos grupos de ultraderecha, e incluso entre miembros destacados de los partidos de la derecha radical populista (basta con recordar la famosa grabación de Trump para *Access Hollywood*, en la que alardeaba de agarrar a las mujeres «del coño»). Además, los hombres (y las mujeres) de la ultraderecha suelen prodigarse en ataques verbales e, incluso, físicos, contra mujeres «nativas» que se relacionan con hombres «foráneos»; para muchos grupos neonazis y nacionalistas blancos, la «mezcla racial» convierte (principalmente) a las mujeres en parte activa en el «genocidio blanco».

Sin embargo, desde que el sexismo hostil defiende que las mujeres son ahora poseedoras de un elevado poder político, la violencia masculina contra mujeres se ha vuelto más aceptable y frecuente en esos círculos. Esto se aprecia, sobre todo, en el caso de la violencia verbal, pero también son cada vez más habituales los episodios de violencia física. Por ejemplo, en muchas comunidades digitales de la *alt-right*, se reserva una inquina vitriólica especial para las mujeres que no encajan en sus criterios misóginos. Y, últimamente, las mujeres se han convertido también en el blanco predilecto de la violencia física de los *incels* ultraderechistas.

Destaca el caso de un hombre de veintidós años que mató a seis mujeres e hirió de gravedad a otras catorce antes de suicidarse en Isla Vista (California) en 2014. El asesino, que se autodenominaba «El Supremo Caballero», había hecho circular en redes un documento de 141 páginas horas antes de su ataque en el que expresaba su profunda aversión a las mujeres y la intensa frustración que le producía su virginidad. Aquello no solo lo convirtió en un héroe de las comunidades ultraderechistas e *incel* en la red, sino que también inspiró otros ataques misóginos mortales, como los que se registraron en Toronto (Canadá) y Tallahassee (Florida) en 2018.

CAUSAS Y RESPUESTAS

Paradójicamente, si bien los hombres están sobrerrepresentados en la ultraderecha, casi toda la investigación sobre cuestiones de género en ese ámbito político se ha centrado en las mujeres. Asimismo, aunque es habitual alegar los roles de género tradicionales y el sexismo (benévolo u hostil) como motivos por los que las mujeres se sienten menos atraídas hacia la ultraderecha, no es tan frecuente que se mencionen y, menos aún, que se profundice en ellos como causas de que los hombres sí se sientan más atraídos por esas formaciones y grupos. Sin embargo, es lógico que esas percepciones sobre el género influyan más en hacer la ultraderecha atractiva para los hombres que en hacerla repulsiva para las mujeres. Después de todo, cuadran bien con otros rasgos ideológicos de la ultraderecha y, en especial, con su idea de la superioridad del varón heterosexual blanco (o de la etnia dominante).

Al mismo tiempo, la imagen masculina de la ultraderecha, según la caracterizan tanto sus seguidores como sus oponentes, tiende a resultar desproporcionadamente atractiva entre los varones, sobre todo hombres de menor nivel de estudios o de mayor edad. Aunque muchas mujeres de parecidas características tienen también opiniones tradicionales en materia

de género, esa imagen masculina no las anima especialmente a participar de forma activa en esos grupos. Además, la asociación de la ultraderecha con la violencia disuade a muchas mujeres, pero atrae a ciertos hombres. Los grupos de extrema derecha son a menudo atractivos para jóvenes (varones) que anhelan un cierto sentido de camaradería marcial reforzada por enfrentamientos violentos (ocasionales) con antifascistas.

La mayoría de las formaciones ultraderechistas también apelan más a la activación política de los hombres que a la de las mujeres. Corresponde a los hombres, según aquellas, «asegurar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para los niños blancos». Los grupos de extrema derecha promueven la imagen de unos hombres fuertes activos como defensores de unas mujeres débiles pasivas. Cierta propaganda trata de movilizar a los hombres atacándolos por no proteger a «sus» mujeres del peligro de ser asesinadas y violadas por hombres «foráneos», e incluso intentan avergonzar a quienes no son aún activos señalando que, por culpa de su pasividad (femenina), algunas mujeres tienen que pasar a la lucha activa (masculina). Los partidos de derecha radical populista lanzan mensajes bastante similares, aunque de un modo más sutil y menos violento.

Desde la visión ultraderechista del mundo, lo natural es que los hombres sean políticamente activos. Por lo general, no se tiene esa misma percepción a propósito de las mujeres. Por ello, es habitual que las mujeres ultraderechistas justifiquen su activismo político apelando a su maternidad. Se afilian a organizaciones de ultraderecha porque sienten «miedo por el futuro de mis hijos». Incluso algunas líderes ultraderechistas han recurrido a ese latiguillo. Sarah Palin se presentó a sí misma en la campaña de las presidenciales estadounidenses de 2008 como una *hockey mom*, mientras que Pauline Hanson se veía a sí misma como madre de su nación cuando, en 1998, declaró que «Australia es mi hogar y los australianos son mis hijos». Pero las mujeres ultraderechistas no solo son más habitualmente reticentes a participar en política, sino que también es más frecuente que las

que participan digan que lo hacen por casualidad. De las entrevistas con activistas de grupos y partidos de ultraderecha (en Europa y en Estados Unidos), se infiere que casi todos los miembros activos hombres dicen haber tomado la decisión consciente de activarse políticamente, mientras que una minoría significativa de las mujeres dicen que ellas participan porque lo hace algún pariente cercano suyo o porque acabaron en aquel movimiento de forma más o menos fortuita.

Igual que el sexismo benévolo crea un espacio para las mujeres como madres, el sexismo hostil también reserva oportunidades para aquellas mujeres que cumplan con su ideal de feminidad. Estrellas de la *alt-right* en las redes como la estadounidense Lana Lokteff (del sitio web y canal televisivo *Red Ice*) y la canadiense Lauren Southern (antes asociada con *Rebel Media*) son mujeres jóvenes que promocionan un mensaje de ultraderecha con su imagen de belleza nórdica hipersexualizada. Asimismo, algunos de sus colegas masculinos, como el marido sueco de Lokteff, Henrik Palmgren, y su compatriota Marcus Folin (alias *El Dorado*), representan la masculinidad tradicional del (mítico) vikingo nórdico.

Como ya nos podemos imaginar, dado el amplio apoyo femenino que reciben los grupos y partidos de la derecha tradicional, el sexismo no es la razón principal por la que los niveles de apoyo de las mujeres a la ultraderecha son (mucho) menores que los de los hombres. Tampoco lo es la impresión popular equivocada de que las mujeres son menos nativistas y autoritarias, o de que tienen una solidaridad «natural» con otros colectivos marginados. Muchas encuestas muestran que, en general, las mujeres tienen opiniones bastante similares a las de los hombres en temas como la delincuencia, la inmigración y el terrorismo, entre otros muchos. Por consiguiente, cuando apoyan a partidos ultraderechistas, las mujeres suelen hacerlo por los mismos motivos en general que los hombres: por oposición a la inmigración y por preocupación por la delincuencia y la inseguridad.

Lo que distingue a las votantes de los votantes es una menor confianza política en sí mismas (un menor sentido de eficacia) y su mucho menor tolerancia de la violencia. En casi todas las culturas nacionales y subculturas, la ultraderecha se asocia a violencia, ya sea por sus acciones, por la forma que tiene de presentarse a sí misma (en el vestir y en los símbolos) o por el tratamiento sensacionalista que le dispensan los medios. Durante gran parte de la era de la posguerra, se consideró que incluso la derecha radical populista no violenta estaba fuera del sistema político convencional y, por lo tanto, que era inaceptable desde un punto de vista tanto ideológico como social. Por ello, incluso muchas mujeres que defienden actitudes autoritarias y nativistas se niegan a apoyar a formaciones y partidos ultraderechistas, ya sea por (la asociación de estos con) la violencia o porque no se sienten suficientemente seguras para apoyar a un grupo tan inaceptable desde la perspectiva social.

Ahora bien, todo eso está cambiando. Las mujeres están adquiriendo cada vez más una confianza política en sí mismas tan grande como la de los hombres. Por otra parte, durante la cuarta ola, la ultraderecha y, en particular, la derecha radical populista, está siendo objeto de un proceso de creciente desmarginación y normalización. Muchos grupos y partidos de derecha radical populista han «ablandado» su imagen recurriendo a colores y símbolos más suaves, y haciendo más destacada la presencia de mujeres. El mejor ejemplo de ello es la estrategia de *dédiabolisation* («des-demonización») seguida por Marine Le Pen, que, aunque apenas ha moderado a su partido en el plano ideológico, sí lo ha dotado de una imagen más «femenina» y, por consiguiente, «más suave». Por ejemplo, durante su campaña para las presidenciales de 2017, utilizó solamente su nombre de pila, Marine, en un intento de distanciarse personalmente de la reputación de mayor extremismo y violencia que acompañaba a su padre, y prefirió usar como símbolo una rosa en vez de la llama propia del logo del partido (de marcadas connotaciones fascistas).

Optar por una imagen más «femenina» es una maniobra que, desde luego, no está exenta de riesgos para las formaciones ultraderechistas. Aunque puede atraer a algunas mujeres, poco comprometidas hasta entonces, también puede desanimar a hombres que sí estaban comprometidos con el partido o grupo en cuestión y que se sentían atraídos por la ultraderecha precisamente por su imagen «masculina». Esto es así sobre todo en el caso de organizaciones de extrema derecha más pequeñas, como los grupos de cabezas rapadas o neonazis, que, para sus miembros (mayoritariamente varones), funcionan más como una banda (delictiva) que como un partido (político).

En vista de las motivaciones en parte diferentes que los hombres y las mujeres tienen para ingresar en grupos ultraderechistas o para (no) votar a partidos de derecha radical populista, parece evidente que el análisis de las respuestas a la ultraderecha debería considerar una perspectiva de género. Así, por ejemplo, del mismo modo que subrayar el carácter violento de la ultraderecha puede ser una barrera para que las mujeres se acerquen a esta, puede también hacer que algunos hombres tengan más ganas de unirse a formaciones de ese signo. En este sentido, algunos estudios muestran que «personalizar» el nativismo y el racismo —aportando experiencias personales y detalladas de víctimas— es muy eficaz entre las chicas y las mujeres, pero no tanto entre los chicos y los hombres. Y los programas de salida para activistas de extrema derecha deberían considerar actividades y grupos alternativos que atraigan a muchachos y hombres que sostienen unas interpretaciones tradicionales de la masculinidad, pero sin reforzarlas (y, sobre todo, sin reforzar una masculinidad tóxica). Por último, es necesario que, en esa clase de programas, se aborde la sensación de inseguridad y nostalgia en la que se sustenta la supremacía masculina consagrada por (pero también, bastante oculta tras) la supremacía blanca.

10

DOCE TESIS SOBRE LA CUARTA OLA

Quiero acabar este breve libro con doce tesis que ilustran y resumen la evolución y los aspectos más importantes de la ultraderecha contemporánea. Algunas son exclusivamente aplicables a la cuarta ola de la ultraderecha de posguerra, que se inició con el comienzo del actual siglo, e ilustran que estamos ante un contexto político diferente del reinante durante la tercera ola, a finales del siglo XX. Aunque el fenómeno ultraderechista es, más o menos, idéntico que el de la tercera ola, al menos en lo que respecta a sus términos ideológicos, el contexto político en el que se mueve ha cambiado de forma espectacular debido, en parte, a la acción de la propia ultraderecha, pero, sobre todo, a hechos y fenómenos ajenos a su influencia directa.

1. LA EXTREMA DERECHA ES MUY HETEROGÉNEA

Solemos hablar de «la» ultraderecha como si constituyera una entidad homogénea, idéntica a lo largo del tiempo y el espacio. Pero la ultraderecha no es singular, sino plural. Registra significativas diferencias a propósito de una amplia diversidad de factores, entre los que destacan la ideología: ahí está el caso, por ejemplo, de la extrema derecha antidemocrática frente a la derecha radical anti-liberal-demócrata. La ultraderecha se moviliza por

medio de diferentes tipos de organizaciones (partidos, movimientos sociales o subculturas, por ejemplo) y actividades (elecciones, manifestaciones, violencia), aunque varios de sus activistas participan en más de uno de esos tipos de organizaciones y actividades a la vez. Algunos grupos y subculturas son globales, otros muchos son nacionales, y la mayoría son solo regionales o incluso locales. Además, no existe una correspondencia unívoca entre el tipo de ideología y el tipo de organización: hay partidos de extrema derecha (por ejemplo, XA) y movimientos de derecha radical (por ejemplo, PEGIDA).

Pero incluso dentro de la subcategoría más relevante de la ultraderecha, que es la de los partidos de derecha radical populista, se observan diferencias tan pronunciadas como sus similitudes. Los partidos difieren entre sí en aspectos como la edad de sus seguidores, el éxito electoral, la historia y herencia previas, los dirigentes, la organización y la relevancia política. Hay partidos poco organizados, históricamente de extrema derecha, y de escaso éxito electoral, como el Partido Nacional Renovador de Portugal, pero también hay partidos bien organizados, con varias décadas de historia como tales, que se cuentan entre los electoralmente más exitosos de su país, como RN en Francia o el BJP en la India. Los hay asimismo que nacieron en el ámbito de la extrema derecha, como SD en Suecia, pero también otros que son partidos conservadores transformados, como Fidesz o el SVP suizo.

2. LA DERECHA RADICAL POPULISTA SE HA DESMARGINADO

Aunque la extrema derecha continúa siendo eminentemente marginal (y marginada), la que se ha desmarginado en la mayoría de las democracias occidentales es la derecha radical populista. La desmarginación se produce porque los partidos de derecha radical populista y los convencionales

centran su atención en temas cada vez más similares, y porque también defienden posturas más parecidas en esos temas. El cambio puede proceder por la vía de una moderación de la derecha radical populista, de una radicalización de las formaciones prosistema, o de un movimiento simultáneo de la primera y de las segundas hacia una mayor convergencia entre ambas.

Al comienzo de la tercera ola, de los partidos de derecha radical populista se decía que eran formaciones de «nicho» electoral, especializadas sobre todo en temas socioculturales como la delincuencia y la inmigración. Los partidos tradicionales, sin embargo, competían principalmente sobre la base de temas socioeconómicos como la fiscalidad y el desempleo. Pero en las dos últimas décadas, las cuestiones socioculturales han pasado a dominar la agenda política. En la mayoría de los países europeos, y en Australia y Estados Unidos también, el debate político está dominado por los temas socioculturales y por la llamada «política de la identidad», que engloba una defensa más o menos explícita de la supremacía blanca frente a la creciente politización de las minorías étnicas y religiosas. Los socioculturales han dejado así de ser temas de «nichos» electorales, ya que los partidos tradicionales también dan ahora prioridad a esas cuestiones (en sus campañas, al menos) sobre las de carácter más propiamente socioeconómico. Podría incluso decirse que, actualmente, los de «nicho» especializado son los temas socioeconómicos.

Ahora bien, los partidos de la derecha tradicional y la radical populista no solo abordan los mismos temas, sino que también se posicionan de un modo cada vez más parecido sobre los mismos. Los estudios muestran que esto es más una consecuencia de la radicalización de los partidos convencionales que de la moderación de los de la derecha radical populista. De hecho, en las décadas recientes, la derecha radical populista apenas se ha moderado, ni siquiera cuando ha estado en el gobierno. Han sido los partidos tradicionales los que se han radicalizado, moviéndose hacia la

derecha (radical populista) en cuestiones como, sobre todo, la inmigración y la integración, pero también en temas de orden público, integración europea (o colaboración internacional en general) y populismo.

El protagonismo de temas socioculturales como la inmigración y el terrorismo, unido a la radicalización de los partidos convencionales, está relacionado sin duda con ciertos sucesos políticos concretos, como los atentados terroristas yihadistas y la llamada «crisis de los refugiados», pero es importante recordar que tales sucesos se han presentado desde un determinado enfoque político: la llegada de más de un millón de solicitantes de asilo a Europa en 2015 pudo haberse abordado y debatido como una tragedia humanitaria en vez de como una amenaza a la cultura y la soberanía nacionales. Y aunque lo que muchos partidos tradicionales habían adoptado de la derecha radical populista hasta entonces era su discurso, ahora están asimilando cada vez más su manera de enfocar los temas y, con ello, también sus políticas, lo cual tiene unas consecuencias generales importantes para la política contemporánea en su conjunto.

A medida que los temas socioculturales han pasado a dominar la agenda política y que los partidos convencionales han ido adoptando cada vez más los enfoques de la derecha radical, los partidos de derecha radical populista han aumentado no solo su apoyo electoral (como cabía esperar), sino también su impacto político. De hecho, en algunos países ya no tienen que formar siquiera parte (oficialmente) del gobierno para dictar una parte significativa de la agenda de este, sobre todo en cuanto a las políticas de inmigración e integración: así ocurre o ha ocurrido en la República Checa, Francia o el Reino Unido. Es importante recordar que esto está teniendo lugar mientras los partidos de derecha radical populista son aún —en casi todos los países— una minoría política que, de media, representan la tercera fuerza de sus sistemas políticos.

3. LA POLÍTICA DE LA DERECHA RADICAL POPULISTA YA NO SE CIRCUNSCRIBE A LOS PARTIDOS DE DERECHA RADICAL POPULISTA

Una de las consecuencias de la desmarginación es que la política de la derecha radical populista ya no está (eminentemente) circunscrita a los partidos de derecha radical populista. Ciertas declaraciones que, en la tercera ola, eran exclusivas de las formaciones de derecha radical populista son ahora, en la cuarta ola, expresiones «de sentido común» político. Hablamos de una tendencia que estuvo circunscrita durante un tiempo dentro de los límites de una relativa moderación. Por ejemplo, diversos líderes de partidos convencionales (desde el anterior presidente francés Nicolas Sarkozy hasta la canciller alemana Angela Merkel) han declarado en algún momento que el multiculturalismo ha fracasado, y también otros (como el anterior presidente checo Václav Klaus y el primer ministro neerlandés Mark Rutte) han defendido que la integración europea ha ido demasiado lejos y que la UE se ha convertido en un «Saturno burocrático» que amenaza con devorar a la democracia de sus Estados miembros. En Estados Unidos, ciertas figuras (neo)conservadoras del Partido Republicano, como el senador por Texas Ted Cruz, se hicieron eco de teorías conspirativas de la ultraderecha referidas a la ONU (y a un presunto «Nuevo Orden Mundial») mucho antes de que el presidente Trump las llevara consigo a la Casa Blanca.

Pero tras décadas de respuestas autoritarias y nativistas tanto a los atentados terroristas yihadistas como a la llamada «crisis de los refugiados» de 2015, ha cambiado, no ya el discurso, sino también lo han hecho las políticas. Muchos dirigentes políticos de la Europa Central y del Este han comparado la «crisis de los refugiados» con una invasión musulmana y algunos han pedido incluso la vigilancia permanente de todos los musulmanes de su país; una mayoría de los gobernadores republicanos en Estados Unidos apoyaron la instauración de una «moratoria

antimusulmana» en la política inmigratoria. Incluso países donde no hay un partido de ultraderecha fuerte en la oposición, como Australia o Eslovenia, tienen grandes partidos tradicionales (de derecha) que abogan por implantar políticas nativistas contundentes. De hecho, la brutal política que Australia aplica a los refugiados se ha convertido en fuente de inspiración para partidos de derecha radical populista de toda Europa.

4. LAS FRONTERAS SE HAN DIFUMINADO

Una de las consecuencias de la desmarginación de los partidos de derecha radical populista, y de la creciente disociación entre tipos de políticas y tipos de partidos, es que los límites de la separación entre partidos tradicionales (de derecha) y partidos de derecha radical populista se han ido volviendo cada vez más porosos. Por ejemplo, comparados con sus antecesores (la Unión por un Movimiento Popular y el FN) de la tercera ola, las diferencias entre Los Republicanos y el RN de la cuarta ola en Francia son ya marginales. ¿Y por qué seguimos considerando a partidos como el Likud israelí y el Republicano estadounidense como pertenecientes a la derecha tradicional, pero encuadramos a otros como el DF danés o el Partido del Progreso noruego en la categoría de la derecha radical populista? Este fenómeno de difuminación es más pronunciado todavía en buena parte de la Europa oriental, con partidos como la Unión Democrática Croata o la letona Alianza Nacional o el Partido Demócrata Esloveno.

Estamos ante una cuestión de gran importancia tanto moral como política que tiene que ser examinada de forma más abierta y crítica en los debates tanto académicos como públicos. Durante décadas, la ultraderecha ha sido postergada, pues se la consideraba asociada a grupos amorales y marginados. Por definición, los partidos convencionales o tradicionales no eran de derecha radical populista y no implementaban políticas de ese tipo. Eso implicaba que, de forma mayormente implícita, se asumiera que el

único desafío a la democracia liberal viniera de fuera —y no de dentro— del círculo de los actores convencionales o tradicionales del sistema político. Es evidente que ese argumento ya no es defendible hoy en día. Muchas de las políticas que algunos partidos convencionales (no solo de derecha, sino también de izquierda, y ahí están los casos de los Gobiernos de Hollande —en Francia— y de Renzi —en Italia— para demostrarlo) han propuesto o, incluso, aprobado y aplicado en materia de inmigración son prácticamente idénticas a las que, durante la tercera ola, proponían los partidos de derecha radical populista exclusivamente. Están impregnadas de una cosmovisión autoritaria, nativista o populista, con independencia de si esos partidos convencionales las adoptaron por motivos oportunistas o si lo hicieron porque se habían transformado ideológicamente de verdad.

5. LA DERECHA RADICAL POPULISTA ESTÁ CADA VEZ MÁS NORMALIZADA

Poco debería sorprendernos el hecho de que, a medida que se difumina la frontera que separa la política de los partidos tradicionales y la de la derecha radical populista, los partidos de esta última estén siendo normalizados de manera creciente. La extrema derecha, todo sea dicho, sigue siendo objeto mayoritariamente de rechazo, aunque incluso eso está cambiando. Por ejemplo, el presidente brasileño Bolsonaro ha flirteado abiertamente con la idea de un gobierno de militares, y el presidente estadounidense Trump defendió a los agitadores de la *alt-right* que se manifestaron en Charlottesville. Y el mayor partido del mundo, el BJP indio, forma parte de una subcultura *hindutva* que abarca a grupos abiertamente extremistas y violentos. No obstante, en la mayoría de los casos, el apoyo a la extrema derecha desde la corriente principal del sistema político sigue silenciado o, cuando sí se expresa públicamente, suscita una amplia oposición.

Esto contrasta marcadamente con la tolerancia e incluso aceptación creciente con las que son acogidos los partidos de derecha radical populista (y, en especial, sus ideas) desde círculos empresariales, asociativos, económicos, mediáticos y políticos. La tolerancia y la aceptación han alcanzado nuevas cotas a raíz del *brexit* y de la victoria de Trump en 2016, tras los que se observó un aluvión de comprensión del comportamiento del «electorado de clase trabajadora», explicado a través de enfoques descaradamente populistas: se decía que el pueblo llano (la gente que es «de un lugar concreto») actuaba así porque era la víctima política de una élite desconectada (esa otra gente que es «de cualquier lugar»). No han sido solamente medios de derecha (como, por ejemplo, los del imperio Murdoch en los países anglosajones) los que han aplicado tales encuadres a lo sucedido; también fueron adoptados de forma entusiasta por muchos medios liberales de centroizquierda. Al margen de que esa interpretación de los hechos reduce la base social del apoyo a la derecha radical populista a la clase trabajadora, lo que es empíricamente incorrecto, supone también una problemática caracterización simplista de esa clase trabajadora, que circunscribe a un grupo de personas blancas y nativistas.

El argumento de que los votantes de derecha radical populista emiten un voto de protesta, más que de apoyo al programa de la derecha radical en sí, ha estado presente desde el comienzo de la tercera ola, a principios de los años ochenta. Lo que distingue a la cuarta ola de la anterior es que, si bien entonces esos votantes eran caracterizados como un electorado crédulo y engañado, hoy se lo describe cada vez más como si la suya fuera la voz del sentido común. Por decirlo en términos populistas, es «el pueblo» (reducido a los votantes de la derecha radical) el que es «auténtico» y «moral», y es «la élite» (es decir, el conjunto de los partidos prosistema) la que es «cosmopolita» y «corrupta». Y aunque es cierto que este no es (todavía) el relato dominante, no lo es menos que ya ha penetrado de forma sensible en

círculos tanto conservadores como liberales (de centroizquierda), y tanto políticos como académicos.

6. LA EXTREMA DERECHA ES UNA PATOLOGÍA NORMAL; LA DERECHA RADICAL POPULISTA ES UNA NORMALIDAD PATOLÓGICA

Durante la mayor parte de la era de la posguerra, se consideró que la ultraderecha era una «patología normal» de la democracia occidental, es decir, un fenómeno premoderno, desconectado ideológicamente de la democracia moderna y apoyado solamente por una reducida minoría de la población. En realidad, la tesis de la llamada «patología normal» nunca pasó de ser parcialmente cierta, en el mejor de los casos. En términos generales, era válida solo para el caso de la extrema derecha, pues el apoyo al racismo (manifiesto) y, en particular, a los regímenes no democráticos estaba limitado a una pequeña minoría de la población en la mayoría de los países.

La derecha radical populista, sin embargo, tiene mucho más de normalidad patológica, es decir, de radicalización de los valores del sistema convencional apoyada por unas minorías reseñables (o por mayorías simples o absolutas incluso) del electorado. En las encuestas que se han realizado en países que van de Austria a Estados Unidos, o de Brasil a la India, se ha puesto de manifiesto que gran parte de sus poblaciones respectivas defienden actitudes autoritarias, nativistas y populistas. Además, estas actitudes están claramente relacionadas con ideologías y valores ya presentes en el sistema convencional tradicional, como son los sentimientos antisistema o el apoyo al Estado nación y a las políticas de seguridad y orden públicos. Eso no quiere decir que la mayoría absoluta (o siquiera simple) de las ciudadanías de las democracias occidentales esté a favor de una ideología de derecha radical populista, ni que no exista una

diferencia significativa entre las ideologías de los partidos tradicionales y las de los de esa derecha radical, pero la diferencia es, sobre todo, de «grado» más que de «tipo». La derecha radical populista no defiende un mundo fundamentalmente diferente del que se defiende desde el sistema político convencional; lo que hace es llevar a un extremo iliberal ciertas ideas y valores ya presentes en el sistema tradicional.

7. EL AUGE DE LA DERECHA RADICAL POPULISTA RESPONDE MÁS A UN DESALINEAMIENTO QUE A UN REALINEAMIENTO (DE MOMENTO)

Cuando los partidos verdes y de la nueva izquierda hicieron sus primeras incursiones importantes en los sistemas políticos de Europa occidental y América del Norte, los politólogos argumentaron que estábamos experimentando un proceso de desalineamiento y, en paralelo, de realineamiento. Dicho de otro modo, el electorado no solo estaba rompiendo sus viejos lazos con los partidos establecidos (desalineamiento) sino que también estaba forjando unos vínculos nuevos con los partidos verdes y de la nueva izquierda (realineamiento). Algo parecido han sostenido ahora numerosos analistas al comentar que la clase trabajadora blanca ha cambiado los partidos socialdemócratas por los de la derecha radical populista.

Pese a los sorprendentemente elevados niveles de lealtad de voto registrados entre el electorado de la derecha radical populista en los años noventa, como los que se apreciaban sobre todo en los votantes del FN y del FPÖ, precisamente estos dos partidos sufrieron grandes pérdidas de apoyo electoral a principios de la década de 2000. Y aunque han repuntado desde entonces, su caso evidencia que el realineamiento no deja de ser parcial, a lo sumo. Más de la mitad de las personas que votaron a Marine Le Pen en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 no fueron a votar al

FN en las elecciones legislativas de dos meses después. Esto es aún más claro en el caso de la mayoría de los demás partidos de la derecha radical, sobre todo en la Europa Central y del Este, donde su apoyo se ha demostrado altamente volátil, salvo el de los partidos conservadores reconvertidos en derecha radical populista de Hungría y Polonia, que han podido valerse de los recursos del Estado para mantener su base de apoyo, al menos por el momento. La consecuencia de esa evolución es que, aun en el caso de que los partidos de derecha radical populista regresen en un futuro más o menos inmediato a la marginalidad electoral (algo que, en cualquier caso, se nos antoja ahora mismo improbable), los sistemas de partidos ya no volverán a los estables orígenes de los que partieron.

8. LA ULTRADERECHA ES UN FENÓMENO CON UN CLARO COMPONENTE DE GÉNERO

Como ocurre con todos los fenómenos políticos, la ultraderecha tiene un componente de género que se manifiesta en un sentido complejo y polifacético. La mayoría de los grupos ultraderechistas son sexistas ambivalentes, lo que quiere decir que combinan aspectos de sexismo benévolo y sexismo hostil. Aun cuando pongan a «sus» mujeres en un pedestal, tratan con virulenta hostilidad a aquellas otras que no se ajustan a las normas del sexismo benévolo (en lo relativo a la reproducción o la sexualidad) o del nativismo/racismo (por ejemplo, cuando se relacionan con parejas que no son de su cultura o su «raza»). Asimismo, aunque predominan ciertas interpretaciones más tradicionales de la masculinidad (en las que se espera de los hombres que actúen como protectores fuertes de las débiles mujeres), existe también una masculinidad tóxica que paga la frustración mental y sexual con aquellas mujeres consideradas independientes y «dogmáticas» y que destaca cada vez más, sobre todo dentro del ámbito de las comunidades ultraderechistas en las redes y otras

relacionadas (como las de los *incels* y las de la *manosfera*). La masculinidad tóxica también ha convertido a las mujeres en principal blanco de cierta violencia política de signo ultraderechista.

Casi todos los grupos de ultraderecha comparten las tesis del familismo, para el que las mujeres son, ante todo, madres y, como tales, esenciales para la supervivencia de la nación/raza. Aparte de eso, las normas de género ultraderechistas están principalmente determinadas por la cultura. Casi todos los grupos de ultraderecha son los que suscriben normas más tradicionales en materia de género dentro de sus propios contextos culturales nacionales respectivos. Pero las percepciones «tradicionales modernas» en boga en las formaciones ultraderechistas del norte de Europa (favorables a las mujeres trabajadoras y, en muchos casos, al derecho al aborto y al divorcio) serían consideradas progresistas en muchos países meridionales y colisionan en lo fundamental con las tesis tradicionales que allí defienden la mayoría de las formaciones ultraderechistas, que no conciben a las mujeres más que como madres.

La propaganda de la ultraderecha está plagada de feminacionalismo: es decir, del uso de las mujeres y los argumentos feministas (como el de la igualdad de género) al servicio del nativismo y, en particular, de la islamofobia. A las mujeres (y a las niñas) se las caracteriza como personas vulnerables que viven bajo la amenaza de los «foráneos» (nacionales del propio país o extranjeros) y dependen de la protección de «sus» (masculinos) hombres. Solo dentro del contexto de la islamofobia vemos a las formaciones ultraderechistas defender la igualdad de género y los derechos de las mujeres, pues, de ese modo, contraponen un «Occidente» igualitario con un «islam» misógino. Como defienden también que la igualdad de género es un objetivo ya alcanzado, incluso los partidos de derecha radical populista del norte de Europa votan en contra de las políticas de igualdad de género y rechazan las cuotas para mujeres por considerarlas simples medidas «de cara a la galería», ya que «las mujeres

reales» no necesitan que el Estado proteja su igualdad. Cuando han estado en el poder, la mayoría de los partidos ultraderechistas han tratado de debilitar a las organizaciones feministas y marginar u oponerse a las iniciativas de transversalización de género, y crear y subvencionar en su lugar una infraestructura familista de derecha.

La ultraderecha continúa siendo un fenómeno predominantemente masculino y de hombres en lo que a sus dirigentes, miembros y votantes se refiere. Esto es particularmente así en el caso de grupos de extrema derecha más pequeños, en los que cierta camaradería marcial y cierta imagen y práctica de la violencia atraen a un subconjunto específico de hombres, al tiempo que generan repulsión en la mayoría de las mujeres. Pero las cosas están cambiando. Cada vez es más habitual que haya mujeres dirigentes en la ultraderecha, que se les dé mayor visibilidad pública y que no se ajusten a la imagen tradicional de la feminidad: destaca, en ese sentido, el ejemplo de Marine Le Pen (RN). Y cada vez son más los líderes hombres que rompen con la imagen masculina tradicional, como Jimmie Åkesson (de SD) o Tom Van Grieken (del VB). Puesto que el principal motivo de que las mujeres estén infrarrepresentadas en la ultraderecha es que esta está habitualmente relacionada con la violencia (la cual genera mucho mayor rechazo en las mujeres que en los hombres), ese cambio en la dirección de esas formaciones, unido a la desmarginación y a la «suavización» de su propaganda, podrían ayudar a hacer más atractivos los partidos de derecha radical populista (como mínimo) para las mujeres, que todavía son, a día de hoy, un electorado bastante poco aprovechado por la ultraderecha.

9. NINGÚN PAÍS ES INMUNE A LA POLÍTICA ULTRADERECHISTA

Durante mucho tiempo hemos creído que ciertos Estados o sociedades eran inmunes a la política de la ultraderecha. Los estadounidenses y los

británicos afirmaban que sus países eran excepciones porque eran intrínsecamente democráticos y tenían la experiencia de no haber sucumbido a las tentaciones fascistas durante las primeras décadas del siglo XX. Neerlandeses y suecos creían que sus sociedades eran tan liberales que los partidos de la derecha radical populista jamás podrían arraigar allí. Y muchos pensaban que Alemania había quedado tan profundamente impactada por el trauma del Holocausto y por su impresionante proceso de *Vergangenheitsbewältigung* («afrontamiento del pasado») que ninguna fuerza de ultraderecha podría nunca recuperar el apoyo popular dentro de su represor sistema de democracia militante. Asimismo, hacía tiempo que los expertos en la cuestión argumentaban que el recuerdo (aún vivo) del régimen autoritario derechista de Franco explicaba la ausencia de un partido de derecha radical populista electoralmente exitoso en España.

Hoy sabemos que nada de eso era verdad. Y aunque todavía quedan países (como Canadá o Portugal) donde los partidos de ultraderecha no han triunfado en las urnas, esa ausencia se explica más por un problema de oferta que por una falta de demanda. Esos países también son terreno abonado para la política de la derecha radical populista. Simplemente, no han encontrado aún el partido o el emprendedor político de ese signo ideológico que sea el idóneo para su contexto político específico, lo cual puede cambiar con la misma rapidez que estamos viendo ahora en España, por ejemplo, donde Vox ha conseguido lo que varios partidos ultraderechistas previos no habían acertado a conseguir. Ayudado, todo hay que decirlo, por circunstancias concretas como las tensiones en torno al independentismo catalán y los grandes escándalos de corrupción en el seno del conservador Partido Popular, Vox ha adquirido rápidamente relevancia, no ya en el plano electoral, sino incluso en el de las políticas que se discuten e implementan.

10. LA ULTRADERECHA HA VENIDO PARA QUEDARSE

La ultraderecha ha llegado y no se va a ir. Esto es algo que puede decirse también, incluso, de la extrema derecha, que sobrevivió al entorno de represión de los movimientos y regímenes fascistas que originalmente la inspiraron tras la derrota de estos en 1945. Y que conste que son pocos los indicios que señalan que los partidos o políticos de extrema derecha vayan a regresar al poder político. Ni siquiera en Grecia, que probablemente sea la democracia que más se asemeja de todas a la Alemania de Weimar, los neonazis de XA tienen visos de romper con su extraordinariamente estable franja de apoyo electoral de entre el 5 y el 7 % de los votos. Dicho lo anterior, tampoco hay que olvidar que dos de los hombres más poderosos del mundo han elogiado hace poco a determinados actores o ideas de la extrema derecha: el presidente brasileño Bolsonaro (a propósito de la dictadura militar) y el presidente estadounidense Trump (a propósito de los manifestantes de la *alt-right* en Charlottesville). Por otra parte, el antisemitismo y el racismo han regresado al centro del debate político, ya sea de un modo más implícito (en los medios tradicionales), ya sea de forma más explícita (en las redes sociales).

Además, se aprecia un incremento claro de la violencia de la extrema derecha, tanto la verbal como la física. Las amenazas de uso de la violencia por parte de activistas y troles (anónimos) de ultraderecha continúan siendo habituales en las redes sociales, aunque muchas plataformas hayan adoptado últimamente una actitud más vigilante y represiva de esos mensajes, y, con ello, estén estrechando sin prisa (pero sin pausa) el espacio virtual dentro del que la extrema derecha puede operar. Tanto la violencia verbal como la física han estallado a raíz de la «crisis de los refugiados», con insultos y ataques violentos tanto contra los «extranjeros» como contra los «nativos» a quienes se acusa de apoyar a los foráneos. Tras décadas de obsesión con el terrorismo yihadista en detrimento de la vigilancia de (otras) amenazas terroristas internas, muchos países advierten cada vez más

de la creciente amenaza que representa el terrorismo de ultraderecha. Hasta el momento, la mayoría de los atentados de importancia han sido cometidos por atacantes solitarios, pero incluso estos mantenían lazos de conexión estrechos con la comunidad virtual de la ultraderecha en las redes.

En vista de que sus fundamentos, aunque radicalizados, están relacionados con valores presentes en el propio sistema político convencional, y de que su éxito más reciente está ligado a cambios estructurales y evidencia la importancia de ciertas cuestiones y temas, difícilmente podemos encontrar motivos para suponer que la derecha radical populista haya tocado ya su techo electoral o político. Pero, si bien el apoyo social a las ideas de la derecha radical populista es relativamente estable, muchos partidos de ese signo tienen todavía unos electorados muy volátiles, lo cual se debe a que la prominencia de sus temas depende mucho del contexto político general y varía en el tiempo y en el espacio. A fin de cuentas, la política es, ante todo, local antes que global.

A largo plazo, sin embargo, la derecha radical populista sí se enfrenta a retos muy serios. Aunque sus temas clave de campaña —relativos a la integración cultural, económica y política— continuarán siendo relevantes aún durante bastante tiempo, muchas sociedades se están transformando a gran velocidad y están aumentando en ellas los niveles de diversidad y de aceptación de esa diversidad. Según las previsiones, en pocas décadas, Estados Unidos se convertirá en un país donde las minorías sumarán mayoría, y aunque la mayor parte de los países europeos están todavía muy lejos de llegar a algo parecido, no lo están ya varias de sus principales ciudades. Además, aunque muchos partidos de derecha radical populista están obteniendo un rédito político del malestar de la ciudadanía que vive en las periferias geográficas, ahora que una nueva división urbano-rural se ha vuelto a asentar en numerosos países, la mayoría de los Estados continúan inmersos en un proceso de (sub)urbanización, pues la población rural no deja de envejecer y disminuir. Y las encuestas muestran que las

generaciones jóvenes y las poblaciones urbanas aceptan mucho mejor la realidad multicultural, lo que las hace menos propensas a apoyar ideas y partidos de derecha radical populista. No obstante, mientras los jóvenes sigan votando en porcentajes mucho menores que la gente mayor, los políticos de los partidos convencionales seguirán dirigiendo su mensaje más a los mayores que a la gente joven.

11. NO HAY UNA ÚNICA FORMA ÓPTIMA DE LIDIAR CON LA ULTRADERECHA

Dada la elevada diversidad de la ultraderecha como fenómeno, no existe una única forma óptima de lidiar con ella. En primer lugar, los grupos violentos requieren que se aplique con ellos una estrategia distinta de la que cabría aplicar a los no violentos. La labor de lidiar con la ultraderecha violenta —que, predominantemente, es extrema derecha— debe ser en esencia una labor policial y judicial. La mayoría de los países ya tienen en vigor las leyes necesarias para ello y disponen de suficiente personal en sus maquinarias estatales. Lo que en muchos de ellos falta, sin embargo, es voluntad para reconocer la amenaza que representa la ultraderecha, y para usar los recursos represivos de que disponen para hacerle frente. Es importante que incluso los ultraderechistas violentos (individuos y colectivos) sean combatidos dentro de los límites de la democracia liberal, pues cualquier exceso relativo a la vulneración de derechos humanos y al uso de la fuerza podría crear, no ya una reacción adversa de carácter violento, sino incluso un debilitamiento de la democracia liberal en sí, lo que haría que el remedio fuera peor que la enfermedad.

Las ideas y los grupos ultraderechistas no violentos deberían abordarse por la vía de las iniciativas educativas y políticas. Teniendo en cuenta el apoyo limitado con el que cuenta, la extrema derecha representa un problema mucho menor que la mucho más popular derecha radical

populista. Ni la exclusión a ultranza ni la inclusión sin reservas funcionan. La primera limita el espacio democrático liberal, mientras que la segunda socava la democracia liberal desde dentro. Hay quienes defienden que lo mejor sería mezclar esos dos enfoques mediante una estrategia de «captación», es decir, excluyendo a las organizaciones pero incluyendo las ideas; sin embargo, la evolución de los acontecimientos en países como Bélgica y Francia pone de manifiesto que eso contribuye muy poco a frenar el crecimiento de los partidos de derecha radical populista y ayuda, por el contrario, a que sus ideas y propuestas políticas sean más influyentes desde el momento en que pasan a ser impulsadas por los partidos tradicionales.

Dado que la ultraderecha siempre es, preeminentemente, un producto de las condiciones locales y nacionales específicas, el mejor modo de afrontar el desafío que representa es mediante un enfoque que se desarrolle en concordancia con tales condiciones. Por ejemplo, que nos estemos enfrentando a un partido de un solo hombre (el PVV) o a uno de masas (el BJP) será un factor que tendrá una relevancia fundamental con vistas a elaborar una buena respuesta. Por otra parte, la ultraderecha plantea un tipo diferente de amenaza si actúa en el marco de un sistema parlamentario que si lo hace dentro de un sistema presidencial, como también cambia la cosa si está en la oposición o si está gobernando (en coalición). Eso no significa que cada país (o localidad) deba afrontar el problema como si fuera el primero del mundo en hacerlo. Podemos aprender unos de otros, ya seamos países o, incluso, continentes diferentes, pero, en última instancia, la estrategia siempre debería ser local o nacional para que resulte efectiva.

12. TODO EL ACENTO DEBERÍA ESTAR PUESTO EN FORTALECER LA DEMOCRACIA LIBERAL

El fin último de todas las respuestas a la ultraderecha debería ser el fortalecimiento de la democracia liberal. Por decirlo en términos muy

simples: si nos limitamos a combatir la ultraderecha, no estaremos reforzando necesariamente la democracia liberal, pero, por definición, si reforzamos la democracia liberal, sí estaremos debilitando a la ultraderecha. Que una cosa y la otra no van invariablemente de la mano es algo que no siempre se sabe ver. Limitar la libertad de expresión o el derecho a manifestarse no solo vulnera los derechos democráticos de los activistas de ultraderecha, sino que mina la base de esos derechos en general y, por consiguiente, del régimen democrático liberal mismo. Y eso por no hablar de la tendencia a que las medidas represivas contra un grupo determinado sean luego aplicadas contra otros colectivos, incluidos algunos que no son ni «ultras» ni de «derecha».

Este no es el lugar para extenderse en detalles concretos de las estrategias aplicables. Pero permítanme que proponga, al menos, algunos principios orientadores. En primer lugar, haríamos bien en explicar por qué la democracia liberal es el mejor sistema político con el que contamos actualmente, y cómo protege a todos, también a los que están descontentos. Para ello, convendría que estuviéramos mejor (y más explícitamente) informados de las tensiones inherentes al sistema, en especial, de las que surgen entre el principio de la mayoría y los derechos de las minorías. En segundo lugar, deberíamos desarrollar y difundir alternativas políticas positivas basadas en la amplia familia de las ideologías democráticas liberales (es decir, democristianas, conservadoras, verdes, liberales y socialdemócratas). En tercer lugar, deberíamos recuperar la agenda política basándonos para ello en nuestros propios programas políticos; en vez de seguir la senda de los temas impulsados por la ultraderecha (y no digamos ya su forma de enfocarlos), deberíamos abordar los temas que nos conciernen (a nosotros y a la mayoría de la población) y postular nuestras propias posturas, inspiradas por nuestras ideologías. Obviamente, eso no debería llevar a la exclusión de ningún tema importante, ni siquiera de aquellos que actualmente asociamos a la ultraderecha (como la

delincuencia, la corrupción y la inmigración). En cuarto lugar, deberíamos fijar unos límites claros en cuanto a qué colaboraciones y posturas son congruentes con los valores democráticos liberales, y todo ello, a ser posible, antes de que la ultraderecha dé ese salto local que ya la ha convertido en un reto político serio en muchos países. ¡Solo si creemos en la democracia liberal, podremos defenderla!

Cronología

1948

El MSI entra por vez primera en el Parlamento italiano.

1951

Se funda el MSE en Malmö (Suecia).

1952

El SRP es ilegalizado en Alemania.

1956

El Movimiento Social Europeo, prohibido en los Países Bajos.

Los poujadistas entran en el Parlamento francés, Jean-Marie Le Pen entre ellos.

Se funda en Austria el FPÖ.

1961

Se funda en Suiza Acción Nacional por el Pueblo y la Nación.

1964

Se funda en Alemania el NPD.

1968

George Wallace vence en cinco estados en las elecciones presidenciales estadounidenses.

Se funda en Francia el GRECE.

1972

Se funda en Francia el FN.

1973

El Partido del Progreso entra por vez primera en el Parlamento danés.

El Partido del Progreso entra por vez primera en el Parlamento noruego.

1977

Christoph Blocher pasa a liderar la sección de Zúrich del SVP.

El Tribunal Supremo de Estados Unidos dicta sentencia contraria a la prohibición de una marcha del Partido Nacional Socialista de Estados Unidos en Skokie (Illinois).

1978

El VB entra en el Parlamento belga en una lista electoral no de partido.

1979

Se funda oficialmente el VB como partido político.

1980

Se funda en la India el BJP.

1982

El Partido del Centro entra por vez primera en el Parlamento de los Países Bajos.

1984

Se funda en el Parlamento Europeo el Grupo de las Derechas Europeas.

1985

Se funda en Grecia Amanecer Dorado (XA).

1986

El FN conquista treinta y cinco escaños en el Parlamento francés.

Jörg Haider se convierte en líder del FPÖ.

1987

Se funda B&H («Sangre y Honor») en el Reino Unido.

1988

Se funda SD en Suecia.

1989

Se funda en el Parlamento Europeo el Grupo Técnico de las Derechas Europeas.

Se funda en Checoslovaquia el SNS.

1990

Franjo Tudjman, elegido presidente de Croacia.

El SNS entra por vez primera en el Parlamento checoslovaco.

1991

Se funda la LN como partido político en Italia.

Se funda el Partido de la Gran Rumanía (PRM).

1992

Se ilegaliza la RSS en la India.

Se funda el Partido Liberal Democrático de Rusia.

El SNS entra en un gobierno de coalición presidido por Vladimír Mečiar.

El PRM entra por vez primera en el Parlamento rumano.

Los partidos belgas instauran un «cordón sanitario» contra el VB.

1993

Se levanta la prohibición de la RSS en la India.

El Partido Liberal Democrático de Rusia entra por primera vez en la Duma de ese país.

El Partido de la Gran Rumanía entra en un gobierno de coalición encabezado por Nicolae Văcăroiu.

El fundador de B&H, Ian Stuart Donaldson, fallece en un accidente de tráfico.

1994

La LN entra en un gobierno de coalición presidido por Silvio Berlusconi.

Ilegalizado en Israel el partido Kach.

1995

El MSI se transforma en la Alianza Nacional.

Se funda el DF como una escisión del Partido del Progreso en Dinamarca.

Un terrorista de ultraderecha mata a 168 personas en un atentado con camión bomba en Oklahoma City (Estados Unidos).

1996

El BJP forma un gobierno de coalición en la India.

1997

Se funda en Australia el ONP.

Se funda Conferencia Japón (Nippon Kaigi).

1998

El DF entra por vez primera en el Parlamento danés.

1999

La alianza Unión Nacional entra en el Parlamento israelí.

Se funda en el Reino Unido la EDL.

2000

El FPÖ entra en un gobierno de coalición.

Se funda en Grecia la Concentración Popular Ortodoxa.

2001

La LN regresa al poder dentro de un tercer Gobierno Berlusconi.

El DF apoya a un gobierno de derecha en minoría en Dinamarca.

2002

Jean-Marie Le Pen llega a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales.

2003

Se funda CPI en Roma.

Se funda en Francia el Bloque Identitario.

Se funda en Hungría el Jobbik.

2004

Se disuelve el Vlaams Blok («Bloque Flamenco») en Bélgica y lo sucede el Vlaams Belang («Interés Flamenco»).

2005

Jörg Haider se escinde del FPÖ y funda la Alianza por el Futuro de Austria.

2006

Geert Wilders funda el PVV y entra en el Parlamento neerlandés.

El SNS entra en un gobierno de coalición en Eslovaquia encabezado por Robert Fico.

2007

Se funda en el Parlamento Europeo el grupo Identidad, Tradición, Soberanía.

2008

Jörg Haider fallece en un accidente de tráfico.

La LN entra en un cuarto Gobierno Berlusconi de coalición.

John McCain escoge a Sarah Palin como compañera de candidatura en las elecciones presidenciales estadounidenses.

2009

Se pone en marcha el Tea Party como reacción contraria a los rescates económicos aprobados por el gobierno federal estadounidense.

2010

SD entra por vez primera en el Parlamento sueco.

Fidesz recupera el poder en Hungría logrando una mayoría constitucional.

El Jobbik entra por vez primera en el Parlamento húngaro.

En Noruega, un terrorista de ultraderecha mata a setenta y siete personas en un doble atentado: una explosión en Oslo y un tiroteo indiscriminado en Utøya.

Se funda en Eslovaquia el L’SNS.

Se funda la Alianza Europea por la Libertad (AEL).

2011

Marine Le Pen pasa a ser la líder del FN.

La Concentración Popular Ortodoxa participa en un gobierno de unidad nacional en Grecia.

2012

Se funda en Francia Generación Identitaria.

Amanecer Dorado entra por vez primera en el Parlamento griego.

Se funda en Estonia el EKRE.

2013

Matteo Salvini, nuevo líder de la LN.

Se funda en Alemania AfD.

Marian Kotleba, elegido gobernador de la región eslovaca de Banská Bystrica.

Se funda Vox en España.

2014

Se funda PEGIDA en Alemania.

El BJP regresa al poder en la India.

El DF, el FN y el UKIP, partidos más votados en sus respectivos países en las elecciones europeas.

2015

Jean-Marie Le Pen, expulsado del FN.

El EKRE entra por vez primera en el Parlamento estonio.

Se funda la Europa de las Naciones y las Libertades (ENL) en sustitución de la AEL.

Frauke Petry se convierte en líder de AfD.

Se funda oficialmente la Alianza por la Paz y la Libertad (APL).

2016

Donald Trump se impone en las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

Norbert Hofer (FPÖ) se impone en la primera ronda de las elecciones presidenciales austriacas y pierde por muy poco en la repetición de la segunda ronda.

El Reino Unido vota en referéndum a favor de abandonar la UE.

El L'SNS entra por vez primera en el Parlamento eslovaco.

2017

Concentración bajo el lema «Unamos a la derecha» en Charlottesville (Virginia).

Marine Le Pen avanza a la segunda vuelta de las presidenciales en Francia y pierde.

Alexander Gauland y Alice Weidel, nuevos colíderes de AfD.

El FPÖ entra en un gobierno de coalición con el Partido Popular Austriaco.

2018

La LN se despoja de la referencia «Norte» y pasa a ser simplemente la Liga.

Jair Bolsonaro gana las elecciones presidenciales en Brasil.

El Frente Nacional (FN) cambia de nombre y pasa a ser Reagrupamiento Nacional (RN).

La Liga entra en un gobierno de coalición populista en Italia.

El Gobierno israelí, dominado por el Likud, aprueba la Ley del Estado Nación.

Vox entra en el Parlamento autonómico de Andalucía (España).

2019

El EKRE entra en un gobierno de coalición en Estonia.

Un radicalizado Partido de los Finlandeses queda en segundo lugar en las elecciones al Parlamento nacional.

Un terrorista de ultraderecha mata a cuarenta y nueve personas y hiere a cincuenta y una en un atentado en dos mezquitas de Christchurch (Nueva Zelanda).

Vox entra en el Congreso de los Diputados español como quinta fuerza.

Cae el Gobierno austriaco por el llamado «escándalo Ibiza», que salpica al FPÖ.

El Partido del Brexit, Fidesz, la Liga, PiS y RN son las listas más votadas en las elecciones europeas en sus países respectivos.

El VB, segundo partido más votado en las elecciones al Parlamento nacional belga.

El DF, gran perdedor en las elecciones danesas al quedar tercero con muy poca diferencia con el cuarto.

XA pierde su representación parlamentaria; Solución Helénica entra en el Parlamento griego.

La Liga se retira del gobierno de coalición en Italia.

El BJP vence en las elecciones indias y continúa en el gobierno.

Un terrorista de ultraderecha mata a veintitrés personas y hiere a veintitrés más (hispanas en su mayoría) en un atentado en Estados Unidos.

El partido Chega! («¡Basta!») entra en el Parlamento portugués al conseguir un escaño.

Un terrorista de ultraderecha mata a dos personas y hiere a otras dos en un atentado contra una sinagoga de Halle (Alemania).

PiS vence en las elecciones polacas y continúa en el gobierno.

El SVP, partido más votado en las elecciones al Parlamento nacional suizo por quinta vez consecutiva.

2020

El Movimiento de la Patria de Miroslav Škoro (DPMŠ) entra en el Parlamento croata como tercera fuerza.

Los ataques racistas contra asiáticos repuntan durante la pandemia del coronavirus.

Andrzej Duda (PiS), reelegido presidente de Polonia.

Glosario

«*Alt-right*» o derecha alternativa «Un conjunto de ideologías, grupos e individuos de extrema derecha cuya idea central es que la "identidad blanca" está siendo atacada por las fuerzas del multiculturalismo, que se valen de la "corrección política" y la "justicia social" para debilitar a la población blanca y a "su" civilización» (Southern Poverty Law Center).

Antisemitismo Hostilidad o prejuicio contra los judíos.

Autoritarismo La idea de que una sociedad debe estar ordenada de forma estricta y, por lo tanto, de que el cuestionamiento de la autoridad debe ser castigado con dureza.

Democracia Un sistema político basado en la soberanía popular y el principio de la mayoría.

Democracia liberal Sistema político que conjuga la soberanía popular y el principio de la mayoría, por un lado, con la protección de los derechos de las minorías, el Estado de derecho y la división de poderes, por el otro.

Derecha radical Ideologías para las que las desigualdades entre las personas son naturales y positivas, y para las que la democracia es aceptable en su forma más esencial, pero no lo son ciertos elementos fundamentales de la democracia liberal.

Etnocracia Un régimen nominalmente democrático en el que el dominio de un grupo étnico está determinado de manera estructural.

Etnopluralismo La idea de que las personas están divididas en grupos étnicos que son iguales, pero deben permanecer separados.

Euroescepticismo Insatisfacción con el proceso de integración europea y con la Unión Europea como institución.

Extrema derecha Ideologías que creen que las desigualdades entre personas son naturales y positivas, y que rechazan la esencia de la democracia.

Familismo La idea de que la familia tradicional es la base fundamental de la nación, y de que los derechos reproductivos y la autonomía de los individuos son secundarios con respecto a la reproducción nacional.

Fascismo Una ideología totalitaria que ofrecía una «tercera vía» más allá del liberalismo y del socialismo, basada en el corporativismo económico, un Estado ético, un renacimiento nacional, un líder omnipotente, y el poder purificador de la violencia y la guerra como fenómeno natural del ser humano.

Feminacionalismo La utilización de las mujeres y sus derechos en apoyo del nativismo y, en particular, de la islamofobia.

Homonacionalismo La utilización de las personas homosexuales y sus derechos en apoyo del nativismo y, en particular, de la islamofobia.

Islamofobia Miedo irracional al islam o a los musulmanes.

Masculinidad tóxica Aquella que apela a la violencia, el sexo, el estatus y la agresividad como rasgos definitorios de la hombría.

Misoginia Odio hacia las mujeres.

Nativismo Una ideología desde la que se defiende que los Estados deberían estar habitados exclusivamente por miembros del grupo nativo (la nación), y que los elementos no nativos (o «foráneos»), ya sean estos personas o ideas, constituyen una amenaza fundamental para el Estado nación homogéneo.

Populismo Una ideología (tenuemente formada como tal) desde la que se entiende que la sociedad está separada, en última instancia, en dos grupos homogéneos y antagónicos —el pueblo puro y la élite corrupta—, y

desde la que se propugna, por lo tanto, que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* del pueblo.

Racismo La idea de que las personas se dividen en grupos biológicos (razas) dispuestas en un orden jerárquico.

Sexismo ambivalente Una combinación de sexismo benévolo y sexismo hostil.

Sexismo benévolo La idea de que las mujeres son puras en el sentido moral y débiles en el plano físico, y, por lo tanto, merecen la adoración y, al mismo tiempo, necesitan la protección de unos hombres fuertes.

Sexismo hostil Considera que las mujeres son corruptas en el plano moral y poderosas en el terreno político, y tratan de controlar a los hombres mediante la ideología feminista o la seducción sexual.

Ultraderecha El conjunto formado por la extrema derecha y la derecha radical.

Lecturas adicionales

La ultraderecha es uno de los temas políticos más comentados y esto se ve reflejado en la abundancia de literatura especializada, tanto académica como no académica, que se le dedica. Ahora bien, la mayor parte de la misma se centra en los partidos de derecha radical de la Europa occidental; mucho menos se ha publicado sobre otras organizaciones y regiones. Son muy pocos (por no decir que ninguno) los libros que abarcan el conjunto de la ultraderecha en todo el planeta como este trata de hacer. Lo que sigue es una selección de los ejemplos más accesibles y útiles de la literatura especializada (en inglés) sobre el tema.

Dos excelentes introducciones académicas a la cuestión son Jens Rydgren (comp.), *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford University Press, 2018, y Cas Mudde (comp.), *The Populist Radical Right: A Reader*, Routledge, 2017.

Jean-Yves Camus y Nicolas Lebourg, *Far-Right Politics in Europe*, Harvard University Press, 2017, aporta una visión de conjunto muy amplia de la **historia** de la ultraderecha europea de la posguerra, mientras que Andrea Mammone, Emmanuel Godin y Brian Jenkins (comps.), *Varieties of Right-Wing Extremism in Europe*, Routledge, 2012, tiene también un amplio alcance en cuanto a ideologías y organizaciones. Chip Berlet y Matthew N. Lyons, *Right-Wing Populism in America: Too Close for Comfort*, The Guilford Press, 2000, continúa siendo, pese a haberse quedado ligeramente obsoleto, el texto definitivo en lo que a la historia de la ultraderecha estadounidense se refiere. Como estudios generales más enciclopédicos del

fragmentado panorama de la ultraderecha en Estados Unidos, podemos destacar Betty A. Dobratz y Stephanie L. Shanks-Meile, *The White Separatist Movement in the United States*, Johns Hopkins University Press, 2000, y Stephen E. Atkins (comp.), *Encyclopedia of Right-Wing Extremism in Modern American History*, ABC-CLIO, 2011. Dos buenas introducciones a la cuestión de la ultraderecha en la Europa oriental son Michael Minkenberg (comp.), *The Radical Right in Eastern Europe: Democracy under Siege?*, Palgrave Macmillan, 2017, y Vera Stojarova, *The Far Right in the Balkans*, Manchester University Press, 2013.

Una introducción excelente a **la ideología y los temas** de la ultraderecha es Ruth Wodak, *The Politics of Fear: What Right-Wing Populist Discourses Mean*, Sage, 2015, donde se analizan sus estrategias discursivas. En Gabriella Lazaridis, Giovanna Campani y Annie Benveniste (comps.), *The Rise of the Far Right in Europe: Populist Shifts and «Othering»*, Palgrave Macmillan, 2016, se aporta un análisis de amplio espectro de las ideologías ultraderechistas, mientras que Sofia Vasilopoulou, *Far Right Parties and Euroscepticism: Patterns of Opposition*, Rowman & Littlefield, 2018, es el estudio definitivo sobre el euroescepticismo de la ultraderecha. Para el caso de Estados Unidos, George Hawley, *Right-Wing Critics of American Conservatism*, Kansas University Press, 2016, aporta una enciclopédica historia intelectual de la derecha radical estadounidense, mientras que Mark Sedgwick (comp.), *Key Thinkers of the Radical Right: Behind the New Threat to Liberal Democracy*, Oxford University Press, 2019, destaca algunos de los pensadores clave de la ultraderecha histórica y contemporánea.

Los textos clave sobre la **organización** de los partidos de derecha radical son David Art, *Inside the Radical Right: The Development of Anti-Immigrant Parties in Western Europe*, Cambridge University Press, 2011, y Reinhard Heinisch y Oscar Mazzoleni (comps.), *Understanding Populist Party Organization: The Radical Right in Western Europe*, Palgrave

Macmillan, 2016. En Duncan McDonnell y Annika Werner, *International Populism: The Radical Right in the European Parliament*, Hurst, 2019, se analizan las complejas colaboraciones que han mantenido algunos partidos ultraderechistas en el Parlamento Europeo, mientras que en Martin Durham y Margaret Power, *New Perspectives on the Transnational Right*, Palgrave, 2010, se repasa el amplio abanico de iniciativas de cooperación entre grupos ultraderechistas europeos y norteamericanos que han tenido lugar desde comienzos del siglo XX. El libro clave sobre CasaPound Italia es Caterina Froio, Pietro Castelli Gattinara, Giorgia Bulli y Matteo Albanese, *The Hybrid Politics of CasaPound Italia*, Routledge, 2019.

Bert Klandersmans y Nonna Mayer (comps.), *Extreme Right Activists in Europe: Through the Magnifying Glass*, Routledge, 2009, es una gran fuente de información y conocimiento sobre las **personas** clave en las organizaciones de la ultraderecha europea occidental.

La mayoría de los estudios sobre la **movilización** de la ultraderecha se centran exclusivamente en partidos políticos europeos (occidentales). El estudio clásico en este sentido es Hans-Georg Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Macmillan, 2004. Sobre los movimientos ultraderechistas, véanse Donatella della Porta, Manuela Caiani y Claudius Wagemann (comps.), *Mobilizing on the Extreme Right: Germany, Italy and the United States*, Oxford University Press, 2012, y Lawrence Rosenthal y Christine Trost (comps.), *Steep: The Precipitous Rise of the Tea Party*, University of California Press, 2012. Fuera ya de Europa y Estados Unidos, Naoto Higuchi, *Japan's Ultra-Right*, Trans Pacific Press, 2014, y Christophe Jalffrelot (comp.), *The Sangh Parivar: A Reader*, Oxford University Press, 2005, cubren los casos de Japón e India, respectivamente. Max Taylor, P. M. Currie y Donald Holbrook (comps.), *Extreme Right-Wing Political Violence and Terrorism*, Bloomsbury, 2013, ofrece una exhaustiva visión de conjunto de la violencia política y el terrorismo ultraderechistas en Europa y en Estados Unidos, mientras que José Pedro Zúquete, *The*

Identitarians: The Movement against Globalism and Islam in Europe, University of Notre Dame Press, 2018, es la obra definitiva sobre el movimiento «identitario».

Con respecto a las subculturas, George Hawley, *Making Sense of the Alt-Right*, Columbia University Press, 2017, Gary Armstrong, *Football Hooligans: Knowing the Score*, Berg, 2003, y Kevin Borgeson y Robin Valeri, *Skinhead History, Identity and Culture*, Routledge, 2017, son los textos clave sobre la derecha alternativa (*alt-right*), los «ultras» del fútbol y los cabezas rapadas (*skinheads*), respectivamente. Cynthia Miller-Idriss, *The Extreme Gone Mainstream: Commercialization and Far Right Youth Culture in Germany*, Princeton University Press, 2017, es un trabajo excelente sobre la importancia de la moda en la desmarginación de la cultura ultraderechista, mientras que Kirsten Dyck, *Reichsrock: The International Web of White-Power and Neo-Nazi Hate Music*, Rutgers University Press, 2017, da cuenta y razón de la importancia de la llamada música del poder blanco.

Las teorías clave de las **causas** del auge de los partidos de derecha radical están concisamente comentadas y expuestas —dentro del contexto británico— en Robert Ford y Matthew Goodwin, *Revolt on the Right: Explaining Support for the Radical Right in Britain*, Routledge, 2014. También se proponen otras teorías importantes en Mabel Berezin, *Illiberal Politics in Neoliberal Times: Culture, Security and Populism in the New Europe*, Cambridge University Press, 2009, y en Jens Rydgren (comp.), *Class Politics and the Radical Right*, Routledge, 2013. Los libros de Kathleen Belew, *Bring the War Home: The White Power Movement and Paramilitary America*, Harvard University Press, 2018, y de Christopher S. Parker y Matt A. Barreto, *Change They Can't Believe in: The Tea Party and Reactionary Politics in America*, Princeton University Press, 2013, aportan explicaciones originales para el caso estadounidense. Sobre el papel de los medios de comunicación, véanse Antonis A. Ellinas, *The Media and the*

Far Right in Western Europe: Playing the Nationalist Card, Cambridge University Press, 2010, y Nicole Hemmer, *Messengers of the Right: Conservative Media and the Transformation of American Politics*, University of Pennsylvania Press, 2016.

Las **consecuencias** de la ultraderecha son un objeto de estudio relativamente reciente. Algunas investigaciones se centran casi de forma exclusiva en los efectos de políticas concretas de los partidos de derecha radical, sobre todo a propósito de la inmigración: es el caso de João Carvalho, *Impact of Extreme Right Parties on Immigration Policy: Comparing Britain, France and Italy*, Routledge, 2014. Otros estudios, de los que es ejemplo destacado Tjitske Akkerman, Sarah L. de Lange y Matthijs Rooduijn (comps.), *Radical Right-Wing Populist Parties in Europe: Into the Mainstream?*, Routledge, 2015, se enfocan en la desmarginación de los partidos de derecha radical en Europa, así como en su impacto en los sistemas de partidos: véase Steven Wolinetz y Andrej Zaslove (comps.), *Absorbing the Blow: Populist Parties and Their Impact on Parties and Party Systems*, ECPR Press, 2018. Sobre el caso específico de la Europa oriental, véase Michael Minkenberg (comp.), *Transforming the Transformation? The East European Radical Right in the Political Process*, Routledge, 2015.

Hay un número creciente de estudios de las **respuestas** a la política ultraderechista, entre los que podemos citar William Downs, *Political Extremism in Democracies: Combating Intolerance*, Palgrave Macmillan, 2012, Erich Bleich, *The Freedom to Be Racist? How the United States and Europe Struggle to Preserve Freedom and Combat Racism*, Oxford University Press, 2011, y Fundación Bertelsmann (comp.), *Strategies for Combating Right-Wing Extremism in Europe*, Fundación Bertelsmann, 2010. Un texto algo más antiguo sobre el tema es Roger Eatwell y Cas Mudde (comps.), *Western Democracies and the New Extreme Right Challenge*, Routledge, 2003.

Sobre la importancia del **género** en los grupos de ultraderecha, véase el estudio clásico de Kathleen Blee, *Inside Organized Racism: Women in the Hate Movement*, University of California Press, 2002, y el (más reciente) volumen colectivo coordinado por Cynthia Miller-Idriss y Hillary Pilkington (comps.), *Gender and the Radical and Extreme Right: Mechanisms of Transmission and the Role of Educational Interventions*, Routledge, 2019, que también aborda la cuestión de la sexualidad. Por último, Michael Kimmel, *Healing from Hate: How Young Men Get Into – and Out of – Violent Extremism*, University of California Press, 2018, se centra específicamente en la masculinidad.

En cuanto a las mejores **investigaciones periodísticas** sobre la ultraderecha, recomiendo la lectura de Sasha Polakow-Suransky, *Go Back to Where You Came from: The Backlash against Immigration and the Fate of Western Democracy*, Nation Books, 2017, y el (un tanto obsoleto ya) libro de Nick Ryan, *Homeland: Into a World of Hate*, Mainstream, 2003. Entre el alud de nuevos libros sobre la derecha radical estadounidense contemporánea, el de David Neiwert, *Alt-America: The Rise of the Radical Right in the Age of Trump*, Verso, 2018, destaca tanto por la profundidad como por la amplitud de su tratamiento.

Entre las **autobiografías** interesantes de antiguos activistas de ultraderecha que podemos mencionar, están Christian Picciolini, *White American Youth: My Descent into America's Most Violent Hate Movement – and How I Got Out*, Hachette, 2017, Frank Meeink y Jody M. Roy, *Autobiography of a Recovering Skinhead*, Hawthorne, 2010, e Ingo Hasselbach, *Führer-Ex: Memoirs of a Former Neo-Nazi*, Random House, 1996.

Para terminar, son varias las **organizaciones académicas y no gubernamentales** que proporcionan información actualizada sobre actos, grupos y protagonistas individuales de la extrema derecha, entre ellas:

- La Liga Antidifamación (ADL): <https://www.adl.org>.

- El Centro de Investigaciones sobre el Extremismo (C-REX): <https://www.sv.uio.no/c-rex/english>.
- El Centro de Estudios sobre la Derecha (CRWS): <crws.berkeley.edu>.
- Hope not Hate («Esperanza, no Odio», HnH): <https://www.hopenothate.org.uk>.
- Political Research Associates («Sociedad de Investigación Política»): <https://www.politicalresearch.org>.
- Southern Poverty Law Center («Centro de Acción Legal contra la Pobreza en el Sur», SPLC): <https://www.splcenter.org>.

Agradecimientos

A lo largo de mi carrera, he tenido la gran suerte de contar con el generoso apoyo de muchos colegas y amigos maravillosos en el campo de estudio académico del extremismo y la democracia. Para este libro en particular, dado su mayor alcance geográfico y temático respecto a mi trabajo académico habitual, más especializado, pedí la opinión de un elenco excepcionalmente amplio de ellos y su respuesta ha vuelto a impresionarme. Aurelien Mondon, Caterina Froio, Cristóbal Rovira Kaltwasser, Cynthia Miller-Idriss, Duncan McDonnell, George Hawley, Jan-Werner Müller, Kathleen Blee, Léonie de Jonge, Matthew Feldman y Uwe Backes leyeron el primer manuscrito completo y me ofrecieron sugerencias (mayores y menores) al respecto. Llegué a incluir algunas, aunque también me vi obligado a ignorar otras, debido a las restricciones prácticas que imponía el formato relativamente breve de este libro.

Debo un agradecimiento especial a otras cuatro personas. Alex DiBranco fue capaz de leerse el capítulo añadido posteriormente sobre la cuestión del género y de transmitirme sus (cruciales) opiniones y sugerencias en menos de una semana. Mi maravillosa esposa Maryann Gallagher no solo me facilitó el proceso de escritura del libro, sino que también se leyó un borrador previo del capítulo sobre el género y me ayudó a reconsiderarlo y remodelarlo. Uno de mis estudiantes de doctorado, el fantástico Jakub Wondreys, realizó una labor fundamental como ayudante de investigación para la elaboración de este libro y me ayudó a construir la cronología y el glosario. También se leyó el manuscrito completo y me proporcionó

comentarios muy útiles. Le estoy agradecido por su trabajo y me muero de ganas de recompensárselo en breve, cuando se publique su tesis. Por último, no quiero dejar de hacer público mi reconocimiento a mi amigo y editor Craig Fowlie, que encontró tiempo en su apretadísima agenda para hacerme llegar su opinión y sus sugerencias a propósito del manuscrito completo, y eso a pesar de que el libro ha sido publicado por una editorial que es competencia de la suya. Quizá tenga él razón después de todo y sea verdad que los de Liverpool están hechos de una pasta especial.

He escrito ya varios libros antes de este, algunos de ellos puramente académicos y otros no tanto. En la mayoría de los casos, esbozaba enseguida una idea inicial para, luego, dedicar (mucho) más tiempo al proceso de convertirla en un libro. En este caso, ha sucedido justamente lo contrario. Llevaba más de una década dándole vueltas a esta idea, que retomaba cada vez que, tras alguna charla o conferencia pública, alguien me pedía que le recomendara algún libro no académico y relativamente breve sobre el tema. Me decidí por fin a contactar con Polity para proponerles la idea y, desde entonces, el libro casi se escribió solo: eso sí, en los momentos que pude encontrar para ello entre familia, conferencias, reuniones, docencia y viajes. Quiero agradecer a los tres evaluadores anónimos sus constructivos y muy favorables informes, y a mis editoras en Polity, Louise Knight y Sophie Wright, por su activo y práctico estilo de trabajo. Todo ello me ratificó en la idea, que ya tenía desde hacía tiempo, de que Polity es, a todas luces, la editorial perfecta para este libro.

Notas

1. Los partidos ultraderechistas en cuestión son el «Frente Patriótico» (Bulgaria), DF (Dinamarca), EKRE (Estonia), Fidesz (Hungría), la Liga (Italia), PiS (Polonia), el SNS (Eslovaquia) y el Partido Unionista Democrático (Reino Unido).

2. En el lenguaje político (sobre todo en el estadounidense), se entiende por «nativismo» la reivindicación xenófoba de la prioridad de la población nacional original y su cultura «nativa» sobre los colectivos inmigrantes y sus culturas, a quienes se percibe como una amenaza que hay que bloquear. *(N. del t.)*

3. N. Bobbio, *Left and Right: The Significance of a Political Distinction*, University of Chicago Press, 1997 (trad. cast.: *Derecha e Izquierda: Razones y significados de una distinción política*, Madrid, Taurus, 1996).

1. K. von Beyme, «Right-Wing Extremism in Western Europe», *West European Politics*, 11, 2, 1988, págs. 1-18.

2. La Unión Democrática Croata se transformó en un partido no ultraderechista tras la muerte de su poderoso líder, el entonces presidente croata Franjo Tudjman, en 1999. En los últimos años, sin embargo, ha sido uno de los varios partidos derechistas en los Balcanes occidentales que se ha dejado inspirar por el giro iliberal de Viktor Orbán en Hungría.

1. Véase una explicación más elaborada de mi terminología en C. Mudde, *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge University Press, 2007.

1. M. Minkenberg, *The Radical Right in Europe: An Overview*, Fundación Bertelsmann, 2011.

2. Véase N. Higuchi, *Japan's Ultra-Right*, Trans Pacific Press, 2016.

3. Tomado del sitio web del SPLC, <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/ideology/alt-right>.

1. M. Esser y J. van Holsteyn, «Kleur bekennen: over leden van de Centrumdemocraten», en J. van Holsteyn y C. Mudde (comps.), *Extreem-rechts in Nederland*, Sdu, 1998.

2. D. Albertazzi y D. McDonnell, *Populists in Power*, Routledge, 2015. Estoy agradecido a Duncan McDonnell por haber compartido conmigo datos adicionales sobre la LN y el SVP.

3. Sobre estos datos, véanse, respectivamente, Higuchi, *Japan's Ultra-Right*, y P. S. Forscher y N. Kteily, «A Psychological Profile of the Alt-Right», *PsyArXiv*, 9 de agosto de 2017.

4. Véase, por ejemplo, N. Mayer, *Ces Français qui votent Le Pen*, Flammarion, 2002.

5. E. Elkins, «The Five Types of Trump Voters: Who They Are and What They Believe», Democracy Fund, 2017, disponible en <https://www.voterstudygroup.org/publications/2016-elections/the-five-types-trump-voters>.

1. F. Virchow, «Performance, Emotion, and Ideology: On the Creation of “Collectives of Emotion” and Worldview in the Contemporary German Far Right», *Journal of Contemporary Ethnography*, 36, 2, 2007, págs. 147-164 (pág. 147).

2. J. A. Ravndal, «Right-Wing Terrorism and Violence in Western Europe: Introducing the RTV Dataset», *Perspectives on Terrorism*, 10, 3, 2016, disponible en: <http://www.terrorismanalysts.com/pt/index.php/pot/article/view/508/1008>.

3. Véase el trabajo de J. D. Freilich, S. M. Chermak, J. Gruenewald y W. S. Parkin, «Far-Right Violence in the United States: 1990-2013», START, 2014, disponible en: <http://www.start.umd.edu/pubs/START_ECDB_Far RightViolence_FactSheet_June2014.pdf>.

4. No menciono los nombres de los terroristas de ultraderecha, pues la fama personal es uno de los motivos principales que los impulsan en sus acciones, y porque con ella se genera un culto a la personalidad que inspira a otros terroristas potenciales.

1. Véase E. K. Scheuch y H. D. Klingemann, «Theorie des Rechtsradikalismus in westlichen Industriegesellschaften», *Hamburger Jahrbuch für Wirtschafts- und Gesellschaftspolitik*, 12, 1967, págs. 11-29.

2. He desarrollado con mayor detalle la tesis de la «normalidad patológica» en C. Mudde, «The Populist Radical Right: A Pathological Normalcy», *West European Politics*, 33, 6, 2010, págs. 1167-1187.

1. C. Mudde, «Three Decades of Populist Radical Right Parties in Western Europe: So What?», *European Journal of Political Research*, 52, 1, 2013, págs. 1-19 (pág. 1).

2. A. A. Ellinas, *The Media and the Far Right in Western Europe: Playing the Nationalist Card*, Cambridge University Press, 2010, pág. 218.

3. Una «mayoría constitucional» es una mayoría parlamentaria suficiente para promover y aprobar reformas constitucionales.

4. R. Balfour y otros, *Europe's Troublemakers: The Populist Challenge to Foreign Policy*, European Policy Center, 2016, disponible en: <http://www.epc.eu/documents/uploads/pub_6377_europe_s_troublemakers.pdf?doc_id=1714>.

1. La categorización de estas respuestas de los partidos a la ultraderecha está tomada de M. Minkenberg, «The Radical Right in Public Office: Agenda-Setting and Policy Effects», *West European Politics*, 24, 4, 2001, págs. 1-21.

2. Sobre la formación de coaliciones con partidos de derecha radical, véase S. L. de Lange, «New Alliances: Why Mainstream Parties Govern with Radical Right-Wing Populist Parties», *Political Studies*, 60, 4, 2012, págs. 899-918.

1. A. Kemper, *Foundation of the Nation: How Political Parties and Movements Are Radicalising Others in Favour of Conservative Family Values and Against Tolerance, Diversity, and Progressive Gender Politics in Europe*, Fundación Friedrich Ebert, 2016.

2. Véase W. Grzebalska y A. Pető, «The Gendered Modus Operandi of the *Illiberal* Transformation in Hungary and Poland», *Women Studies International Forum*, 68, 2019, págs. 164-172 (pág. 167).

3. Ibídem, pág. 168.

La ultraderecha hoy
Cas Mudde

Título original: *The Far Right Today*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2021

ISBN: 978-84-493-3800-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta